

Por la memoria



MURAL ALEGÓRICO DE LOS DESAPARECIDOS
DE LOS BARRIOS DE LINIERS, VILLA LURO Y MATADEROS.

**COMISIÓN POR LA MEMORIA,
LA VERDAD Y LA JUSTICIA
DE LINIERS, VILLA LURO Y MATADEROS**

www.xlamemoria.com.ar
xlamemoria@yahoo.com.ar

Impreso en la
Ciudad de Buenos Aires,
abril de 2004

Por la memoria

Familiares, amigos
compañeros y vecinos



Prólogo

La Comisión por la Memoria, la Verdad y la Justicia de Liniers, Mataderos y Villa Luro, está compuesta por familiares, amigos, militantes, integrantes de asambleas, organizaciones barriales y vecinos de detenidos-desaparecidos y asesinados de estos barrios porteños.

El proyecto surgió luego de la marcha del 24 de marzo de 1996, a 20 años del golpe militar. Sentíamos que para completar la reivindicación y homenajear entrañablemente a los compañeros desaparecidos era necesario trasladar a nuestros barrios las actividades que en ese entonces sólo se realizaban en la Plaza de Mayo. Por eso, en noviembre plantamos los primeros árboles en la plaza Martín de Irigoyen, y montamos una placa recordatoria. Todos los años la renovamos porque se agregan nuevos nombres, plantamos más árboles y los primeros días de abril convocamos a los vecinos a participar con nosotros de la jornada.

Nos propusimos esta tarea con la seguridad de que vale la pena encontrarse con los compañeros que homenajeamos desde su espacio más vital, que vale la alegría recordar los momentos en que el pueblo fue protagonista de grandes proyectos. Porque el encuentro con una generación íntimamente ligada a la política no puede hacerse desde otro lugar que no sea desde un nuevo proyecto de liberación nacional.

Así en cada jornada fuimos recuperando las distintas historias de nuestra historia para devolvérselas al barrio, a cada vecino. Hijo de este sentimiento es este libro. Hasta el día de hoy muchos de los compañeros homenajeados en la placa son sólo un nombre que nos llegó como el mensaje de un naufrago; de muchos no tenemos siquiera su nombre, pero a través del relato de los vecinos, de los compañeros, de los familiares y de los amigos sentimos su presencia. Como destellos de cristales rotos nos van llegando sus historias, sus vidas, lo que amaban y enfrentaban, sin concesiones. Vamos juntando los fragmentos dispersos.

Las historias están escritas desde el amor de los padres, desde la reafirmación del compromiso militante de sus contemporáneos, desde la ausencia por parte de sus hijos y sobrinos, desde la complicidad de sus hermanos y amigos, desde el amor ahora solitario de su pareja. Un libro de historias que no va a cerrar nunca. Se agregarán las miradas de amigos, vecinos, hijos, hermanos y falta poco para que aparezcan nietos que quieran ocupar este espacio en blanco. Un libro que sea fácil de cargar en la mochila de cada soñador que pise las baldosas de nuestros barrios. Un texto cuyo último punto del último párrafo se imprimirá con la fuerza de millones el día de la definitiva liberación de nuestro pueblo.

Hecho, rehecho y contrahecho desde la profundidad del barrio tiene como destinatario a un rebelde que sin saberlo hoy está caminando por las mismas calles, estudiando en las mismas escuelas, enamorándose en las mismas plazas y esquinas. Para que el día en que le tiemble el alma por la injusticia y la desigualdad y decida en un instante tomar partido por los desposeídos de esta tierra, sepa, que en su misma geografía, hay una historia que lo antecede y entra en una historia grande que lo precederá. Para que cuando dude de sí mismo encuentre en estas páginas historias muy parecidas a la de él, sienta la fuerza de pisar sobre los rastros de quienes lo precedieron en la pelea, para aprender de sus errores y aciertos, distinguir mejor al enemigo, librar sus propias luchas, recordar que nunca estará solo, que es parte de una tradición, de una estirpe de insobornables combatientes por la patria.

Porque amaban la vida lucharon por un mundo mejor.

*Porque hoy no están con nosotros,
los recordamos asumiendo el compromiso
de concretar sus sueños.*

Ellos son:

AKSELMAN, Leticia
ALTAMIRANO, Estela
ARIAS, Carlos
ARRILLAGA, Cristina
BIANCO, Alicia
BRUSCHTEIN, Santiago
BUSTOS, Carlos
CAMPARI, Ricardo
CAO, Juan José
CARLAS SALA, Eduardo
CARRICA, Irma
CASTELLO, Marcelo
CIRIGLIANO, Luis
CRESPO, Carlos
CUBAS, Juan
CUBAS DE PÉREZ, María
DENIS, Carlos
FESSIA, Carlos
FONTANELLAS, Cristina
GAGO, Ana María
GARCÍA, Ricardo
GAZZARRI, Pablo
GÓMEZ, Ricardo
GONZÁLEZ, Nora
GOROJOVSKY, Raúl
INFANTINO, Jorge
KIERZENOWICZ, Clara
LEGUIZAMÓN, Gustavo
LUCENTE, Antonio
MARONI, Juan Patricio

MARONI DE RINCÓN, María Beatriz
MARX, Nora
MATEU, Abel
MERCADAL, Luis
MESSUTI, María del Carmen
MILANESE, Miguel
MOLE, Salvador
MORALES, Gladis
MUGICA, Carlos
OCAÑA, Jorge
PALADINO, Héctor Ricardo
PARRILE, Silvana
PÉREZ, Félix
PÉREZ, Ricardo
PITES, Mónica
POLITO, Héctor
PONCE DE BIANCO, María
PRIETO, Armando
PRIETO, Hugo
QUIETO, Carlos
RINCÓN, Carlos Alberto
ROLLÁN, Norberto
SÁENZ, Ricardo
SALINAS, Ricardo
SÁNCHEZ, Rodolfo
SCARÍBOLO, Jorge Oscar
SILVA, Román
STEIMBERG, Luis
VIDAL, José Eduardo
VILLANUEVA, José

¡Presentes!

Nuestro reconocimiento a:

Abuelas de Plaza de Mayo
Asambleas vecinales de Mataderos y de Liniers
ATE

Centro Cultural Macedonio Fernández
Club Larrazábal

Comisiones de asociados del banco Credicoop de Liniers y de Mataderos

Escultor Juan Alfredo Percivale

Espacio Cultural "El Puente"

Madres de Plaza de Mayo Línea Fundadora

Parroquia San Vicente de Paul

Periódico barrial "Cosas de barrio"

Periódico barrial "Los duendes del barrio"

Revista barrial "Línea Oeste"

UTE

Vecinos por la Memoria, Parque Avellaneda - Floresta

Subsecretaría de Derechos Humanos
Gobierno de la Ciudad de Buenos Aires

y a todo aquel que se acercó a esta Comisión desde sus comienzos





A Isidora,
y a todas las Madres.



Leticia Akselman

Leticia fue la tercera de mis hijas, nació el 6 de diciembre de 1957. Sus hermanas tenían nueve y seis años. Fue el encanto de la familia, la felicidad de todos. Era una regordeta llena de rulitos, siempre risueña. A los cuatro años fue al jardín de infantes de la biblioteca Belisario Roldán del barrio de Versalles. De esa biblioteca fue fundadora entre otros vecinos su abuela (mi madre), y yo colaboré y participé en ella durante muchos años.

En la escuela primaria Leticia fue alumna excelente, destacada y premiada. Asistió a la escuela de la calle Arregui y Bruselas. Cuando terminó el primario ingresó al Normal N° 4 en donde fue alumna brillante, se recibió de maestra con las mejores calificaciones. Era delegada de la Unión de Estudiantes Secundarios (UES), y debido a ello estaba siempre en actividad y yendo de una reunión a otra.

Al terminar el secundario empezó a trabajar en la fábrica de carteras de un amigo de la familia. Después del golpe de Estado de Videla y sus secuaces en 1976 tuve miedo por ella porque empezó a aparecer gente joven asesinada y se inició una gran represión en Argentina. El viernes 11 de junio de ese año fui a buscarla al trabajo para ir al cine, pero ella había quedado en encontrarse con unas compañeras de la escuela.

Esa noche no volvió a casa. Yo me alarmé y empecé a buscarla sin ningún resultado. A los tres días, al regresar de mi trabajo, encontré mi casa dada vuelta. Sin forzar puertas (habían entrado con sus llaves) registraron todo, se tomaron todas las bebidas y licores que teníamos, estaba todo lleno de ceniza y colillas de cigarrillos. Se llevaron todo lo que había de valor en mi casa: alhajas, relojes, cuadros, porcelanas, el televisor, un proyector de películas, máquinas de cine, fotos... Vulgares ladrones.

Pero esto pasó en todos lados. No sólo se llevaron a nuestros hijos, también nuestras pertenencias. Yo tomé algunas ropas y me fui, no volvimos nunca más a nuestra casa. Ahí comenzamos la búsqueda de Leticia en la comisaría del barrio, en el Ministerio del Interior, con autoridades religiosas a través de visitas personales y cartas. En fin, las mil y una cosas que uno hizo para encontrarla. Recurrimos a personalidades, a influencias, pero no pudimos saber ni averiguar nada.

Al mes llegó una orden de cesantía inmediata para mí en el hospital en el cual trabajaba ¡habían implantado el terror! En el hospital lloraban todos, nadie podía entender nada. Así fue el terror que instaló la dictadura. Se seguía sabiendo de desaparecidos y mientras tanto nosotros seguíamos buscando a Leticia. Tiempo después su papá se enfermó de cáncer y murió a los nueve meses. ¿Cómo yo estoy viva? no lo sé, tal vez para poder contar esta historia.

Luego de diez años supe lo que había pasado con mi hija. A los pocos días de ser secuestrada la mataron junto con dos estudiantes del Colegio Nacional Buenos Aires, ellos se llamaban Federico Martul y Gabriel Dunayevich. A esta bravuconada le siguió Malvinas ¡se quisieron hacer los patriotas! Ese fue otro genocidio.

Todas las madres seguimos buscando a nuestros hijos. Se han formado distintas organizaciones: Madres de Plaza de Mayo (todos los jueves se hacía y se hace la rueda de las madres que se identifican con sus pañuelos blancos, buscando a sus hijos), Abuelas de Plaza de Mayo que buscan a sus nietos nacidos en cautiverio, y también se formó una organización de antropólogos que identificaba los restos que aparecían en las morgues y en otros lugares. Hoy ese grupo de antropólogos es famoso en todo el mundo por su capacidad de honestidad.

Así fue como, luego de diez años de desaparecida mi hija, recuperé sus restos. Los antropólogos los identificaron cuando se empezaron a encontrar tumbas anónimas y cadáveres en las morgues de los hospitales.

Esos años fueron terribles. El ambiente que se vivía era de terror, no había ninguna garantía de nada. Han pasado 27 años... ¡que nunca más vuelva a ocurrir! ¡nunca más!

Poema Cardella
su mamá
2002

Estela Altamirano

Psicóloga y militante de los setenta, Estela había nacido en la ciudad de Villa Dolores, en el noroeste de la provincia de Córdoba. Era una persona linda físicamente, con grandes ojos oscuros, muy elegante y de sonrisa amplia. Honesta, franca y frontal. Tenía su carácter la negra. Era muy responsable en su trabajo y excelente compañera de casa. Muchos años trabajó en el Instituto del Menor, en la ciudad de Córdoba. Juntas empezamos la carrera y el camino de la militancia primero en la facultad, en los Grupos Revolucionarios Socialistas, y luego en Poder Obrero. Le costó superar el mandato de su familia: ser una profesional con "cierto status". Al principio le asustaba la militancia, decía "me cago cuando se viene la represión en las movilizaciones". Pero adquirió la capacidad de analizar las contradicciones y asumir luego sus posturas.

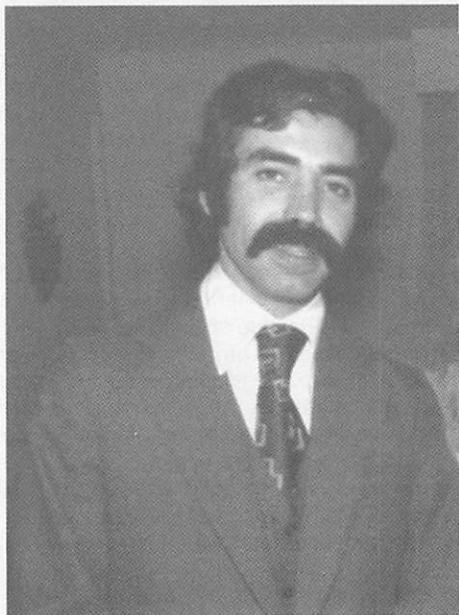
Creo que su vida se completa cuando conoce al Gordo Lewis, su compañero. Él la ayudaba en sus definiciones ideológicas, y ella lo ayudaba a él por sus limitaciones físicas, ya que padecía una secuela de poliometitis. Se querían un montón. No dudó en acompañarlo cuando lo enviaron a Mendoza y luego a Buenos Aires. Vivió con ilusión su embarazo y Martín, su hijo, fue un regalo para todos. Ella temía por su seguridad, pero seguía firme en su puesto.

Estuve con Estela un mes antes del enfrentamiento en el cual perdió la vida junto a los compañeros Carlos Fessia y Cristina Fontanellas. Me sorprendió su crecimiento político y la seguridad que tenía. Le gustaba su carrera y lamentaba no poder ejercerla...

Cuando mataron a su compañero pedí verla para ponerle el hombro, pero ella me mandó a decir que no era seguro verme, que estaba bien. Tuvo la fuerza de escribir una carta hermosa a su suegra, reivindicando la elección de vida de los dos y su lucha por un mundo mejor.

El 21 de noviembre de 1976 en Buenos Aires, cuando empezaba mi rutina diaria de subir a los trenes y subtes para hacer tiempo, compré el diario y me di con la noticia de que habían matado a mis compañeros y amigos tres días antes, el 18 de noviembre. Creo que lloré todo el día, pero me consolaba uniendo la imagen de esta Estela valiente, que eligió no entregarse al enemigo, con la imagen de Estela amiga, que leía conmigo "El hombre nuevo" del Che Guevara.

Laura Vilté
su compañera
2003



Carlos Arias

Carlos nació en Liniers el 14 de abril de 1948, era el segundo hijo de Pepe y Pepi, que por entonces eran muy jóvenes y vivían en la casa materna de Pepi, en la calle Tellier (hoy Lisandro de la Torre), barrio de "las mil casitas" también llamadas "casas baratas" que hoy, en su mayoría, se encuentran recicladas.

A los meses de nacer tuvo un problema de salud que hizo peligrar su vida, por ello luego de recuperarse quedó en un lugar de niño mimado que le duró unos cuantos años. Luego a su hermano mayor Eduardo se le sumaron Yordi y Ana María completando así el número de hermanos, cuatro, que era un buen número para la época.

Los juegos de chicos eran básicamente en la calle y "la calle era de todos", las veredas eran muy anchas, las calles empedradas y los juegos eran muchos, cazar mariposas, un picadito en la esquina, etc. a los que Carlos sumaba otros propios. Especialmente la manzana que hoy es Cosquín, Peribebuy, Boquerón y Carhué que era un potrero al cual llamaban "El Campito", era un lugar ideal de juego y encuentro.

Aunque Pepe era hijo de una familia de artistas, heredó

la ocupación que su padre tenía para sobrevivir, llevar la contabilidad de distintos comercios. Era un hombre muy formado, leía muchísimo y tenía predilección por los debates. Pepi era la hermana mayor de tres hermanos que habían quedado huérfanos de padre cuando eran muy chicos y por ese motivo se quedó sin seguir estudiando ya que eso era un privilegio para los hermanos varones.

Los primeros años de la primaria Carlos los hizo en la escuela que ahora es la N° 15, distrito escolar N° 20. En esa época los varones podían ir a esta escuela hasta tercer grado, luego fue a la escuela N° 4 en Ramón Falcón y Lisandro de la Torre. El primer día de clases Pepi invitaba a los amigos a tomar un café con leche con churros en la casa, que preparaba Yaya, la abuela. Estos primeros años de primaria Carlos los compartía con Cristina que era la hija de Margarita, una vecina de la vuelta. También Cristina era hermana de leche de Carlos ya que las madres ante algunas ocasiones amamantaban al bebé de su amiga.

Se estilaba en esa época hacer avanzar a los chicos algunos años en la escuela, es decir, hacerles aprobar libre para que en vez de pasar a primero superior (como se llamaba por entonces al segundo grado) pasaran directamente a segundo o a tercero. Eso mismo hicieron con Carlos.

Si bien la familia no era muy religiosa Carlos tuvo bastante inspiración mística, incluso empezó el catecismo justo en el año de la discusión entre la Educación Laica y la Educación Libre. Un día volvió llorando del catecismo porque el cura del barrio había dicho que los que estuvieran bajo educación laica estaban con el anticristo, y Carlos lloraba porque entonces "en su familia de educación laica estaban con el anticristo". Su mamá, que siempre fue de carácter, o mejor dicho... de un carácter bien fuerte, le dijo que no se hiciera problema, no lo mandó más al catecismo y un día lo vistió muy lindo, se vistió ella y lo llevó a tomar por su decisión la comunión. A otra iglesia, claro, la misa se daba en latín y con el cura de espaldas, Pepi lo puso en la cola de la gente que estaba por comulgar y después lo llevó a una confitería para festejar. Semejante acto libertario, sin embargo, no debe haber dejado una predilección por los sacramentos católicos ya que con el pasar de los años se reconocería ateo y, de hecho, no se casó por iglesia.

Aún así era un hermano ejemplar, un tipo solidario y sensible que pasaba a buscar a su hermanita menor por las casas de sus amigas con la sorpresa de regalarle un "Anteojito", la revista nueva para los niños por entonces. Con Yordi y Eduardo, sus otros hermanos, compartía las siestas del barrio jugando en el viejo ómbú del pasaje El Homero. Los cuatro, a pesar de la diferencia de edad, disfrutaban el tiempo remontando barriletes fabricados por ellos mismos y por toda la barra de amigos. Cuenta la tía Ana María que el que le tocaba a ella era siempre el más chiquito, acorde a su tamaño porque era la más pequeña. Igualmente estaba feliz de que sus hermanos varones la incluyeran en la repartija de barriletes y juegos.

La secundaria la hizo en el Nacional 13. Ya para esa época el Nacional 13 tenía fama de bravo y lo llamaban "semilla de maldad". Para el grupo de compañeros de secundaria, Carlos era bajito porque creció tarde y porque era menor que el común de sus compañeros, sin embargo eran un grupo de bastante camaradería. Cuando estaban muy aburridos iban a la Avenida General Paz a ver autos y conversar, o a dejar pasar el tiempo simplemente. Una vuelta el aburrimiento llegó a tal extremo que con un amigo, Oscar, se hicieron presentes en un campeonato de canasta que organizaban unas viejas del barrio y no se retiraron hasta que les ganaron a todas, para molestar no más.

Con este amigo, Oscar, pasó una vez algo gracioso. Y anecdótico, por cierto. Oscar quería ser marino mercante y Carlos abogado. Un día Oscar le pidió a Carlos que lo acompañara a anotarse en la escuela de la marina mercante. Una vez allí Carlos, por compañerismo, se anotó también. Se presentaron los dos a rendir el examen de ingreso y vaya paradoja... Carlos entró y Oscar no. Por esta burla del azar o picardía del destino Carlos resultó marino mercante y Oscar ya de más grande, se vengó de sus suerte comprándose un velero con el que todavía hoy recorre distintos lugares.

Para los Arias el hecho de que Carlos estudiara en la marina mercante fue muy especial. Por un lado, por todo lo sugestivo que implicaba pensar que uno de los integrantes de la familia iba a recorrer el mundo, ir a Europa que era el sueño de muchos sobre todo de los padres que habían abandonado España de chicos y nunca más regresaron. Y por otro lado, por el elevado costo que implicaba el estudio, los uniformes, etc. Además el régimen de cursada y las embarcaciones no le permitían a Carlos trabajar. Los Arias eran una típica familia de clase media. Pepe llevaba la contabilidad de varios negocios, en especial de panaderías, y cuando había balances la cosa andaba bien, pero algunos meses resultaba difícil la economía doméstica. Pepi en cambio no trabajaba, sólo de soltera había zurcido medias en su casa, pero nada más.

Y Carlos empezó a viajar. Y ahí las cartas, las vueltas. En el medio de todo esto, un día Margarita llamó a Pepi porque Cristina, que había compartido los primeros años de primaria con Carlos, estaba muy deprimida por

Carlos Arias

una pelea con un novio de ese momento, y le pidió que Carlos la llamara para salir. El pedido fue efectivo y Carlos y Cristina empezaron a compartir salidas de viernes por la noche, correría el año 1967. El lugar al que empezaron a ir esos viernes era el Instituto de Cultura Religiosa, que se encontraba en la calle Rodríguez Peña y en el que realizaban cine debate. Iban con Alejandro y Cristina, una pareja de amigos de Carlos. Probablemente ellos no supieran que en ese lugar, inimputable por su aspecto parroquial, era administrado por los que luego serían los "sacerdotes del tercer mundo". En la cafetería del sótano convergían la FAP, unos chicos del Nacional Buenos Aires que participaban con Mugica y que luego crearían a Montoneros, los estudiantes de la escuela de teología que funcionaba allí, en fin. Carlos para ese momento era fervientemente ateo, sin embargo parece que el lugar tenía su atractivo. Para esa época empezaron también a leer a distintos clásicos del momento: "Los condenados de la Tierra" de Fanon, y otros.

Carlos era un tipo que tenía metas firmes y que no bajaba los brazos. Era tan dulce como obcecado, tenía un carácter bastante fuerte, característica muy familiar ya que los Arias resolvían sus diferencias generalmente con gritos apasionados, y nadie se preocupaba demasiado por esto. Los Arias seguían viviendo en la casa de Tellier y a pesar de que la familia seguía creciendo, vivían juntos: la abuela, dos hermanos de Pepi, Pepi y Pepe y sus cuatro hijos. Tenían la costumbre de comer en la cocina, cosa bastante incómoda porque entraban como a presión en esa cocina tan pequeña, pero costumbres son costumbres. La casa de Tellier tenía la puerta abierta siempre y si estaba cerrada las llaves se encontraban rápidamente debajo de una maceta. Otra opción era entrar por la ventanita del baño. Y generalmente tenía un montón de gente adentro. Los amigos de Carlos y de sus hermanos solían pasar gran cantidad de tiempo en esta casa, se quedaban a dormir y nunca nadie tenía bien en claro cuánta gente había en la casa en un momento puntual.

Un día en un baile que organizaba la escuela de la Marina Mercante Carlos conoció a una chica, Inés, que era la hermana de dos alumnos de la escuela. Al finalizar el baile volvieron en el tren, Carlos con Cristina e Inés con Manuel, su hermano. Carlos y Cristina bajaron en Liniers, Inés y Manuel siguieron hasta Castelar, donde vivían, aunque previamente cambiaron sus datos y arreglaron un próximo encuentro.

Inés era muy flaquita, medio rubiona, con el pelo lacio y los ojos verdes, era la menor de cinco hermanos de una familia bastante conservadora y había empezado a estudiar Servicio Social.

Inés y Carlos se pusieron de novios y comenzaron las lacrimógenas despedidas cuando Carlos tenía que hacer un viaje, las típicas discusiones de la época sobre el matrimonio y el amor libre. Aunque creo que hasta hoy los padres de Inés no lo deben saber, partieron de vacaciones a Córdoba siendo novios, cosa bastante inusual y osada por el clima pacato de época. En agosto del año 1970 se casaron. Lo del casamiento no fue fácil, Inés quería casarse por iglesia y para Carlos esto era por poco una herejía. Inés fue a hablar con Cristina a ver si podía intermediar, Cristina lo intentó pero no hubo caso. "Si no creés, ¿qué te importa?" le sugirió Cristina, a lo que Carlos respondió: "es una cuestión de principios", y finalmente fue el civil y nada más.

Se fueron a vivir a un departamento en Caballito. El departamento tenía un dormitorio que era chiquito y una sala que tenía un pequeño estar en L. Tenían la mesa con las cuatro sillas, como en esa época correspondía, de paja con el respaldo alto de madera, y la cocina era chica. Del otro lado tenían un sillón que era un arcón y ahí se quedaban a dormir una infinidad de visitantes. Cristina tenía las llaves y una docena de personas más también. Cuenta Cristina que era frecuente abrir la puerta y encontrarse con una pareja a los mimos, y bueno, esas cosas.

Carlos había empezado a estudiar Sociología, en la Universidad que estaba intervenida y a la que había que entrar mostrando el documento a la policía. Cristina, a todo esto había empezado a militar en Montoneros que para ese entonces era una incipiente organización, a esta organización invitó a participar a Carlos e Inés. Ninguno de los dos tenía una tradición familiar peronista, ni tampoco militante, por el lado de Carlos sí tenían mayor tradición de discusión política y una tendencia más claramente definida hacia la izquierda. A Carlos le costaba entender el fenómeno del peronismo e intentaba racionalizarlo todo. Inés era más intuitiva, lo cual le facilitó el tránsito. Y en el medio de interminables discusiones y la cercanía a la militancia de base, experiencia que hicieron en Moreno y Morón, lugar al que los destinó la organización, terminaron los dos siendo militantes, peronistas y montoneros.

Las actividades eran tanto sociales, de movilización, como de agitación, en donde entre otras cosas tuvieron entrenamiento militar. Las actividades eran muchas y además Carlos e Inés trabajaban y estudiaban, tiempo de algún lado había que sacar, así que dormían muy poco. Ponían el despertador adentro de una cacerola para que suene más fuerte y así y todo había días en que no lo escuchaban.

Carlos era un morocho de boca muy grande, por lo que le decían "el bocón", aunque en la familia le seguían diciendo Carlitos y por mantener clandestina la identidad en las prácticas de la organización también se llamó Julio o Esteban, pero por cuestiones obvias el apodo de "bocón" lo acompañaba en más de un ámbito.

El primer hijo de la pareja se hizo rogar. A Inés en los barrios en los que militaba la llamaban "la machorra" porque no tenía hijos y recién a los tres años de casados, en el año 1973 nací yo que soy la hija más grande. Mi papá quería que me llamara María pero en esa época justo estaban pasando la novela "simplemente María" y parece que la broma de sus amigos era preguntar por el nombre de su futuro bebé y cargarlo con la novela o con el tango, por lo cual Carlos -que poca paciencia tenía- un día se enojó y resulté con el nombre Ana, como la hermana más chica de mi papá. Nací bastante morochita y todos le decían: "¿así que tuviste una hija de Base?" y mi papá decidió que no me iban a poner aritos, ni me iban a pelar porque él "no iba a decidir ningún sacrificio en función de la estética". Parece que la cosa no fue muy bien recibida porque cayó mi bisabuela y la negociación terminó en que me pusieron aritos, pero no me pelaron de lo que creo me quedó mucho cabello que a veces me cuesta peinar y un cierto desdén por la cuestión estética.

Cuando yo tenía más o menos seis meses, un operativo policial llegó a la casa de los padres de Inés en donde me dejaban a mí para que me cuidaran. Cuando llegó Carlos a buscarme lo detuvieron y lo llevaron al departamento en donde vivíamos y al requisar la casa encontraron documentos y materiales que mostraban la relación con Montoneros, así cayeron presos los dos, Inés y Carlos. Carlos se inculpó de todo e Inés salió libre a los quince días, mientras que Carlos estuvo preso seis meses. La Causa se llamaba "Camps y otros", él era uno de los otros. Una de las cartas que mandó desde la cárcel luego de retar a su madre por llevar cosas que consideraba no imprescindibles le decía que para estar preso le había servido haber hecho tantos viajes en barco, por eso de estar con gente que uno no elige, sin poder decidir salir un rato del lugar, etc.

Carlos salió libre a los seis meses por medio de una de esas amnistías de la época. Y no volvió a militar en Montoneros al igual que Inés de la manera orgánica en que lo venían haciendo por distintas diferencias, una de las cuales, paradójicamente si bien les había costado entender a Perón el tiempo de militancia, les había hecho reconocerse profundamente peronistas y la distancia que había tomado Montoneros de Perón y otras opciones de la organización decidieron su alejamiento.

A los nueve meses aproximadamente que Carlos salió de la Cárcel nació Manuel, rubio muy rubio. Manuel nació en el año 1975, y las cosas en el país estaban empezando a mostrar lo que se venía. Así que para cuando nació Manuel, Inés decidió adelantar su licencia porque en el lugar que trabajaba que era DINEA (Dirección Nacional de Educación de Adultos) estaba por ser intervenida, la casa que estaban comprando a medias con el hermano de Inés se la llevó el Rodrigazo, y todo esto implicó que no hubiera muchas fotos de Manuel de bebé, por lo que durante muchos años tuvo la duda de si era adoptado. Graciosamente Manuel tiene un parecido con Carlos asombroso. Mi hermano y yo éramos terribles y a mi papá mucho no le preocupaba, es más, probaba métodos típicos de la época para educarnos sin limitaciones, esto a veces traía algunas consecuencias, como cuando comíamos yogur con la mano, pero bueno... tan mal no salimos.

En el año 1976 todo parecía derrumbarse, Carlos e Inés se separaron en marzo, para la época del golpe. Carlos que había dejado de navegar desde hacía algunos años volvió a embarcarse y comenzó la época de vivir escapando. Incluso en la casa de Tellier, que ya no tenía tanta gente como antes, Carlos refugió momentáneamente a algunos compañeros. Por temor a que lo siguieran o lo fueran a buscar a la casa se encontraba a veces con Pepi en el bar que está sobre Rivadavia y que se llamaba "Otto Más", o se encontraban en la placita Los Andes.

Cuenta la tía Ana María, hermana de papá, que en muchas oportunidades sentía ruidos de piedritas en las ventanas de su departamento de Villa Maipú. Era Carlos que avisaba su llegada a la medianoche y que cuidadosamente recurría a ese método para no despertar a mi prima Paula, que por ese entonces era bebé. Pasaba esto porque muchas veces no podía volver a su casa por temor a ser detenido, como tantos de sus otros compañeros. Había alquilado un departamentito en Caballito con un amigo. En septiembre de 1977 desapareció Eduardo, el hermano mayor de Carlos y para el 29 o 30 de diciembre secuestraron a Carlos, no se sabe muy bien cómo, se sabe que fue con su Citroën y en Capital Federal. Supimos, después de mucho averiguar, que fue llevado al centro clandestino de detención llamado "el Banco", en Richieri y Camino de Cintura y que probablemente lo mataron antes del mundial del 78.

Pepi se incorporó a las Madres de Plaza de Mayo.

Carlos cuando fue secuestrado tenía veintinueve años.

Carlos tenía una manera de reírse muy particular, como tirándose para atrás, y encima con el tamaño de su boca y con esos bigotes a lo mejicano... era muy lindo, se reía muy lindo.

Ana Josefina Arias
su hija
2002

Cristina Arrillaga



Hace un año nos propusieron formar parte de una comisión integrada por jóvenes con un lema muy importante "la memoria". Uno de los objetivos a seguir por esta comisión era para empezar, tratar de contar más o menos como era la historia personal de cada desaparecido que habían vivido en esos barrios; conocer un poquito más de aquel que había sido nuestro vecino, tal vez nuestro compañero de grado, o simplemente el que nos compraba el pan de cada mañana.

Como algunos de los que integrábamos la comisión éramos parientes o conocidos de aquellos desaparecidos, cada uno, inmerso en su historia personal, decidió poner manos a la obra y tratar de armar la historia de cada uno de ellos.

Las cuatro empezamos a recorrer un camino tan lejano y a la vez tan nuevo, que nos llevó a descubrir una parte de nuestra familia que no conocíamos demasiado.

La protagonista de nuestra historia se llama Cristina Herminia Arrillaga, es nuestra tía y aquí en pocas palabras detallamos su vida.

Un 19 de febrero de 1956 nació ella, para todos una desconocida, pero para la familia Arrillaga, su primera y tan deseada hija. Desde chiquita tuvo su lugar en Liniers, toda su vida vivió allí, en Tonelero 6216 y la calle Palmar donde su madre

Isabel había vivido de chica. Esta casa había sido heredada por nuestra abuela, y allí junto a nuestro abuelo Enrique iniciaron la vida familiar.

La compartían junto a sus hermanos Isabel y Enrique, nuestra bisabuela Tata y nuestra prima segunda Poupe.

Mis abuelos se conocieron en la formación de su sindicato, ya que ambos eran delegados de sus oficinas en la empresa que trabajaban. También fueron fundadores de la mutual Agua y Energía y el Sindicato de Luz y Fuerza de Mercedes. Esos valores de compromiso social fueron los que ellos les transmitieron a sus hijos.

Cristina era una nena tranquila que se adaptaba a cualquier situación, colaboraba con la familia y era inmensamente querida por las personas de su entorno. Era positiva, arremetadora y tenía una fuerza interior que muchos admiraban. Se crió en el seno de una familia muy solidaria. Ya de chiquita llamaba la atención, no sólo por su personalidad y su forma de ser con los demás, sino también porque era muy linda, eso consta en el arrastre que tenía con los varones.

Cuando llegó el momento de empezar primer grado, la anotaron en la Escuela N° 18 Distrito Escolar 20 actualmente llamada República de Corea. Con la escuela nunca tuvo problemas, le iba muy bien. Era como una segunda casa para ella. Le encantaba expresarse a través de la escritura, lo hacía escribiendo poemas, cartas, en cualquier momento y en cualquier lugar, en cada momento que vivía, encontraba la inspiración para volver a escribir; tenía una sensibilidad muy especial.

En cuanto a lo artístico, se destacaba cantando, dicen que tenía una voz preciosa. Era solista del coro de la escuela primaria. Entre sus canciones preferidas estaban las de Víctor Heredia, Paco Ibáñez y Joan Manuel Serrat. Tanto le gustaba cantar que con sus compañeras del secundario formaron un grupo de folklore y participaron en "Si lo sabe, cante", por desgracia, tuvieron la mala suerte de perder.

En el año 1968 empieza primer año en el Liceo N° 8 de señoritas, que quedaba en la calle Murguiondo y Oliden. Al comenzar primer año, era una obligación ir con las medias azules hasta las rodillas justo donde terminaba la pollera, el guardapolvo, el blazer azul, y en el pelo una vincha del mismo color. En la escuela no sólo se trataba de uniformar con la ropa, sino también con el pensamiento. No existía el permiso de debatir, todo esto hizo que esa generación se revelara contra todo lo impuesto.

En el año 1972 quisieron sacarle a los colegios técnicos, su tecnicatura. Si bien el Liceo no era un colegio técnico y era sólo de mujeres, esto hizo que se hicieran muy amigas de los chicos del César Calviño, que les quedaba cerca y que sí era técnico. La movida y el interés comenzó por ahí. Se empezaron a organizar todos los

colegios para tomar los establecimientos en forma de protesta y así fue como comenzaron a armarse los centros de estudiantes que hasta aquí no existían. Se eligieron delegados representantes, presidente del centro y fue ahí cuando entraron en el camino que más tarde iba a ser la militancia.

Pero todo esto no vino solo; la revolución era en todo sentido, empezaron a replantearse todo lo que hasta ese momento se les había impuesto; se cuestionaban hasta lo más tonto. El deseo era de libertad, se vivía todo con muchísima intensidad y con una madurez que no coincidía con la edad que tenían. En esa época fue donde conoció a su primer novio al que le decían Papo; con él se querían pero eran muy chicos, no sabemos con certeza cuál fue el motivo que los separó, pero en un momento dado la relación llegó a su fin. Una de las cosas que le encantaba hacer era bailar, tanto a ella como a sus amigas; iban a un boliche que se llamaba "Qué sé yo" que quedaba en Ramos Mejía sobre la avenida Gaona. Les gustaba bailar entre ellas, no por que no las sacaran a bailar, al contrario, tenían mucho levante, pero ellas se preguntaban porque tenían que quedarse esperando que alguien las sacara a bailar, sólo querían divertirse entre ellas.

Más tarde entabló una relación con Cacho, quien creemos fue el amor de su vida. Él no militaba, pero era peronista, venía de una familia muy humilde. Acostumbraba decirle a Cristina que ella no tenía idea de lo que era la miseria, entonces la subía a un colectivo, que en su trayecto recorría barrios muy pobres, para que ella conociera esa realidad. Esa fue una experiencia que le abrió de alguna manera su visión de las cosas, simultáneamente con la lucha estudiantil. Fue Cacho quien la llevó a recibir a Perón a Ezeiza, el día en que terminaron todos a los tiros. A ellos no les pasó nada, pero cuando regresaron mis abuelos casi los matan a los dos.

Con unas amigas tenían el hábito de ratearse del colegio para ir a Gaspar Campos a ver a Perón, donde había gente acampando desde hacía días, aunque ella no era peronista, ni coincidía en su totalidad con ellos, iba igual. Había una consigna que no les gustaba, aquella decía: "Ni yanquis ni marxistas, peronistas", la consideraban sectaria. Pero había otra que sí cantaban que decía: "Perón y Evita, la Patria Socialista". A Perón fueron a verlo un par de veces, hasta que descubrieron las playas de Olivos, entonces se llevaban la malla abajo y después de pasar por la casa de Gaspar Campos se iban a tomar sol a una playa que se llamaba "ICO", que quedaba al lado del puerto. En la actualidad no existe, en la época de los militares la destruyeron tapándola con cemento.

Un día, a la salida del colegio había unos chicos repartiendo unos volantes tratando de hacer partícipes a los jóvenes de su partido político, Cristina junto a unas amigas lo leyeron y les gustó lo que decía. Luego de esto decidieron ir con una amiga a la reunión que harían, donde las invitaban a participar. En esa reunión se tocaron temas como la igualdad de las clases sociales y se quedaron maravilladas con todo eso, por ello decidieron participar de una manera más activa. Se afiliaron al PST (Partido Socialista de los Trabajadores) en 1973. Ella tenía ideales que siempre mantuvo y convicciones bien firmes, y esa era una manera de luchar por lo que creía justo. Lo primero que hicieron fue la campaña financiera en la Juventud Socialista, y posteriormente repartieron volantes y revistas. En el último año de la secundaria, Cristina distribuía su tiempo entre la escuela y la militancia. Tenía una fuerte personalidad que la ayudaba a no aflojar nunca y a tomar con mucha responsabilidad y seriedad sus obligaciones.

Solía tener mucho sentido del humor y era extremadamente positiva, en la escuela hacía reír a todos con sus ocurrencias, se la pasaba haciendo bromas. A la profesora de matemáticas la había apodado "el bicho de la montaña" y había inventado una canción que decía más o menos así: "El bicho de la montaña, compañera amiga de la Carcaña, viene despacio a la escuela, con ansias de tomar prueba.....y tiene un aliento, que no se mata ni con Kolinós." Rimaba y tenía música, a tal punto que recorrió todo el Liceo, la Carcaña era "la traga" del curso con la que no se llevaba muy bien la división. Otro día le pusieron amonestaciones por reírse de la vestimenta de la profesora de inglés a la que habían apodado "vaquelona" (palabra que habían inventado con las amigas que quería decir: persona un poco ridícula, de mal gusto).

El revelarse contra lo impuesto la llevó a decidir no asistir a su entrega de diplomas en quinto año. Terminó la secundaria y como su sueño era ser docente se inscribió en el Normal N° 4 donde cursó el profesorado para maestra de primaria, en ese ámbito fue donde comenzó su militancia en escuelas terciarias de Caballito. No olvidemos que el hecho de militar en el PST no era nada fácil y que cuando tenían que asistir a las reuniones del movimiento, nadie tenía que enterarse de que se reunirían, por consiguiente se inventaban actividades como por ejemplo: ir al club, ir a hacer gimnasia y luego, después de las clases se reunían en ese mismo lugar. Mientras tanto seguía saliendo con Cacho; en un momento dado, la empresa donde él trabajaba le comunicó que le darían el pase a un pueblo de la provincia de Santa Fe llamado Sunchales. Con esta noticia tan inesperada, Cacho le propuso a Cristina irse con él. Ella se sentía muy enamorada, pero debía tomar una decisión muy importante. Si se iba tendría que renunciar a lo que siempre había soñado, ser docente, no lo iba a poder concretar y no le faltaba mucho para terminar la carrera. Por otro lado, la familia ejerció una lógica presión sobre ella, era muy chica, no tenía ni veinte

Cristina Arrillaga

años, y no querían que se fuera. Fue difícil tomar una decisión, le llevó mucho tiempo, pero finalmente decidió quedarse.

Tiempo después sufrió un terrible accidente, fue atropellada por un auto, situación que la obligó a pasar casi seis meses en cama, teniendo que afrontar varias operaciones. Se le habían roto los ligamentos de la rodilla y en su pierna tenía que llevar un yeso, además tenía que usar una silla de ruedas para que pudiera mantener la pierna estirada, ésta pesaba demasiado ya que era de madera. Cristina, como era tan inquieta, no soportaba estar tanto tiempo acostada, por esto, salían igual, su hermana y ella hasta la plaza de Larrazábal con silla y todo. Todos se acuerdan de la fuerza que tenía, no se quedaba quieta ni con el yeso puesto. Los amigos la recuerdan siempre yendo de un lado para el otro, trabajando, estudiando, militando.

Enseguida conoció a quien fue su última pareja, el único dato que tenemos de él es que le decían Toti. Lo que vino después fueron días muy difíciles, de sentirse perseguidos y de no saber lo que les podía pasar al otro día. Muchos militantes, como mi tía, consideraban que iban a estar más seguros yéndose de sus casas. Y eso fue lo que hizo, se fue a vivir a una pensión con Toti. Nadie sabía donde se hospedarían, por su propia seguridad y la de los suyos. Su familia sufrió muchísimo esa decisión, sus papás no estuvieron de acuerdo y no pudieron entenderlo. Ella no podía resistir estar lejos de ellos y cada vez que podía, volvía. En esa época había comenzado a trabajar en una escribanía y finalizado el profesorado, estaba haciendo las prácticas de docente.

Una mañana cuando sus hermanos iban para la escuela se dieron cuenta de que los estaban siguiendo. Efectivamente fue así. Su hermano Enrique habló con Cristina informándola de la situación, siendo esa la última vez que se comunicaron. A esto le siguió una semana de intensa angustia e incertidumbre por parte de todos. Se hicieron las denuncias en la policía, se presentó el hábeas corpus, asesorados por la Asamblea Permanente y se la buscó por todos los hospitales. Hasta que el 19 de agosto de 1976, la Comisaría de Mataderos N° 42, allanó la casa de la familia y trasladó a sus padres hasta la comisaría, en ese mismo momento llamaron del Departamento Central de Policía informando que la habían encontrado y que estaba bien. Cuando los abuelos regresaron de la comisaría, manifestaron la triste noticia, la habían asesinado. La fecha de su muerte fue el 17 de agosto de 1976.

Entonces con tan sólo 20 años, mi tía, esa que nadie conocía, pasó a formar parte de un número incalculable de jóvenes que pretendían una sociedad mejor, un mundo más justo, a los que les arrebataron sus sueños, junto con sus vidas.

**Cristina y Claudia Glossman; Laura y Mariel Arrillaga
sus sobrinas
2002**

Carlos Bustos

El 8 de abril de 1977 fue secuestrado el padre Carlos Armando Bustos, fraile capuchino que con el padre Pablo Gazarri compartían la espiritualidad de los Hermanos de Foucauld.

Nació el 10 de enero de 1942, después de ser ordenado sacerdote ejerció el ministerio en la parroquia Santa María de los Ángeles en Buenos Aires, un lugar en el que no se sentía cómodo, como se lo manifestó a su hermano Marcelo, en 1970: "Yo sigo, como siempre, aquí en la parroquia, tratando de no aburguesarme tanto, ya que el ambiente es propenso. Deseo largarme a los pagos de Formosa. Estoy podrido -hablando mal y pronto- de este ambiente ciudadano en donde los curas estamos amontonados como garrapata en oreja de perro. Es necesario largarse a lugares en donde se pueda trabajar y poner el lomo, y en donde los curas los podés contar con la mitad de los dedos de media mano. Hay diócesis muy pobres y es necesario ser generosos. Más en los tiempos que corren. Hoy no es posible andar con palabrerías o actitudes mistongas. Hoy hay que quebrarse el espinazo y dejarse de joder. Es necesario que el sacerdote y más el franciscano, deje de una vez por todas la



fortaleza de los conventos, el olor a incienso y las bobadas de una falsa mística consistente en palabras dulzonas y gestos y actitudes propios de épocas pasadas. Hay que correr con los tiempos bajo peligro de morir aplastados por la historia. Es maravilloso vivir en estos tiempos difíciles porque podemos tener el humilde orgullo de pensar que el Señor confía en nosotros. Confía en que nosotros saquemos la balsa a flote. Hermano, tenemos una misión que cumplir, vos por tu lado y yo por el mío. Tu puesto en el mundo no lo puede suplir nadie. Sabiendo esto, jamás te desanimarás en cualquier empresa que comiences. Podrás equivocarte, pero enderezarás el rumbo y le seguirás metiendo fierro a fondo".

Luego Carlos viajó a Chepes, la Rioja, donde siguió el camino trazado por Enrique Angelelli. En 1971 fue a trabajar con el padre Pedro Lephaille a la villa miseria de Ciudad Oculta. De su paso por ese lugar, hizo una descripción un amigo suyo, Catolo: "Lo que más recuerdo de él es su espíritu jovial, que le permitía convertir cualquier situación en un acontecimiento alegre. Su casa era un refugio para todo hermano que necesitara dormir, un mate para compartir o simplemente un rato de charla". Pedro trataba de poner un poco de orden, simplemente porque él era el mayor; pero en todo momento se notaba que disfrutaba del supuesto desorden que provocaba la hospitalidad de su compañero, al que trataba con un afecto entre fraternal y paternal. "Recuerdo muchas anécdotas graciosas. Por ejemplo, cuando con una silla arrió una vaca que se había escapado del camión en el Mercado de Hacienda; o una noche cuando le dijo a la policía que nos tenía contra la pared -cosa bastante frecuente en esa época- que se le enfriaba la panza. Su humor cordobés estaba siempre presente".

En 1972 Carlos le escribía otra carta a su hermano Marcelo: "Te estoy escribiendo desde mi nuevo rancho. Con otro compañero, también capuchino, nos hemos venido a vivir a la villa miseria de Mataderos. Para muchos será extraño, para nosotros no, ya que entendemos que el Evangelio ha de ser vivido plenamente entre los más pobres. Tenemos una pequeña capilla y celebramos la Eucaristía los domingos para la comunidad. Nos ganamos la vida como cualquier hijo de vecino. Hasta hace poco trabajábamos en pintura de casas y departamentos, ahora estamos trabajando en un taxi. Trabajo desde las tres de la tarde y le doy duro y parejo hasta las once de la noche. Así es la vida de los pobres y la iglesia ha de encarnarse en esa vida. No se puede predicar el Evangelio desde la comodidad de una vida burguesa o desde las alturas inalcanzables de los púlpitos solemnes. Tal vez en el futuro, y si el Señor me da fuerzas, mi futuro estará en perderme en algún monte entre los leñadores y hacheros del norte o en las desoladas llanuras del sur. Me estoy preparando a todo. Estoy cansado de la hipocresía del mundo, de la comodidad egoísta de los hombres, porque todo el mundo se rasca para adentro. Nuestros políticos no llegan a ninguna conclusión popular. No hacen otra cosa que jugar con las esperanzas del pueblo. Todo el mundo no piensa en otra cosa que hacer gaita, pasarla bien y al que está al lado que lo parta un rayo".

El padre Luis Coscia, que fue su confesor, hace las siguientes reflexiones sobre las actividades de Carlos en Ciudad Oculta: "Carlos comenzó a acompañar a jóvenes que querían actuar políticamente. Cuando percibió que ellos podían tomar una línea violenta, consultó a su principal, Luis Alberto, quien le aconsejó que acompañase a estos jóvenes con prudencia para ayudarlos a no caer en la violencia. Carlos charlaba y se confesaba conmigo algunas veces. Lo acompañaba espiritualmente el padre Franco Festa, de Lugano. En las charlas que mantuve con él durante 1975 e inicios de 1976, Carlos me comentó que se había alejado de los grupos violentos y que tenía un gran propósito por el cual trabajaba: que los sacerdotes (diocesanos y religiosos) nos encontráramos para discernir la situación del país y trabajar por la no violencia. Para ello quiso interesar a algunos obispos, entre ellos Primatesta, arzobispo de Córdoba".

En 1976 Carlos fue a pasar un tiempo con los Hermanitos de Jesús. El Viernes Santo (8 de abril de 1977) salía hacia Pompeya junto a un Hermanito de Jesús cuando ambos fueron secuestrados. Mediante la Capellanía castrense sus colegas supieron algunos lugares adonde fue trasladado. Finalmente les dijeron que había sido visto desnucado a la salida de un sótano de Campo de Mayo. Todas las dependencias militares negaron haber tenido a Carlos.

Sobre su muerte dijo el padre Glassmann: "Los enemigos del pueblo y de sus luchas y esperanzas lo hicieron desaparecer aquel Viernes Santo del 77 pensando que podían acallarlo y acabarlo, como hace 2000 años en el primer Viernes Santo, los poderosos pretendieron acabar con Jesús y su mensaje".

Extraída de la Revista
Testimonio sobre su vida secuestro y muerte
María Rosa Lazarte / Mariel Fernandez y Luis García Conde
2002

Alicia Bianco



María Ponce de Bianco

Esta es la historia de mi vieja y de mi hermana, mi propia historia.

Mamá nació el 6 de julio de 1924 en Tucumán, se llamaba María Eugenia Ponce. A los diecinueve años vino a Buenos Aires para trabajar, en donde se dedicó al servicio doméstico. Luego de cinco años conoció a mi viejo, Ángel Federico Bianco, que era chofer de la línea 55. Así se conocieron, viaje va, viaje viene, en el colectivo.

Tenía veintisiete años cuando se casó con papá y se fueron a vivir a la avenida Alberdi 7054. En esta parte de la historia vamos apareciendo los hijos: la primera fue Alicia, luego nació Ana, y por último yo, Luis.

Mamá era una gran mujer, una "negra india tucumana" de ley. Aunque sólo fue al colegio hasta quinto grado en la primaria, leía muchísimo, era muy culta. Por eso nos ayudaba siempre en las tareas escolares. Además era una gran cocinera y experta en corte y confección. En casa no se decían malas palabras, no nos dejaba. Siempre hablaba de la igualdad entre los hombres. Recuerdo que una vez íbamos ella y yo por la calle, yo era pequeño, pasó un señor al cual yo discriminé diciéndole en complicidad a mi madre: "¡mirá mamá, qué negro!". Mamá llamó al hombre, me hizo pedirle disculpas y darle un beso. Ella me enseñó a no temer a los mendigos, a la gente diferente, siempre decía "andá con dignidad y la mirada limpia".

Alicia mamó de ella ese carisma. Nació el 22 de octubre de 1952. Tuvo una infancia feliz, era muy leal, simpática y compradora. Hizo el secundario en el Comercial 32 y egresó con promedio 9,70. Cursó hasta el tercer año de la Carrera de Filosofía en la Facultad de Filosofía y Letras, hasta que dejó el estudio para dedicarse a pleno a la militancia. Al comienzo era montonera, pero luego por disidencias políticas con dicha organización se incorporó al ERP (Ejército Revolucionario del Pueblo). Con cuatro compañeros armaron una casilla en la villa Perito Moreno, en donde daban clases a los pibes que no iban a la escuela.

De mi hermana Alicia tengo una anécdota recurrente que viene a mí para cada uno de mis cumpleaños, los 25 de enero. Ella me hacía la torta siempre un día antes, los 24, porque sabía que yo llegaría tarde a casa, luego de las doce de la noche cuando ya era el día de mi cumpleaños. Así que yo entraba a casa y veía flechas pegadas por todos lados en las paredes, que indicaban un solo camino: la heladera, y allí estaba la torta para mí, hecha con todo el amor del mundo por mi hermana Alicia. Hace veintisiete años que me falta esa torta de cumpleaños. Cada 25 de enero que empieza en el calendario, mi primer pensamiento es ese, la ausencia de esa torta.

Mi hermana desapareció el 1 de mayo de 1976, tenía 23 años cuando fue secuestrada a la madrugada en mi casa de Coronel Pagola 225 de Lomas del Mirador. En ese entonces tenía un novio, Mingo le decían. Supe que

Alicia Bianco y María Ponce de Bianco falleció hace un par de años, era alcohólico. Alicia cayó con sus compañeros, no recuerdo cómo. Sí recuerdo que un día antes de ese 1 de mayo guardamos en casa a un compañero de ella, que en un "enfrentamiento erpiano" había quedado herido de bala. Mi vieja le sacó esa bala y curó como pudo su herida, luego papá le dio ropas y lo llevó a algún lugar de Haedo, creo que a su casa. Allí estaba la madre de este muchacho, quien al verlo ensangrentado y malherido paró al primer patrullero que vio y comentó el episodio. Al día siguiente desapareció Alicia.

Mamá se metió en Madres de Plaza de Mayo enseguida para buscar a su hija, junto con muchas más madres, quienes todavía hoy luchan por justicia por sus hijos. Ella desapareció el 8 de diciembre de 1977, junto con una de las monjas francesas Alice Domon y otra madre, Esther Ballestrino de Careaga. Estaba Astiz "dejando limosna" en la urna de la Iglesia Santa Cruz cuando luego de su seña macabra llegaron unos cuantos Ford Falcon y se llevaron a varios familiares.

Me costó once años olvidarme de las masitas que le compraba a mi vieja para los días de la madre en la confitería de Martiniano Leguizamón y Alberdi... Quiero decir, luego de su desaparición las seguí comprando para ella, cada octubre, como un ritual durante once años.

En el año 1982 falleció papá de un problema renal. Estuvo internado más de un mes en el Hospital Santojanni, yo estuve con él hasta el final. Nunca voy a olvidar sus últimas palabras: "cuando las veas a mamá y a Alicia, decíles que las quiero mucho". Por supuesto que nunca más las vi, pero estoy seguro de que él sí.

Luis Bianco
su hijo
2003

María Eugenia Ponce de Bianco

Este ejercicio de la memoria que me remonta a mis doce años te lo debía, y desde ese lugar contarles a todos qué mujer distinta vieron mis ojos asombrados cuando entré a tu casa de Alberdi 7054. Sólo hoy a mis cuarenta y seis años puedo valorar en toda su dimensión.

Eras la mujer que fumaba, usaba pantalones, manejaba el dinero y los negocios familiares como nadie de su generación, excelente cocinera y además atea. Pero reconozco lo que más me sedujo y me atrajo fue tu pensamiento filosófico. El primer libro que me regalaste y aún conservo fue "El talón de hierro" de J. London, después me dedicaste muchas tardes para analizar esa novela maravillosa, y luego seguimos con "El origen de la familia. La propiedad..." de F. Engels, que también conservo.

A esta altura yo quería saber por qué te decías marxista leninista y me enseñaste a leer "El Capital", entonces todos mis esfuerzos personales los dediqué a ser como vos. Fuiste mi ejemplo a seguir, y muchas veces sentí celos de tus hijos por la madre que tenían. Sufrí muchas veces en silencio cuando después de la desaparición de tu hija Alicia tuviste que cerrar la colchonería de Alberdi 7056. Ahí empezaste a cuidarme y ya no podíamos pasar más tiempo juntas... me acuerdo que me decías: "hoy no vengas por casa"...

Nuestro enemigo no se equivocó, sabía quién eras, no fue nada casual: junto con Azucena Villaflor y Esther Ballestrino eras de las más luchadoras del grupo fundador de las Madres de la Plaza, y por eso desaparecieron. Recuerdo que hasta me pediste mi número de documento para la solicitada a fin de acompañarte con mi firma. Tu madurez política te llevó a romper con el PC y te transformaste en una lúcida y activa militante del ERP. Pocos saben que recuperaste una sobrina nieta de nombre Soledad después de la desaparición de tus sobrinos Manuel y Oscar Ponce.

Conociéndote, sé que fuiste la más luchadora y que no esperaste nada a cambio, sólo la satisfacción ante la vida y esa es la verdad que quiero contar en agradecimiento a todo lo que me diste.

Creo que es el mejor homenaje que puedo hacerte.

Marta Gómez
su amiga
2003

Ricardo Campari



Ricardo Héctor Campari nació el 3 de mayo de 1934 en Capital Federal. Fue detenido y desaparecido el 3 de noviembre de 1976 por un grupo de tareas de la policía, en un bar de Flores a pleno mediodía, durante una cita con su primo hermano Mario. La cita fue hecha por Ricardo para darle un poco de dinero al primo, 20 años menor, para que se vaya del país.

Fueron trasladados a la Brigada de Investigaciones de la Matanza, San Justo, donde después de unos días de feroces tormentos Ricardo fue chupado por el ejército y su primo Mario (por intermedio de contactos policiales) fue liberado y le comunicaron que "por su tío no se podía hacer nada" (por la diferencia de edad pensaban que Ricardo era el tío). Fue la última vez que lo vieron, se supone que estuvo en un campo de concentración en el sur de la provincia de Buenos Aires, pozo de Banfield o pozo de Quilmes.

Las circunstancias de su detención lo definen con bastante fidelidad: era una persona absolutamente solidaria, cuya prioridad eran los demás, respetado por sus pares y circunstanciales adversarios políticos por la claridad de sus posiciones y su coherencia entre el decir y el hacer. Ricardo fue el mayor de los tres hijos que tuvo el matrimonio formado por

Aurelio y Lina, que vivían en Liniers mudándose varias veces pero siempre dentro del barrio (pasaje La Cautiva al 300, Timoteo Gordillo y Humaitá, Humaitá y Facundo y ya de casado en Peribebuy entre Cosquín y Carhué). La familia tenía un buen pasar económico ya que Aurelio era un empleado con buena categoría en la Unión Telefónica, esto posibilitó que los hijos tuvieran acceso a una buena educación para la concepción de una familia de inmigrantes italianos.

Ricardo, "Pochi" para la familia, cursó hasta tercer grado en la escuela de Lisandro de la Torre al 500, de cuarto a sexto en la de Ramón Falcón y Lisandro de la Torre. Se recibió de Bachiller en el Nacional Urquiza de Flores y cursó tres años en la facultad de Ciencias Exactas de la UBA entre Geología e Ingeniería Civil.

En lo social le gustaba el deporte, fue socio del Ateneo de Versalles desde los 11 años hasta los 14, del club Liniers desde los 13 a los 16, jugó al rugby en Beromama desde la quinta división hasta "la gloriosa tercera borracha".

En el año 1955 hizo la colimba en el ejército en la provincia de Corrientes con lo cual interrumpió los estudios y la práctica del deporte. En el año 1956 falleció su padre y se incorporó a trabajar en ENTEL donde militó activamente en el sindicato telefónico (FOETRA); en 1957 participó de la huelga más grande de la historia de los telefónicos (estaba en el gobierno la revolución "Libertadora"), el gremio fue prescripto y se sumó a la lucha por la recuperación del mismo. Simultáneamente se incorporó a la UCRI, en donde militó hasta que fue expulsado a los pocos meses de asumir Frondizi. En 1959 en un asado organizado por el gremio en Ramos Mejía, la conoció a Ana - compañera de trabajo y vecina de Castelar-, se pusieron de novios y a los nueve meses contrajeron matrimonio (por civil, aclaramos, ya que era ateo por convicción). Tuvieron dos hijos: en el año 1962 nació Claudia y en 1965 Daniel.

Mientras tanto, a fines del año 1964, fundó el movimiento gremial telefónico LISTA ROSA agrupación independiente, pluralista y combativa, se presentaron a elecciones en abril de 1965 y salieron terceros entre las ocho listas que se presentaron. Fue Secretario General de la Agrupación hasta el momento de dejar de trabajar en ENTEL y pasar a trabajar en SIAM como corredor de artículos electrodomésticos, lo que le permitió conseguir un mejor sueldo para mantener a su familia. La LISTA ROSA tenía una fuerte relación con los sindicatos clasistas cordobeses y con la CGT DE LOS ARGENTINOS (Tosco, Piccinini, Ongaro, etc.) lo que le valió a los integrantes del movimiento para ganarse el odio de la Triple A.

Toda la movida social de los años setenta lo encontró firmemente convencido de la necesidad de profundizar su militancia política y partidaria. Al momento de su detención participaba del M R CHE (Movimiento

Revolucionario Che Guevara), su nombre de acción era Claudio y estaba clandestino. Se había mudado a Castelar, manejaba muy conforme su Citroën 3CV y disfrutaba como todo buen padre de las trapisondas de sus hijos. Una de las más recordadas es la ocasión en la cual había un acuerdo tácito con los hijos: los domingos mientras él dormía la siesta los chicos lavaban el auto a cambio de un helado. Resulta que un domingo nunca se supo bien porqué se negó a comprar dicho helado, por lo cual los hijos juntaron todo el barro que pudieron y encastraron todo el auto, por un lado se puso furioso y por el otro orgulloso por la conciencia de clase de sus cachorros. Hacía un gran esfuerzo por no putear delante de sus hijos y contaba una infinidad de chistes malos, situación que provocaba un gran enojo en los chicos.

Para terminar, la familia de Ricardo (esposa, hijos, hermanos y compañeros) queremos agradecerles este recordatorio, este homenaje a todos los compañeros caídos, y a los barrios que organizaron esta actividad. Estamos seguros de que los cumpas están presentes en todas y en cada una de las luchas y las actividades del pueblo.

Daniel Campari
su hijo
2002

Irma Laciár de Carrica

Irma nació el 1 de julio de 1926 en Sampacho, provincia de Córdoba. Desde chica supo de luchas y sacrificios porque su madre murió a temprana edad, quedando ella con su hermano menor Carlos, a cargo de su padre Máximo Laciár quien trabajaba como ferroviario en Mercedes (San Luis) y era delegado del gremio ferroviario. Al poco tiempo se volvió a casar y tuvo otros dos hijos -Beby y Rubén-. Creció en el seno de una familia humilde y allí templó su vocación de servir al prójimo.

Cursó sus estudios primarios en Córdoba y luego se trasladó a Buenos Aires para completar los estudios secundarios. Inspirada con el ejemplo de sus tías maternas, quienes eran enfermeras profesionales, eligió orientar su vocación hacia el campo de la salud. Estudió enfermería profesional e instrumentación quirúrgica en la escuela Cecilia Grierson. Una vez recibida regresó a Río Cuarto en Córdoba, donde comenzó a trabajar en el Hospital Regional como instrumentadora. En ese período se casó con Héctor Luis Carrica, con quien tuvo su primer y único hijo el 21 de septiembre de 1948. Irma comenzó a trabajar en el Hospital Rivadavia como enfermera a partir del año 1953, y en los años sesenta llegó a ser subje de enfermería (al mismo tiempo estudiaba supervisión).

Lo que recuerdo de esa vida, es que era una persona muy querida y muy buena como instrumentadora y enfermera, reconocida por sus compañeros, los profesionales del hospital y los trabajadores de la salud. Me acuerdo la alegría que tenía ella, como se involucraba con la gente más humilde y necesitada (los pacientes).

Militó desde muy joven en el Partido Socialista, que lideraba Alfredo Palacios. Cuando era subje de enfermería del Hospital Rivadavia cumplía un horario de trabajo muy riguroso. Además era Secretaria General de la Junta Interna de ATE (Asociación Trabajadores del Estado) del hospital. Tengo grabada una huelga en la que estaba mi vieja parada en la puerta del hospital formando parte de un piquete de huelga. Llegó el Ministro de Salud que la conocía porque habían trabajado juntos en el escalafón de Enfermería (no sé si no era Oñatibia). Mi madre encaró al ministro explicando los fundamentos de la huelga de Salud Pública, sabiendo que arriesgaba el cargo. Al final el Ministro se puso a reír, le dijo "usted es terrible..." Ella insistía conque había que predicar con el ejemplo, para ella corrupción era la venta de autoridad por dinero o interés político, utilizar el poder que te da un cargo sindical en beneficio propio. Malversar la confianza que le brindaban los compañeros era traición, un menosprecio de los

Irma Laciari de Carrica

intereses que le fueron delegados.

En 1955 cuando se produjo la llamada "Revolución Libertadora" -la cual provocó una masacre- el personal médico y de enfermería, entre ellos mi madre, en ambulancias fueron enviados a asistir a los heridos. Un relato de ella me quedó grabado para toda la vida: cuando nos contaba que el cuadro en la Plaza de Mayo era dantesco. Había un ómnibus escolar, un trolebús, no me acuerdo bien, cargado de chiquitos de la escuela, y a la maestra que llevaba el contingente le había estallado una bomba que hizo perderle las piernas, y mi vieja la tuvo que atender y darle auxilio de emergencia. Le quedó grabado el ruego de la maestra que gritaba "saquen a los chicos, saquen a los chicos"... y los chicos estaban muertos. La imagen del bombardeo y la masacre la conmovió, yo creo que la identidad de clase que tenía ella, era muy fuerte.

Otra vivencia que la marcó fue observar a los médicos cajetillas que durante el peronismo eran fervientes peronistas y luego de la libertadora pasaron a ser fervientes antiperonistas, con sus coches que estaban en las calles internas del Hospital Rivadavia, ataron con sogas los bustos de Perón y Evita, que eran las figuras que habían puesto los trabajadores del hospital. Los arrastraban con cantos, brindando con champagne, mientras los compañeros de ella, los trabajadores, lloraban. Estos hechos, y después el asalto a los sindicatos obreros, los fusilamientos de José León Suárez, hicieron que tomara la opción de incorporarse a ATE como militante y luego a la Resistencia Peronista en 1955.

Militante sindical y política incansable, restaba horas de sueño para dictar clases ad-honorem de noche en los hospitales, los pasillos del hospital Borda saben de su paso apurado y decidido. Su objetivo en esas noches era capacitar a los empíricos. Irma daba clases con pasión, disfrutaba socializando su saber, se ocupaba por estimular a los compañeros, trataba de formarlos y con orgullo proclamaba la imperiosa necesidad de ejercer una militancia integral, que ella humildemente practicaba con tesón y alegría.

Durante la década del sesenta fue directora de la primera escuela de auxiliares de enfermería del Ministerio de Salud de la Nación. Funcionó por primera vez en el ex Instituto Nacional de Salud hoy llamado Hospital Posadas; posteriormente pasó a funcionar en el actual Hospital Rivadavia, finalmente funcionó en el Hospital Escuela General San Martín dependiente de la Universidad de Buenos Aires (UBA, hoy Hospital Nacional de Clínicas). En el último establecimiento se incorporó como docente de la Escuela Universitaria de Enfermería de la UBA. Allí sus colegas universitarias -nos recuerda Marta Rojas- la bautizaron "LA ENFERMERA DE LOS POBRES" por su modalidad de llevar a los alumnos de las distintas cátedras a caminar la villa de Retiro, la del bajo Belgrano, Bajo Flores o Matanza, para que tuvieran contacto directo con "los excluidos". Allí realizaban Educación y Prevención para la Salud, Atención Primaria de la Salud y a menudo, colaboraban en levantar los centros comunitarios junto con los vecinos. Irma estaba convencida de que éste era el mejor estímulo para formar su vocación con un profundo sentido social: siempre les decía "hay que hacer las cosas con la gente y no por la gente". No se cansaba de repetir "no debemos hacer asistencialismo ni otorgar dádivas, cuando los compañeros con sus propias manos construyan, luego sabrán bien como defenderlo".

En la década del setenta formó parte -por el sector salud- de los equipos tecnológicos dirigidos por Rolando García que ayudaron a formar en el área de Salud la plataforma del FREJULI. Del año 1973 al año 1974 fue asesora en organización hospitalaria y enfermería de la dirección que dirigía el Dr. Francisco "Paco" Maglio en el Hospital Escuela José de San Martín de la UBA, Facultad de Medicina, Decanato. Fueron sus compañeros el Dr. Mario Testa, Escudero, Pacheco, Osorio Soler, Laplumé, entre otros. En el mismo período formó parte del equipo de la cátedra de Medicina para el Trabajo, cuyo Director era el Dr. Ruben Efron. Le dio sentido a una universidad al servicio del pueblo, ya que a esas cátedras asistían los cuerpos de delegados obreros haciendo cursos de prevención de accidentes y seguridad laboral. La asistencia a estas cátedras era multitudinaria, por eso se dictaban en el aula Magna de la Facultad de Medicina de la UBA. Los obreros y empíricos que asistían al finalizar la cursada obtenían un título reconocido por la UBA. Su objetivo fue siempre la dignificación de los trabajadores de la salud a través de la democratización de la enseñanza, sostenía con vehemencia que "la salud es un derecho del pueblo".

Con el quiebre del sistema democrático y la dictadura genocida que se apropió del poder en 1976, fue perseguida como miles de compatriotas, asumió la responsabilidad a nivel nacional de hacerse cargo de la defensa de los derechos humanos de los compañeros detenidos políticos, colaboró estrechamente con los familiares de los presos y se abocó a procurar por todos los medios la localización de los compañeros detenidos-desaparecidos.

Irma y sus compañeros tenían bien claro cuál era su lugar en el mundo sindical, de su lado se alineaban quienes estaban por la liberación que expresó claramente Amado Olmos, y en el otro extremo el sindicalismo complaciente con los militares y con el poder que lideró Vandor. Luego en los setenta la división seguía siendo clara, de una vereda la CGT de los argentinos, Elpidio Torres, Agustín Tosco, Raimundo Ongaro luchaban por los

intereses del pueblo; en la vereda opuesta, la CGT oficialista liderada por José Ignacio Rucci y otros dirigentes implicados con las AAA. Como tantos luchadores anónimos, Irma optó por el sindicalismo de liberación en lo político, por la opción revolucionaria.

Los caminos de la militancia mi vieja los compartió con valiosas figuras que quedarán en la historia del movimiento obrero organizado: Amado Olmos, los hermanos Troxler, sus compañeros de ATE: Guido Lenci, Cesáreo Presas, Norberto Maina, Lita y el petiso Canatela, el tano Clemente. En lo político Juan Carlos Brid, Haydeé Cirulo de Carnagui "la tía Tota", Pirilo Carnagui, Bernado Alderete, el negro Andrés Framini, la flaca Alicia Euguren de Cooke y los jóvenes, sus preferidos y su opción militante: Gustavo y Pocho Rearte, el querido Envar Cacho El Kadri, José Luis Nel, Dardo Cabo y Cristina Barrier, Zapata, el Bocha, el Indio Allende, doña Elena, el Tiqui y Andrés, Horacio González, Miguel Focuevas, el pata Jáuregui, los hermanos Ferrando y tantos otros compañeros que la memoria nos esconde.

Ella se consideraba la mamá de todos los compañeros, defendió mucho a la juventud, participaba de las acciones con nosotros, como estábamos en dictadura y había siempre represión ella tenía su recurso para defendernos: solía llevar un medio ladrillo en la cartera, por las dudas como autodefensa, y pobre del que tocara a un compañero, un carterazo y los canas no querían más. Así eran las mujeres de la resistencia, así era mi madre.

Lo que más quedó fue su sonrisa, su alegría. Era una persona con una jovialidad que no la puedo asociar con la imagen de una viejita, hoy tendría mas de setenta años, era tan joven de espíritu y tenía tanta capacidad para tratar con los jóvenes que lograba que se sintieran siempre cómodos junto a ella. Despertaba en los demás cariño, admiración. Hoy siento que no había ningún secreto: era producto del amor a su clase.

Recuerdo una vez que se cagaron a tiros entre dos sectores de ATE en la vereda del local de la Seccional Buenos Aires. Querían tomar el local y a un compañero de YCF le pegaron un tiro en los testículos. Cuando ella vio al compañero herido en las escaleras bajó los cagó a gritos a todos, cargó al compañero que estaba herido, lo curó, lo llevó a su hospital donde había médicos compañeros. Al otro día todos los contendientes -incluida la vieja- fueron en cana pero estaban los códigos de la época: ante la cana primero eran compañeros y nadie botoneaba a nadie. Tuvieron que largarlos, ella trató de terminar con el enfrentamiento y los retó como si fueran chicos. Era entrañable su compañerismo. Se ligó mucho más a la actividad de los grupos de la Juventud Peronista, se sintió más ligada a la pureza de los jóvenes y al sacrificio de los jóvenes que a la clase política que despreció mucho siempre, por lo menos en el PJ. El partido era una cosa y los jóvenes eran otra. Ella, como tantas otras madres de la resistencia, siempre nos acompañó.

Otra cosa que me quedó grabada en la memoria es que como ella daba clases en casi todos los hospitales públicos de la Capital Federal, tenía alumnos sembrados en todos lados, y tenía una enorme autoridad profesional. Es sabido que ningún enfermero o médico que se precie de tal puede ver un paciente esposado en una cama. Ella hacía un despelote bárbaro cuando le avisaban que había un militante en cualquier hospital, sacado de la cárcel o de una comisaría porque estaba grave a causa del maltrato, de la tortura... esposado a una cama y con custodia policial. Allí iba Irma, con su uniforme, su cofia, lo primero que hacía era sacar a los policías de al lado de la cama del paciente y confortarlo, curarlo, transmitir esperanza..., y son muchos los compañeros que pueden dar testimonio de eso, muchos recuerdan agradecidos ese aliento, cuando las fuerzas flaqueaban.

Otra cosa que hizo en la época de la CGT de los argentinos, fue haber formado un grupo de mujeres muy combativas que se dedicaban a localizar a los compañeros que caían presos en las comisarías, ya en esa época se incomunicaba para poder torturar a los detenidos políticos. En ellas hacían mucho despelote, denunciando a los oficiales y a los jueces en la calle y ante la prensa, hasta que llegaran los abogados. Recuerdo en una oportunidad (1969) en la tristemente conocida Ex Coordinación Federal (hoy Superintendencia de Seguridad Federal) estábamos detenidos el cura Rojas -de Córdoba-, Omar Valderrama -maestro catamarqueño-, Luis Rodeiro -quien había sido muy torturado- y yo, cuando ella me fue a visitar vio en el estado que se encontraba Luis y sin pensarlo un instante armó terrible despelote ante la superioridad de la Policía Federal, logrando la autorización para curarlo y asistirlo.

Siempre me vuelve ese recuerdo, esos días... el ejemplo de los compañeros, la dignidad y entereza conque Luisito Rodeiro sobrellevó el dolor de la tortura. Después cuando lo trasladaron a la cárcel de encausados de Córdoba, como la vieja se había encariñado mucho con él, fue a visitarlo y a controlar en qué estado de salud se encontraba Ignacio Vélez, también gravemente herido. En esa época, esta solidaridad te podía costar la vida...

Los servicios de inteligencia fueron registrando estas cosas y terminaron costándole la vida a Irma... Ella era serenamente conciente del riesgo que corría porque era su opción de vida. Con mi vieja éramos compañeros, compartíamos todo, es decir: un proyecto de vida y un compromiso de lucha que aún mantenemos, porque ella vive

Irma Laciari de Carrica
en nuestra memoria.

La vieja hacía despedidos contra cualquier estructura de poder de los hospitales, las cooperadoras, las damas de rosa (esas señoras de la sociedad, que en su tiempo libre iban a hacer beneficencia a los hospitales). Ella enseñaba a las enfermeras y permitía que los pacientes participaran de la clase, todos juntos, en un mismo ámbito, así concebía la educación para la salud. Para Irma la salud debía entenderse como un derecho humano, en consecuencia el destinatario de la salud, que es la comunidad, que son los más castigados, los humildes, tienen que ser los pilares fundamentales de cualquier organización de la salud pública.

El terrible amor que tenía por los compañeros, por sus compañeros... Es difícil hoy entender lo que significaba para esta gente que se jugó la vida por sus ideales, una caída, una desaparición, la muerte de un compañero. Es un sentir inexplicable, es más profundo, más doloroso tal vez que la pérdida de un hermano. Irma siempre decía: "no tenemos que priorizar las cosas materiales, porque cuando uno se aferra a las cosas materiales, uno se debilita en este tipo de lucha". Además siempre sostuvo que bajo ningún punto de vista una persona que pretendía transformar la sociedad debía tener alguna dependencia económica de las organizaciones políticas a las que pertenecía. Por lo tanto la capacidad de trabajo y autonomía económica estaba estrechamente ligada a la autonomía política que el hombre libre que lucha para cambiar la sociedad debe tener.

Cuando estaba transitando los pasos hacia el final de su destino en una charla que tuvimos, aproximadamente dos meses antes de su detención y posterior desaparición, traté de convencerla de la necesidad de retroceder e insertarse en el interior del país. Ella no aceptó. Me explicó que tenía que permanecer en Buenos Aires, por ese entonces en la Capital Federal se concentraban los mayores operativos represivos. En ese momento las detenciones clandestinas se multiplicaban y comenzaba a vislumbrarse una escalada de terror, ya no sólo se llevaban a los militantes, también habían comenzado a desaparecer los familiares y amigos de los compañeros detenidos políticos.

Mi madre corría una verdadera carrera contra la muerte, que en ese momento se corporizaba en los tristemente célebres "grupos de tareas". Cuando se suponía que estaban por reventar el domicilio de algún compañero, mi vieja se proponía llegar antes que la patota para levantar a los familiares, para preservarlos ante el inminente ataque enemigo. No puedo olvidarme dos casos concretos, uno fue cuando se propuso levantar la casa de la madre del "Canca", Dante Gullo, pero lamentablemente no pudo convencerla de abandonar su casa y poco tiempo después desapareció. Otro caso fue el de "la tía Tota" Haydee Cirullo de Carnagui y Carmencita, quienes tampoco aceptaron la propuesta de Irma de dejar todo y protegerse. No quisieron "levantar la casa" y también las perdimos.

Esta lucha por tratar de rescatar, salvar a los compañeros, a sus seres queridos, la condujo hacia su final.

No aceptó irse del país, como lo habían hecho militantes más reconocidos e incluso las conducciones de las organizaciones que rumbeaban hacia el exilio. Mi vieja solía decirme "el borrarse comienza a convertirse en un hábito, una vez que se comienza...", se lo decía así misma porque fundamentalmente su objetivo personal era la búsqueda de los compañeros secuestrados, desaparecidos... por eso sentía que era abandonarlos a su suerte el hecho de dejarlos en manos del enemigo.

En ese momento ella estaba a cargo de la atención de los detenidos políticos, sus familiares, y empeñada en la búsqueda y posible localización de los compañeros detenidos desaparecidos. Conocía testimonios sobre el tipo de torturas que se practicaban en los centros clandestinos de detención y tenía datos sobre la posible localización de algunos y comenzó a tratar de denunciarlo. Por lo tanto era conciente de su posible final y era una decisión razonada. Lo último que recuerdo de ella fue un abrazo con lágrimas y una frase que me impactó profundamente por el resto de mi vida: "ellos, los compañeros, son como vos, mis hijos y yo por ellos voy hasta el final... porque el que no da todo, no da nada".

La capturaron el 18 de marzo de 1977, a las tres y media de la mañana arrancándola de su casa, Palmar 6658 en el barrio de Liniers. Fueron fuerzas conjuntas de la Policía Federal y el Ejército Argentino. La orden salió del Primer Cuerpo de Ejército, al mando del operativo estuvo el Teniente Coronel Gatica, en aquel momento Jefe del Regimiento de Patricios. Junto a Irma fue secuestrado su hermano Carlos Laciari, quien recuperó su libertad tras ser llevado como testigo del levantamiento de todas las pertenencias del domicilio de Irma, para ser trasladadas al batallón de arsenales 101 de Villa Martelli. Al llegar al batallón le hicieron firmar un recibo y pudo ver cómo descargaban los dos camiones marca Unimog en unos inmensos hangares colmados hasta los techos con heladeras, televisores, muebles, electrodomésticos, etcétera.

Mi tío Carlos escuchó de boca de los oficiales encargados del procedimiento que todo ese mobiliario pertenecía a "subversivos secuestrados". Posteriormente pudimos comprobar por testimonios de otros

compañeros y familiares que eso fue lo que hoy conocemos como los tristemente llamados botines de guerra de las fuerzas armadas. Carlos y su hija Mirta denunciaron inmediatamente en el Ministerio del Interior esta detención bajo el expediente N° 221702. Debo decir que mi tío hizo honor al ejemplo de su hermana porque nunca dejó de denunciar junto conmigo y mi prima Mirta en todos los foros nacionales e internacionales la desaparición de su hermana, figurando inclusive en el libro *Nunca Más*.

Mamá fue consecuente: supo ir hasta el final, y dio todo.

**Héctor "Pelusa" Carrica
su hijo
2003**



Marcelo Castello

Mi hermano nació el 16 de diciembre de 1950 en Capital Federal. En ese entonces nuestros viejos, Isidora y Héctor, alquilaban un departamento en La Boca. Increíblemente él salió fanático de River por influencia de un primo. Recuerdo que organizaba los partidos del barrio desde muy pequeño, demostrando así el inicio de un perfil muy marcado de liderazgo. En el año 1955 nací yo, también en la Boca. Entre Marcelo y yo nació una niña que falleció a los dos meses. De alguna forma la vida compensa, ya que desde el año 1957 tenemos una hermana de crianza, se llama Nora, y actualmente vive en España desde hace algo más de un año.

Nora era un poco machona, jugaba mucho al fútbol, razón por la cual era más compinche con Marcelo que yo. Marcelo me llevaba casi cinco años, y debo confesar que de chicos nos peleábamos bastante... él era muy celoso de sus cosas. Por ejemplo en la adolescencia cuidaba mucho sus discos, le gustaban terriblemente Los Beatles, y yo se los sacaba para escucharlos... ¡el tema es que siempre se daba cuenta! y la cosa terminaba en grandes peleas, con piñas y todo.

A fines del año 1955 nos vinimos a vivir a Liniers a una casa en Tellier al 300, actualmente Lisandro de La Torre, la cual alquilamos durante muchos años, hasta que luego pudimos

comprarla cuando mi papá recibió una herencia familiar. Mi casa era una casa de puertas abiertas al barrio. Mis viejos siempre tuvieron una actitud muy solidaria hacia los necesitados, esto tiene que ver con que a ellos por ejemplo, no les preocupaba tener una casa propia, pero sí les preocupaba dar una mano a quien la necesitara, cosa que han hecho siempre. Mi viejo era profesional, doctor en Ciencias Económicas, y mamá era ama de casa pero previamente había trabajado como empleada ferroviaria, y en el Ferrocarril es donde se conocieron. Mi vieja era una mujer muy creyente y nos legó lo profundo del cristianismo, que es el amor al prójimo.

Podría contar muchos ejemplos de situaciones en las que mis viejos daban muestras de solidaridad. Recuerdo que mi papá solía decir "el ahorro es la base de la miseria", y que la plata era para disfrutarla y compartirla. Una anécdota que me viene a la mente sobre mi vieja es cuando un día de muchísimo frío, en un invierno que llegó antes de tiempo, nos pusimos a buscar mantas para abrigarnos pero no aparecían por ningún lado... mamá las había regalado para los inundados. Creo que ellos llevaron a la práctica algo que más tarde escuché decir a la Madre Teresa: "dar hasta que duela" y pienso cuanto deben doler las torturas.

Tanto Marcelo como yo, adoptamos este modelo cada uno a su manera. Él asumiendo con tanta fuerza su militancia, y yo abrazando la carrera de Trabajo Social, que me ha dado muchas gratificaciones, ninguna de ellas económicas.

Afortunadamente Marcelo y yo tuvimos un buen pasar en la infancia y en la adolescencia. De hecho él se recibió en el año 1967 en el Colegio Ward, del que salió con muchas ganas de cambiar el mundo. Justamente empezaban a soplar vientos de cambio para Argentina y para América Latina en general. Para esa época él ingresó en la carrera de Sociología sólo cursó el primer año-, y luego se metió en Derecho, carrera de la cual se alejó

Marcelo Castello

raudamente para ingresar como guardahilos en ENTEL. Esta fue una decisión que a mí me costó mucho entender, y que a veces aún hoy me cuesta. Supongo que tal vez podría haber sido un buen abogado defendiendo sus ideales. Pero creo que lo hizo porque sintió que desde adentro del movimiento obrero podría aportar más a la causa de la liberación, que ya era su meta en ese entonces.

Marcelo hizo el servicio militar en el año 70 en el cuartel de La Tablada, y lo que más rescato yo de esa época para él, es que aprendió a comer variado porque era un asqueroso y un mimado total para las comidas, y demás.

Quiero destacar que la misma pasión que él sentía por el fútbol la sentía por el tango, su ídolo era Piazzola, cuya defensa le costó grandes peleas con familiares y amigos. Pero él era muy batallador y firme para imponer sus ideas, así que casi siempre salía airoso de las discusiones.

Él, que era un muchacho muy inteligente, trataba de transmitirme muchas de sus ideas. Era por ejemplo un gran lector y compartía conmigo muchos de sus libros, que para mis quince años resultaban a veces incomprensibles, pero él era muy exigente y hasta me tomaba lección y todo. Se ve, sin embargo, que algo de toda esa etapa aprendí, ya que mi hijo Juan José se llama así por el recuerdo que me quedó de un personaje de esos textos, y mi hija Mercedes lleva su nombre, en parte, en homenaje a "La Negra", de la que Marcelo era también cultor en lo musical.

Volviendo a la vida de Marcelo, luego del servicio militar conoció a Delia, su compañera, y luego su esposa, con quien tienen un hijo Felipe, y una hija que no llegó a conocer, pero a quien ya había decidido llamarla María Eva. Ella nació un mes y medio después de su desaparición con una grave enfermedad, microcefalia, a la que sobrevivió diez años. De alguna manera todo este dolor nos unió más como familia.

Alrededor de esa época apareció Víctor en mi vida, compañero de ruta de muchos años y padre de mis tres hijos. Gran sostenedor de mi dolor, luchador también él por los derechos humanos y sociales de nuestro país, y no puedo dejar de mencionarlo en estos momentos de inevitable balance.

Yo creo que mi hermano vivió toda su vida con un gran sentimiento de pasión que se expresaba en sus amistades, sus vínculos familiares y también en la militancia. Tal es así que a mí me cuesta imaginarlo en estas épocas en donde todo es tan "light", en las que creo no encajaría. Él se jugó con todo en su actividad política y lo que más me tranquiliza a mí es que nunca fue un "perejil", era muy conciente de lo que hacía, tuvo oportunidad de irse y eligió quedarse.

Tras la desaparición de Marcelo, el 4 de febrero de 1977 -no sabemos exactamente de dónde se lo llevaron, aparentemente de un bar del centro- a nivel familiar se dio esto tan especial en nuestro país, que las mujeres salieron a la lucha, empezando a concentrarse en Plaza de Mayo a donde iban a pedir por sus hijos, y como no las dejaban quedarse quietas en un mismo lugar les ordenaban que "circularan", naciendo así la famosa ronda alrededor de la pirámide, de la que mi vieja participó desde la primera hora. En cambio mi viejo no pudo transformar ese dolor en lucha, enfermándose a los años. De alguna forma yo traté de aliviar ese dolor, como ya he mencionado, trayendo tres hijos al mundo. Mi hija mayor, Laura, nació dos días antes de las primeras elecciones después del golpe, y esto fue muy significativo para nosotros.

Sobre mi vieja, recuerdo también una anécdota que escuché recientemente de otra Madre de Plaza de Mayo, en la que en una oportunidad en que se encontraban precisamente en la Plaza, se acercó una mujer y las increpó "por algo se habrán llevado a sus hijos". A lo que ella le contestó: "¿sabés por qué no se llevaron al tuyo?, porque estaría escondido debajo de la mesa tomando Coca Cola y leyendo Selecciones".

Hace poco, en septiembre de este año, cumpliendo el deseo suyo de arrojar sus cenizas junto al Monumento por la Memoria de las Víctimas del Terrorismo de Estado, recibí importantes muestras de afecto de familiares y amigos que la recordaron con esa alegría que ella siempre infundó, y que hoy nos ayuda a mitigar el dolor por su pérdida.

Por momentos me ha quedado la culpa de ser la única hermana que quedó, esto en ciertas ocasiones me ha limitado de disfrutar de algunas cosas. Hoy por hoy creo que eso se ha resignificado porque comprendo la lucha de mi hermano inserta en un proceso colectivo de liberación, cuyos ideales yo también comparto.

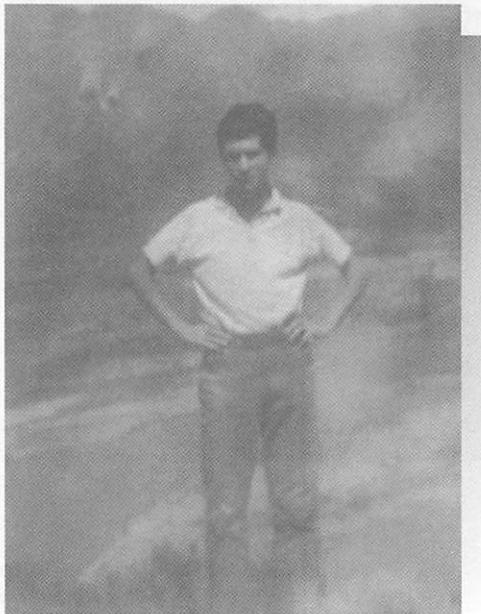
Este relato que pretende ser una apretada síntesis de lo que fue la vida de Marcelo, que queda abierto para que se enriquezca y se reciban otros aportes de gente amiga y de familiares, intenta ser una contribución al esclarecimiento y a la memoria de esta generación tan idealista y combativa. De alguna forma ellos dieron el puntapié inicial de algo que para mí todavía tiene un final abierto, que descuento promisorio.

Finalmente viene a mi memoria una frase póstuma de Julius Fusik, y que quiero que se la asocie al

recuerdo de mi hermano: "por la alegría he vivido, por la alegría he ido al combate, por la alegría muero, que mi nombre no esté ligado nunca a la tristeza".

Marcelo Castello

Rosalía Castello
su hermana
2003



Carlos Crespo

Nació en Capital Federal un 6 de enero de 1949, hijo de padres inmigrantes españoles. Los primeros años de su vida vivió en Ciudadela junto a sus padres y su hermana, bajo el amor y el cuidado de su viejos que le enseñaron el amor por su tierra, el ser una buena persona y que el amor empieza por casa y luego hacia los demás. Que lo más importante era estudiar y saber, ser buen amigo, compañero y vecino, honrado y trabajador.

Concurrió a la primaria de la Escuela N° 5 de Ciudadela y luego fue al Colegio Parroquial Elizalde, habiendo salido abanderado casi todos los años no sólo aprendió conocimientos sino también a tomar conciencia de la injusticia social, la desigualdad de las personas y los privilegios de unos pocos. Hizo el servicio militar en la Escuela Superior de Guerra, al mismo tiempo que hacía el ingreso a la Facultad de Ingeniería donde cursó hasta segundo año. Luego cambió de carrera a Ciencias Exactas (Físicomatemática) y a su vez trabajaba en el Banco Galicia. Al poco tiempo se casó con Liliana después de haber noviado desde tercer año de la secundaria, fueron dos años de convivencia con sus dificultades y también de mucha felicidad. Hasta que una noche cenando en la casa de sus padres dio a conocer su decisión de ausentarse por un tiempo. Fue una noche muy larga llena de pensamientos, recuerdos y

presagios que luego se confirmaron. Proviendo de una clase media acomodada Carlos eligió perderlo todo por su pueblo.

Siguiendo con el relato nunca nos olvidaremos de esa madrugada, si hasta me acuerdo de que miré el reloj de la cocina y eran las 4.30, le obsequié un cortaplumas multiusos que a él tanto le gustaba y nos despedimos para siempre.

Pero dejó una gran sorpresa. Al poco tiempo nació una beba preciosa, la más linda del mundo que su madre y sus tíos paseaban orgullosos, como queriendo demostrar que aunque Carlos no estaba presente nos había dejado un pedacito de ternura para perdurar en ella, por eso en su recuerdo su hija lleva el nombre "Carla".

Este es un relato de uno de los 30.000 compañeros detenidos y desaparecidos que ofrendaron su vida por su pueblo.

Sebastián Grillo
su sobrino
2002

Carlos María Denis

Carlos, hermano querido,
que ya transitas el camino de la historia,
que eres el orgullo de mi triste memoria,
que eres el dolor de mi pueblo oprimido,
que eres la esperanza y el futuro de mis hijos,
Que eres la libertad tantas veces soñada,

porque tu cautiverio, amado hermano,
 es lo que me empuja a seguir luchando.
 Porque ¿sabés una cosa? sos mi propio símbolo de lucha
 junto a nuestros treinta mil desaparecidos,
 hombres y mujeres de este suelo argentino,
 que como vos soñaron abrir nuevos caminos,
 ayudar a los pobres para una vida mejor,
 a los campesinos a pensar en sus derechos,
 a que no sufran más los niños de nuestro pueblo,
 por todas estas cosas están en cautiverio.
 Y todavía hay argentinos que se atreven a decir
 "Algo habrán hecho"...
 Sí, yo les contesto, todo esto es lo que hicieron, y mucho más,
 No en vano están presos en la cárcel de los represores,
 asesinos, torturadores, violadores
 de gente indefensa, sacada de su cama a las patadas.
 Por sus ideales, por su sed de justicia,
 por toda su humanidad, por nosotros,
 por nuestros hijos y por todos los que vendrán,
 por eso Carlos, hermano querido, vos sos mi símbolo de lucha,
 y toda mi voluntad, y porque tengo conciencia
 ¡quiero llegar a la verdad!
 Y hoy, como todas las noches, espero verte llegar.
 Con vida te llevaron.
 Con vida exijo volver a verte.



Este poema lo escribí el 18 de junio de 1985.

Liliana Alicia Denis de Castello
su hermana
 2003

Carlos nació 28 de junio de 1945 en el Pasaje El Carpintero en Liniers, y se crió en Floresta. Fue a la escuela de Juan Bautista Alberdi y Homero, allí cursó sus estudios primarios. Luego el secundario en el Colegio Mariano Moreno. La familia se componía por mis padres Carlos y Amanda, la abuela materna María y cuatro hermanos: Rodolfo -discapacitado severo-, Zuchil, Carlos y yo, Liliana. Él era el tercero de los cuatro hermanos.

Mi viejo era un laburante que vivía para su familia. Mamá era ama de casa y en nuestra casa se albergaron muchos tíos. La política y lo social estuvieron siempre presentes en nuestra casa. Así fue como Carlos pasó su infancia muy feliz y fue creciendo en un hogar muy solidario, con padres dispuestos siempre a ayudar a todos los vecinos que lo necesitaran en el barrio. Éramos muy unidos. Los fines de año papá organizaba una gran mesa en la calle de toda la cuadra y todos poníamos nuestra comida compartiendo todo. Después se armaba el gran baile con todos los vecinos y amigos, nos divertíamos mucho.

Sintéticamente, así creció Carlos, en ese ambiente. Después vino la adolescencia en la que murió mi padre a la edad de cuarenta y nueve años. Eso nos marcó mucho a todos. Para ese entonces Carlos ya trabajaba en la Caja Nacional de Ahorro y Seguro, donde comenzó su militancia como delegado de base en Prensa y Difusión. Descubrió su vocación por la fotografía artística y periodística, en la que se destacó ganando varios concursos latinoamericanos y el reconocimiento como artista y periodista fotográfico.

Con respecto a nuestro querido barrio, también estuvo con Carlos Mugica y Héctor Osvaldo Polito alfabetizando y evangelizando en la parroquia San Francisco Solano. Su solidaridad era tan grande que cuando nació mi primera hija Carina y la estaba amamantando, tenía una cantidad de leche que la nena no tomaba, entonces él un día me preguntó qué hacía yo con lo que me sacaba, a lo cual le contesté: "nada, la tiro". Y él me dijo: "a partir de mañana yo voy a traer del Hospital de Niños dos mamaderas con un conservante para que vos las llenes de leche materna y con ese simple hecho cientos de chicos de neonatología salvarán sus vidas, mirá qué importante es que no la tires". Y durante varios meses, día por medio se iba hasta el hospital, recogía esas

mamaderas vacías y se las llevaba las llenas. Esto es una anécdota muy emotiva para mí.

De su militancia conozco poco ya que los chicos en su gran mayoría la ocultaban pensando que de ese modo protegían a sus familias. Carlos y yo éramos los más unidos. Íbamos a bailar juntos y teníamos los mismos amigos. Luego yo me casé con un compañero de él de la Caja de Ahorro y tengo cuatro hijos: Carina, Magali, Juan y Luciano, los que ya me dieron cuatro amados nietos. Carina y Pedro, a Camila y Lucía; Magali y Daniel, a Tomás; y Juan y Marina, a Nahuel.

Cuando secuestraron a Carlos yo ya tenía a mis chicos, pero eso no impidió que comenzara su búsqueda junto a mi madre inmediatamente después de su desaparición el 27 de marzo de 1977. Todos mis hijos me acompañaron, ya que mamá -víctima del dolor- murió en 1981 y yo seguí mi militancia en Madres de Plaza de Mayo. Luego, en 1986 me incorporé a Madres de Plaza de Mayo Línea Fundadora hasta el día de la fecha.

Bueno, esto que escribí como salió de mi mente desordenadamente es la historia de mi querido hermano Carlos, un mártir de nuestra familia junto a los treinta mil. Y si se me permite voy a copiar tal cual lo que escribí, en el libro "Están con nosotros" (editado por la comisión gremial interna de la Caja Nacional de Ahorro y Seguro), su amigo Carlos Veppo -ya fallecido- como para que el que lea esta historia tenga otra visión que no es la familiar, y además, en homenaje a los dos.

Carlos me duele tanto tu desaparición que me sigue empujando a la lucha, que me da motor para que siga y para que Nunca Más. ¡Treinta mil desaparecidos presentes! ¡Ahora y siempre!

**Liliana Alicia Denis de Castello
junto con Alberto, Carina, Pedro, Magali, Juan,
Marina, Luciano, Camila, Nahuel, Tomás y Lucía.
sus familiares
2003**

Para Carlos:

Pretender intentar fotografiar la personalidad de un amigo es reconocer la parcialidad que anima el espíritu y movilizar los resortes afectivos, mucho más sensibilizados porque de quien se habla aún no sabemos cuál ha sido su destino. Carlos Denis, en su paso por la Caja tan querida por él, tan disfrutada -y digo disfrutada porque como amigo personal que convivió horas y horas a su lado, puedo asegurar que a la rutina administrativa y aún en el compromiso personal, Carlos aportó su simpatía, sus vivencias crecientes cargadas de imaginación, se mostró íntegramente.

Si bien nació como empleado en la división Personal, su trajinar constante, su búsqueda por los caminos estéticos, lo llevó al encuentro con el arte fotográfico donde demostró una fuerte personalidad. Burbujeante en el diálogo, afectivo en el trato, de apariencia física frágil, inquieto, tenía la virtud de saber crear espacios para el diálogo brillante, con la risa perenne alquilada en su rostro. Quien lo conoció descubrió a un compañero con mayúsculas, incondicional, compinche de funciones teatrales y cinematográficas.

Si en su conformación psicológica las formas eran imprescindibles para sus apetitos creativos. En las horas difíciles, nunca soslayó el compromiso social. Fue delegado gremial de base, pero ante sus compañeros la amistad era un imperativo. En momentos límites lo demostró y tal vez haya sido el precio de esta ausencia física de más de nueve años. Creyó en la justicia y el pago fue el silencio.

Carlos Denis, síntesis del compañero singular, como diría el poeta: "portador de un equipaje de gracias transeúntes" tuvo la virtud de dar dándose, algo tan difícil de hallar.

Este breviarío de cosas desordenadas, Carlos, no debería existir; sería absurdo siquiera pensarlo si no fuésemos como somos los argentinos y esta sociedad enferma; con la íntima esperanza de que comience a convalecer de tantas heridas atroces.

Denis, te brindo mi afecto -sin lágrimas, ¿para qué?- esperándote en nuestro bar Kings, para que un día, tal vez, me lo retribuyas.

**Carlos Veppo
Del libro
"Están con nosotros Trabajadores de la Caja por un futuro con memoria"
Comisión Gremial Interna de la Caja Nacional
De Ahorro y Seguro Asociación Bancaria
Seccional Buenos Aires.**

Cristina Fontanellas y Carlos Fessia



Carlos Alberto Fessia, el "Manuel", quien fue secretario general de la organización Poder Obrero, fue el menor de los cinco hijos de Federico Francisco Fessia y Yolanda Soldano. Carlos nació en Matorrales el 16 de diciembre de 1947. Se crió en el campo hasta que en el secundario lo mandaron de pupilo a las escuelas Pías en Córdoba, y pasó su adolescencia en la pensión que comparte con sus dos hermanos varones. Luego entró a la universidad, en la Escuela de Historia de la Universidad de Córdoba. Junto con Jorge *Chacho* Camilión, Juan Iturburu, Dardo Castro y Rodolfo Espeche constituyeron en 1969 el grupo político denominado El Obrero, por

la publicación del mismo nombre, que más tarde y a partir de la confluencia de numerosos grupos de la llamada izquierda revolucionaria socialista formaron Poder Obrero.

Nidia Cristina Fontanellas, la "Analía", es la hija mayor del matrimonio de Jaime Fontanellas y Delia Pabla Lepre. Ella nació el 15 de julio de 1945 en Berrotarán, un pueblo del interior del sur cordobés. Sin embargo pasó casi toda su infancia y adolescencia en Río Tercero, entre la escuela pública, el barrio y los vapores de la tintorería de mis abuelos. La tintorería se llamaba "La Cristina" en homenaje al nacimiento de ella y un tiempo después de su asesinato, mis abuelos la cerraron.

Mi vieja, cuando terminó el secundario, con muchísimo sacrificio se fue a estudiar Psicología a Córdoba. Con mucho esfuerzo porque la condición de laburantes los obligó a ella y a su hermano (mi tío por sangre y mi viejo por crianza) a laburar para poder bancarse los estudios. Pero para ella fue más puro porque por su condición de mujer tuvo que luchar contra los estereotipos femeninos que había en un pueblo: no se esperaba que una mujer sea independiente y que decidiera por sí misma qué quería hacer de su vida. Cuando cayó estaba a cargo de la prensa de Poder Obrero.

Carlos y Cristina se cruzaron y conocieron y amaron militando. Se casaron el 6 de enero de 1972. Tuvieron una hija, Natalia, en 1974, que murió a los cinco meses de nacida en un momento muy doloroso ya que Cristina había viajado a Córdoba a recibir el título de psicóloga por el que tanto trabajó y luchó.

Emiliano Fessia Fontanellas
su hijo
2003

Carlos Fessia

Carlitos nació en Matorrales, provincia de Córdoba. Su padre y su tío eran caudillos radicales de la zona que se jactaban de no haber perdido nunca una elección. Y ambos se reportaban como coroneles de la línea Córdoba del radicalismo, que reverenciaban con devoción de sacristanes a Don Arturo Humberto Illia. La de los Fessia era una familia piemontesa en la que la rusticidad formaba un entramado que escondía tesoros infinitos de sensibilidad y ternura. En Carlitos la ternura estaba ahí, en su rostro sereno, la sonrisa rápida y el comentario ligero que reflejaba en forma sencilla el descubrimiento del otro en sus virtudes y debilidades. La inteligencia ligada a la sensibilidad lo dotaba de una madurez que contrastaba con su juventud. Era tenaz y perseverante, y podía volver mil veces sobre un mismo tema cuando no estaba convencido. Por momentos, esa obstinación resultaba insoportable.

Recuerdo nuestros primeros pasos en la izquierda cuando, a principios de los sesenta, nos acercamos al Malena (Movimiento de Liberación Nacional). Habíamos formado un círculo de estudio y discusión política, cuyo responsable era el Chacho Camilión. Carlitos, que por entonces tenía dieciocho años, se arribaba a las reuniones

como quien no quiere la cosa, se quedaba parado en la puerta meta fumar, hasta encontrar el hueco para meter el eje que en ese momento formaba parte de sus desvelos: "Revolución en la revolución" de Regis Debray. El Malena no comulgaba con el foquismo y tenía muy elaborada una posición crítica que el Chacho se encargaba de desgranar mientras armaba con tabaco suelto interminables cigarrillos. Carlitos, cuando veía que su insistencia entraba a caer molesta, se replegaba al silencio, siempre en el mismo lugar de la puerta, para volver a la semana siguiente con el mismo tema y la misma metodología.

Más tarde, cuando formábamos los núcleos originales del grupo El Obrero -agrupación vertebral de lo que luego sería OCPO- con el mismo rigor y perseverancia entró a elaborar el pensamiento de León Trotsky. Leyó y releó "La Revolución Permanente", pues él la asimilaba a la revolución ininterrumpida de Lenin. Trabajó tenazmente el programa de transición y tenía la convicción de que Trotsky tenía un concepto estratégico más elaborado que Lenin. Nunca supe de dónde sacó el libro "Tres que hicieron una Revolución", y si mal no recuerdo, Carlitos decía que lo había escrito un tipo de la CIA filtrado en el proceso revolucionario ruso. Esa lectura le había dado una visión muy fresca de Trotsky, Stalin y Lenin, lo que le permitía matizar con anécdotas de esos personajes en momentos sabrosos de la polémica política.

La minuciosidad en el trabajo militante lo llevó a conocer en detalle cada tarea y su valor técnico en la Dirección Provincial de Vialidad de Córdoba, un saber que, como delegado gremial, volcaba en las luchas salariales y por condiciones de trabajo. El conocimiento minucioso de todos los temas reivindicativos hacía que cada compañero se sintiera representado y expresado en cuerpo y temperamento. De ahí el cariño entrañable que le profesaban. Tengo grabado el momento en que reuní a toda su sección para comunicarles que tenía que dejar la tarea gremial porque iba a asumir responsabilidades distintas, ya que pasaba a integrar la dirección nacional de lo que luego sería el OCPO y tenía que radicarse en Buenos Aires. La mayoría de los trabajadores de esa sección eran de la categoría Ordenanzas, es decir el nivel más bajo del escalafón. Rápidamente sus compañeros hicieron como pudieron una vaquita y le regalaron una medalla con cadenita de oro y la grabación "Siempre serás el mejor compañero".

Bostero incorregible el Fessia. Una tarde jugaban Boca y River, la reunión política había comenzado a la mañana y se había extendido pasado el medio día. De los que estábamos, a los únicos que les gustaba el fútbol éramos él y yo. Cuando se acercaba la hora del partido entramos a mirarnos sintonizando la idea de que el compromiso revolucionario no podía llegar al extremo de no escuchar el partido. No bien se fue el último compañero nos acomodamos en el patio de su casa paterna para saborear el partido. En ese entonces Renato Cesarini inventaba a Lallana como número nueve, postergando a Daniel Onega porque el otro era buen cabeceador. En efecto, Lallana conectó un centro del Nene Zarnari y River que se puso uno a cero. Yo entré a saltar y a gritar como loco mientras Carlitos me miraba impasible y prendía un nuevo cigarrillo. La alegría no me duró mucho porque Rojas puso el uno a uno. Pero el hijo de puta, para sorprenderme y humillarme mejor, se hizo el sota con el empate... para estallar en gritos ensordecedores con el dos a uno que vino después.

Esa picardía para sorprender la volcaba con imaginativa mordacidad cuando la polémica se ponía picante. "No estamos de acuerdo con la política en cuenta gotas que nos proponen los teóricos", señalaba en una asamblea cuando procesábamos como organización la autocrítica por la posición política frente al Camporazo. Como militante Carlitos tenía indudablemente un valor fuertemente estratégico más que táctico. No era un arrojado en posiciones tácticas, en propuestas de acción, pero era una verdadera esponja que retenía y valoraba cada propuesta que estaba en juego, por descabellada que pareciera a primera vista. En un conflicto muy fuerte y prologando que tuvimos en el Sindicato de Empleados Públicos de Córdoba, cuyo secretario general era el histórico Gordo Ferreira, nosotros, los clasistas, habíamos empujado la asamblea a nuestro favor. Ferreira -que para nosotros representaba la burocracia sindical- constataba la fuerza de nuestra posición y el temperamento de la asamblea, y tomaba nuestras reivindicaciones pero le agregaba como encabezamiento "que el Gobierno declare la conciliación obligatoria y retrotraiga el conflicto a fojas cero abriendo una mesa de debate de los puntos en conflicto". En la euforia no reparamos demasiado en ese párrafo y la moción salió por unanimidad. Al día siguiente, el Gobierno aceptó rápidamente la propuesta sindical y declaró la conciliación obligatoria. Cuando nos enteramos, nos rechiflamos y llamamos rápidamente a una asamblea de repartición. Yo pronuncié encendidos discursos contra la burocracia, con el acompañamiento eufórico de los compañeros más activos. Mientras veía que Carlitos permanecía impasible presidiendo la asamblea, nada enojado, proponiendo analizar con serenidad la situación. Yo lo miraba y no entendía su conducta... La asamblea nos dio mandato para analizar el curso del conflicto en el sindicato y luego decidir en una asamblea general del gremio. En el camino me le acerqué y le pregunté qué carajos estaba pensando. Su respuesta me sorprendió: "¿sabés qué pasa? la burocracia, desde el oportunismo, le está

Cristina Fontanellas y Carlos Fessia

dando una salida al conflicto. Si no, ¿a dónde llegamos? Hay que abrir una instancia de negociación y la propuesta del Gordo lo está logrando". Dicho y hecho, se abrió una suerte de paritaria y por seis meses nos aburríamos de meter plata en el bolsillo.

De esa experiencia en Empleados Públicos de Córdoba hay recuerdos para muchos libros, en el triunfo y en la derrota. En octubre de 1971 vino el llamado "Cordobazo de la burguesía": los trabajadores municipales habían abierto un nuevo curso de conflicto, nos agregamos los empleados públicos y el gremio del calzado, apoyados todos por los sindicatos clasistas SITRAC y SITRAM. La huelga se extendía y en un momento apuntó a quebrar la tensión en nuestro favor, pero el general Alcides López Aufranc, comandante del tercer Cuerpo de Córdoba y un cuadro estratégico de la represión, sorpresivamente avanzó por donde tenía que avanzar: Rodeó el complejo industrial de la FIAT, en el barrio Ferreira, y entró con los tanques a la fábrica. Los activistas y dirigentes sindicales que detenían iban a parar directamente a la cárcel de Villa Devoto, en Buenos Aires. Libraron setecientos órdenes de captura para todo el activismo de Córdoba, incluidas la de Carlitos y la mía. Fueron intervenidos los gremios de Luz y Fuerza, SITRAC, SITRAM, Empleados Públicos (SEP) y Municipales. Tiempo atrás, Agustín Tosco había caído preso por segunda vez.

Drásticamente la situación se nos dio vuelta y puso al movimiento cordobés a la defensiva. El Plenario de Secretarios Generales de la CGT de Córdoba -presidido por Atilio López- fue convocado para decidir si llamaba o no a un paro general en solidaridad con los gremios intervenidos. La cúpula de la CGT tenía sobradas dudas para convocar al paro, pues la situación era muy adversa y en los corrillos caminaba la certeza de que la embestida de López Aufranc contaba con la venia de Ignacio Rucci, secretario general de la CGT Nacional. La historia confirmaría luego la complicidad de Rucci. Pero Atilio López, para no quedar pegado en esa maniobra, necesitaba que Empleados Públicos levante la huelga como pretexto para no convocar al paro general.

Entretanto, los radicales de nuestro gremio habían sido tocados por Angeloz para que aflojaran la cuerda, así que el plenario de delegados comenzó a la tardecita en un clima por demás denso. Los radicales habían llevado un par de matones armados para meter presión en las decisiones. Las posiciones iban y venían pero nadie se animaba a mocionar el levantamiento del paro, hasta que uno de los delegados radicales se jugó y empezó a decir que había que salvar a los compañeros que todavía no habían sido despedidos, que había que evitar que los salarios de los compañeros fueran deteriorados por nuevos descuentos. Cuando terminó se hizo un silencio y desde el fondo hubo alguien que lo quebró con palabras fuertes: "¡Hasta cuándo vamos a seguir jodiendo con la huelga! ¡votemos y se acabó!". Si algo faltaba para que la atmósfera fuera irrespirable era este suceso. Entonces Carlitos, que estaba sentado en la primera fila y que hasta ese momento había permanecido como enroscado meta fumar y fumar, se irguió cuan alto era, ora mirando a Ferreira que presidía la reunión, ora dándose vuelta para mirar a los delegados, y arrancó: "Nosotros no somos loquitos, hemos planteado la lucha porque es el único resguardo para defender nuestro salario, es la única vía para que la dictadura reincorpore a los compañeros despedidos. Esta huelga fue declarada por una asamblea general y únicamente la puede levantar otra asamblea general. Mientras exista una posibilidad de lucha voy a seguir apoyando la huelga; esta noche se hace el plenario de la CGT, la posición del gremio debe ser que se declare el paro general, mientras no se agote esa posibilidad de lucha yo no levanto la huelga, y si este plenario de delegados lo hace, yo no lo acato y voy mañana a cada oficina, a cada repartición, denunciando la traición a la huelga".

A esa altura el compañero Carlitos era un gigante temerario y valiente, sus espaldas llenaban todo el escenario y lentamente se fue replegando hacia su silla. Hubo un silencio distinto, lo de Carlitos había impactado en el plenario. Entonces se paró otro compañero, un referente del sector radical, y empezó a hablar: "Compañero Ferreira, qué estamos discutiendo, qué estamos dudando, nuestro sindicato no puede tener otra decisión que no sea la lucha, la posición que sostiene Fessia es la única decisión que tenemos que asumir, no nos pueden doblegar y si nos llevan presos que nos lleven, caigamos de pie, sin arrodillarnos frente a estos milicos hijos de puta". Ferreira, después de estas palabras, solamente dijo: "La huelga sigue y se levanta el plenario". Luego salimos con Carlitos hacia la noche de llovizna y frío. El plenario de la CGT no se pudo reunir y el conflicto se cerró en derrota.

Llegamos del recreo, era una mañana de sol y no hacía ni frío ni calor en la cárcel de Sierra Chica. El Gringo Beacon, mi compañero de celda, estaba contento pues los diarios llegaron temprano esa mañana, y mientras yo preparaba el mate él se sentó con el diario La Nación haciéndome no recuerdo qué bromas. De pronto se paró sobresaltado y me preguntó: "¡Juan! Manuel, el compañero de ustedes... ¿cómo se llamaba? ¿no era Fessia?". Presagiando lo peor, le saqué el diario de las manos y temblando le pedí que me indicara el lugar de la noticia. Ahí estaban los tres: Carlitos, Cristina y Estela. No podía imaginarme el mundo sin ellos, los tres seres queridos entre los escombros, protagonistas de la crónica del diario de los Mitre. Los lloré y los sigo llorando. Puedo

Cristina Fontanellas y Carlos Fessia
recorrer cada segundo de sus últimos momentos pues los amé infinitamente. La decisión de los tres frente al final inexorable. La decisión de los tres de salvar la vida de sus hijos, Martín y Emiliano. Puedo recorrer cada paso de la secuencia, quién y como acomodó la cunita de Emiliano, y cómo Estela indicó a Martín lo que tenía que hacer. Carlitos preparándose para responder al fuego enemigo, madres y padre levantando la bandera blanca y viendo a sus hijos cruzar la calle en la despedida definitiva.

El capitalismo global redefine al capitalismo en una fase distinta. De esa forma también obliga a la militancia popular a redefinir principios de construcción revolucionaria que en su momento imaginábamos inamovibles. Quienes conocimos a Carlitos, Cristina y Estela no nos resignamos a la nostalgia; por el contrario, abrimos nuestra sensibilidad crítica para encontrar los caminos de la libertad. Esa misma sensibilidad crítica que me enseñó Carlitos en aquella asamblea de Vialidad, cuando percibió que la burocracia, desde su oportunismo, abría una salida al conflicto.

Juan Iturburú
su compañero
2003

Cristina Fontanellas

Psicóloga y militante, Cristina era de Río Tercero. Era una persona muy especial, de una extrema sensibilidad y perseverancia. Cuando cursábamos la carrera teníamos discusiones existenciales acerca de la vida. Ella estaba cerca del Integralismo, pero con muchas dudas. Veíamos el rechazo que despertaban los viejos militantes de la facultad en las aulas y sentíamos que debíamos cambiar eso. Cuando entramos a los Grupos Revolucionarios Socialistas, ella planteaba que debíamos ser los mejores estudiantes y que debíamos ver la Psicología desde otra posición, más comprometida con lo social. Se puso a investigar otras alternativas epistemológicas y todas nos embarcamos con ella en eso. Le apasionaba su carrera.

Lo conoció a Carlos y fue la felicidad completa. Constituyeron una pareja basada en el respeto mutuo, pues Cristina era muy feminista. Eran muy inútiles en las tareas hogareñas, así que ambos tuvieron que aprender juntos. Los dos eran fanáticos del tango, contaban que fueron al entierro de Troilo y que lloraron cantando tangos. Pronto empezó a militar fuerte y creció mucho políticamente.

Recuerdo nuestros viajes a Buenos Aires para participar de las actividades docentes en la CTERA. Ella, quien ya vivía allá, era nuestra guía para no perdernos en la gran ciudad, aunque debo confesar que era muy despistada y nos perdíamos más.... Pero era la mejor asesora en el frente docente.

La última vez que estuve con ella estaba preocupada por las diferencias en el seno de OCPO. "Gorda, más allá de nuestra amistad, tenemos que discutir el militarismo que está hegemonizando la organización". Estaba hermosa con su panza, con ganas de tener pronto a su hijo. Emiliano es el hijo que ellos soñaron y cuando lo abrazo los abrazo a ellos, a los que amaré siempre.

Laura Vilte
su compañera
2003

Carlos Fessia y Cristina Fontanellas

"Y cuando despertó, el dinosaurio todavía estaba allí".

Augusto Monterroso

Entré en la casa rápidamente sin reparar en detalles. Ansioso, no fijé la atención en ninguno de esos datos que luego aparecen en el recuerdo: los aromas, los ruidos, los colores. Buscaba la gente, los dinosaurios.

Casi obsesivamente buscaba sus defectos, hasta la imagen de ella disparándose -para no entregarse, para no caer en el último eslabón de la maquinaria, para no entregarse- aparecía como un acto de dignidad y heroísmo que él nunca podría realizar.

Alrededor de una mesa, donde las empanadas eran el alimento más elaborado que acompañaba a una infinidad de plásticas y vidriosas botellas, estaban ellos. Una mujer -la Gorda Laura según me enteré al instante- se levantó, vino hacia mí y con lágrimas me dijo:

- "Sos igual a tu viejo."

Cristina Fontanellas y Carlos fessia

- "No Gorda, mirá... ¡si es el perfil de la Analía!" dijo el Juancito que cuando llegué había cortado el relato que en esos momentos estaba en el 71, en el *Córdoba Sport*, cuando lo de Piccinini que había venido Villa Constitución y un negrazo de la tribuna le gritó: "Pero arrancá de una vez".

- "Tiene de los dos"- dijo secamente el Negro Dardo.

Ya no sabía cuál de sus movimientos era suyo: la sonrisa de su padre, las manos de su madre, y hasta esa insaciable y desahogada manera de comer, que creía era un defecto único (lo cual lo llenaba de placer), ya no le pertenecían. Nunca podría hacer algo propio, ya todo lo bueno estaba hecho por ellos. Y por eso habían muerto.

La charla se puso más intensa, más vinos y cervezas, y comenzaron las confesiones:

- "Yo no debería estar acá, tus viejos deberían ser los que estén, ellos eran los mejores, eran los mejores". En ese instante sentí que ese rostro endurecido y dolorido que me miraba buscando llenar con ojos, piel, huesos los recuerdos del Manuel y la Analía, ese rostro me pedía como una disculpa por seguir vivo, por estar allí abrazándonos sin ellos.

- "No es así -fue lo único que pude decir- seguir vivos no es ninguna cobardía, vivir no es ninguna cobardía".

Los amaba, los quería conocer, los extrañaba. Cómo volver a ese instante y avisarles que venía la patata, que corrieran... Eso era, cobarde. Él sería incapaz de dar su vida por lo que pensaba y quería de este mundo. Él no podía ser héroe, no quería. Por eso seguía y seguía buscando aquellos humanos defectos que rompieran el mandato. Y el mandato, sus estatuas y sus mártires, eran perfectos.

Después la reunión se fue haciendo larga y pesada: las anécdotas, los datos y los silencios eran un murmullo que entraba a mi cabeza aturdiéndome más y más. De repente, el Dardo, que hasta allí había intervenido sólo lo necesario, me dijo:

- "Mirá pendejo ¿con las minas sos igual de pelotudo que tu viejo? Porque al Carlitos, tu vieja le puso un apuradón que si no lo hace vos no estás escuchando el cuento".

- "Sí, ella, porque tu vieja era una linda mina, pero no se quería arreglar casi nunca: ¡porque era de pequeño-burguesa! ¡cómo sufría delante del espejo!..."

- "Pero esa es una historia simple"- interrumpieron todos, como si lo que Juan estaba contando ahora no tuviese importancia.

Pero yo me empecé a reír.

Ya no quería seguir el mandato, quería desobedecer, hacer un parricidio. Violentamente, buscó las fotos del casamiento, esa imagen, casi la única en que están los dos juntos, la que siempre oponía a la pesadilla de cómo había sido el final: en ella aparecían con una sencillez y una solemnidad tan ridículamente seria como cualquier casamiento peque-bu.

Esa foto lo terminó de convencer a ir a una reunión donde le dijeron que había viejos militantes que conocían a sus viejos y que querían verlo. "Bueno- pensó- vamos a conocer a los dinosaurios en vida."

La frase sonó absurda y empezó a sonreír, los dinosaurios ya se extinguieron.

A este relato lo hice en un taller literario coordinado por Eric Häckl, en donde teníamos que poner: "Pero ésa es una historia simple", dijeron todos. Bueno, simplemente salió esta historia. Por supuesto que es una ficción, porque si bien la reunión existió, los diálogos son un reunte de charlas que he tenido con muchos compas de mis viejos. Me parece que es un relato duro y parcial porque expresa sólo los momentos en que el pasado se vuelve una carga muy pesada de llevar y no transmite el orgullo que siento de ser hijo de hombres y mujeres que dieron lo mejor de sí para hacer de este mundo un lugar más bello y justo. Empero es lo que salió, y así se los hago llegar. Lo que sigue es un poema, que me salió de pura necesidad catártica.

Buscaban la paz

Una vez que, lúcidamente,
abrieron sus vidas al mundo
de hambre y frío y letanías
ya no pudieron

dormir tranquilos -en sus cálidas camas
comer satisfechos -en sus contenidas mesas.

Los ojos de un niño
agonizando de hambre
se colaban en su proyecto de vida
y no les permitía
descansar.

Buscaban la paz
y decidieron enfrentar
al poder
con sus mismas armas:
A la violencia
que impone muerte
le opusieron violencia
que crea vida.

Porque a la hora de
comer, dormir, amar,
ellos querían encontrar
la paz
de saberse luchadores
por una felicidad que no pretendían
sea eterna,
sino simplemente
compartida.

Emiliano Fessia Fontanellas
su hijo
2003

Ana María Gago

1956, Argentina bajo el dominio de la Libertadora. Dos padres de la nueva patria emergían mesiánicamente con sus lustradas y enormes botas para salvarnos de otras enormes y lustradas democráticas botas. Nacían el general Aramburu y el comandante Rojas. Paralelamente en la próspera localidad de Lomas del Millón, en la provincia de Buenos Aires, también nació Ana María. Este hecho no consta en ninguna historia oficial, pero para nosotros fue más real e importante porque es la mejor parte de nuestra historia personal y de conjunto.

Ana les nació a Juan y Libera -como dijo el poeta mercedino, Anselmo- como un poema escrito a dúo en nueve meses. Su paisaje de formación fueron su hogar, su barrio y su escuela. Buen barrio de clase media, tranquilo, personal, donde los vecinos se convertían en comandos paramaternales -como decía Mafalda- cuidando de todos los hijos del entorno. Así se formó, persuadida de que todos, en su conjunto, pertenecían a la misma unidad, el grupo de los sin voz, los que históricamente tragan sin más ante el arrogante capricho del poder mundial. Es decir, el conjunto del pueblo argentino. En las décadas de los sesenta y los setenta las juventudes de todo el mundo dieron



Ana María Gago

contundentes respuestas a los poderes mundiales, fueran de facto o no. Ana, como parte de ese torrente de amor incondicional le gritó al mundo entero que había esperanza, que entre todos, obreros, estudiantes intelectuales, jóvenes, viejos, hombres y mujeres podríamos visualizar un mundo mejor, un mundo posible de solidaridad entre los otros pueblos.

Nos pedía en realidad que sacáramos a bailar a la vida y la apretáramos fuerte, que no hay hambre en el mundo por falta de comida sino por falta de amor. Que el hombre sólo tiene que renunciar a la dominación de otros, que cada uno se haga responsable de su propia vida y la comparta con los demás, que cuando decimos " Padre nuestro que estás en los cielos" estamos reconociendo que somos hermanos y como tales debemos tratarnos.

Parecía fácil, sencillo, creímos por un momento que lo lograríamos... pero ellos reaccionaron, como lo habían hecho antes con los hippies y Vietnam, como habían hecho con los estudiantes franceses... A nosotros nos tocó la peor parte. Con América Latina inauguraron la versión más cruel del odio y la destrucción. Así fue como Ana se convirtió en Tuchi, un soldado de la resistencia, de la esperanza, una persona real y concreta, una militante del amor, un soldado que para sus propios generales y los del enemigo no significó nada. Sólo un número entre treinta mil. Para nosotros los que la amamos antes y ahora, para las personas concretas que la conocieron de ese pueblo barrio al cual ella dedicó su vida, sigue siendo un ejemplo de amor y valentía, una ayuda memoria para no olvidar aunque perdonemos.

Desde aquí, a vos, nuestra hija, nuestra hermana, nuestra tía, nuestra Ana Tuchi, te declaramos, como dice el poeta Peteco "EMBAJADORA DE LA TIERRA POR TODOS LOS UNIVERSOS ". Tu recuerdo multiplicado por treinta mil nos mantiene vivos y con esperanza.

**Libera y Juan Gago Eduardo, Mirta y Silvina Gago
Freddie López Facundo y Florencia López Gago
sus familiares
2003**



Pablo Gazzarri

Pablo nació el 19 de septiembre de 1944 en Capital Federal. Era el segundo de cuatro hermanos (Luis, Juan y María del Carmen). Su madre, María Zulema Truffa, descendía de una familia italiana igual que su padre, Silvio Mario Enrique Gazzarri. Vivían en el barrio de Caballito y tanto Pablo como sus hermanos hicieron sus estudios en el Colegio Calasanz. Sus padres eran católicos practicantes, así que -influido por el espíritu hogareño- Pablo ingresó muy joven, con apenas doce años, al Seminario Menor.

En el seminario de Villa Devoto se destacó tanto por su aplicación al estudio e inteligencia como por el ingenio y la practicidad para resolver problemas cotidianos. Pablo se ordenó como sacerdote el 27 de noviembre de 1971 e inició su labor en la basílica Santa Rosa de Lima en el barrio de Once, en la esquina de Belgrano y Pasco. Entre fines del 71 y parte del 72 estuvo en la parroquia Nuestra Señora de la Misericordia, en Mataderos, trabajando con grupos juveniles, con quienes iba a la Villa Oculta para asistir a algunas familias, allí daban catecismo, ayuda escolar y recreación. En el año 1974 Pablo inició su acción pastoral en la parroquia Nuestra Señora del Carmen. En 1975, crecientemente comprometido con la realidad política y social, comenzó a trabajar en la organización

Cristianos Por la Liberación (C.P.L.), agrupación de cristianos comprometidos identificados con el proyecto político de la izquierda peronista. Desde el asesinato del padre Carlos Mugica, en 1974 por la organización parapolicial de derecha AAA (Alianza Anticomunista Argentina), muchos laicos, monjas, sacerdotes y obispos comenzaron a ser amenazados y perseguidos por su compromiso con los pobres. Las intimidaciones crecieron en cantidad e

intensidad hacia el año 1975. La violencia guerrillera y la represión estatal y paraestatal fueron dejando cada vez menos posibilidades a la acción política o social descubierta. Reunirse a discutir la realidad nacional era cada vez más peligroso, sin embargo Pablo continuó con sus reuniones en la parroquia Nuestra Señora del Carmen, en donde proyectaban películas documentales. A las proyecciones les sucedían encendidos debates.

Con el golpe militar de marzo de 1976 ya la persecución sobre la iglesia más comprometida fue abierta. Cientos de laicos fueron encarcelados, detenidos, desaparecidos u obligados a exiliarse. Decenas de sacerdotes fueron detenidos y muchos fueron secuestrados por las Fuerzas Armadas, como Pablo, o directamente asesinados, como los Padres Palotinos en la parroquia San Patricio.

Meses antes de ser secuestrado Pablo había resuelto incorporarse a la fraternidad de los Hermanos del Evangelio. Con alguno de sus "hermanitos", Carlos Bustos, compartía la idea de un cristianismo radicalmente comprometido, y con ellos pasó las últimas horas de libertad. El día 27 de noviembre de 1976 (quinto aniversario de su ordenación) Pablo estacionó el Falcon de su padre frente al domicilio de su familia en la calle Cachimayo 293, esquina Hualfin. Un grupo de hombres se lanzó sobre él, lo redujo e introdujo nuevamente en el auto; partieron con Pablo secuestrado en el asiento trasero.

Fue visto por última vez en la ESMA y según el testimonio de sobrevivientes habría sido arrojado desde un avión en uno de los "vuelos de la muerte", en enero de 1977.

**Fuente "Víctimas y Mártires" de la década del '70
Pedro Siuak
Editorial Guadalupe
2002**

Ricardo Gómez

Mi hijo nació el 3 de marzo de 1942 en la calle Ventura Bosh al 600, en el barrio de Liniers. Su padre era obrero ferroviario del Sarmiento.

De pequeño fue a la escuela que está sobre Ramón Falcón, la N° 24. Cuando tuvo edad suficiente empezó a trabajar en tareas de la construcción, y también se desempeñaba muy bien como electricista.

Era muy querido, además de por sus familiares, por todo el barrio.

**Carmen de Gómez
su mamá
2002**

Ocurrió en un local del Partido Comunista, en las calles Cosquín y Ventura Bosch. Un lindo domingo con sol, ondas buenas. En ese instante jóvenes y mayores nos pusimos a cantar. Cantábamos letras que articulaban fantasías y deseos sobre lo que todos soñábamos que iba a ser realidad pronto, algún día.

Sin darnos cuenta, entre los que cantábamos se había establecido una competencia: quién sabía más canciones y todas sus letras. Yo, que estaba ahí, era un perdedor seguro, lo cual me permitió seguir participando y disfrutando del momento. Entonces contemplaba con avidez a los que cantaban, quería ver quién se destacaba. Vos, querido Ricardito Gómez, estabas de pie. La mayoría estábamos sentados. Estabas parado ocupando la mitad de la abertura de una puerta. En el instante en que situó este recuerdo, ya muchos de los que cantábamos habíamos dejado la competencia. Ahí apareció esta canción:

"Al llegar a Barcelona lo primero que se ve
¡al llegar a Barcelona lo primero que se ve!
a los perros falangistas sentados en un café.

Con la cabeza de Franco haremos un gran balón
¡con la cabeza de Franco haremos un gran balón!
para que jueguen los niños de Castilla y Aragón"

Y todos los que cantábamos íbamos subiendo el tono, no sólo de la voz sino también de la emoción roja; se transmitía energía de unos a otros, pero siguiendo la canción, esta parecía llegar a su fin y justo ahí... justo ahí

Ricardo Gómez

aparecía alguno que recordaba otra estrofa... y vuelta a cargar voz y emoción roja. Y cuando estaban todos satisfechos, no había más para cantar, ahí había terminado cuando emergió del silencio la voz de Ricardito Gómez que cantó: "...Si me quieres escribir..."

En la perplejidad y el asombro todos hicimos silencio, nos quedaba cantar "...si me quieres escribir...". Así cerró Ricardito Gómez nuestro canto.

Nos quedaron preguntas, sabíamos que la canción seguía, se hablaba de la línea de fuego y muchas otras suposiciones, seguía así, seguía así. Pero el corte se produjo.

"...Si me quieres escribir..."

No puedo recordarte sin unir en mi recuerdo la figura de tu padre, dirigente de los obreros ferroviarios y también del Partido Comunista ¡Ricardo Gómez! todo un paradigma. Uno también en mi recuerdo, querido Ricardito, a tu madre Carmen Gómez, valiente, incansable, solidaria, dirigente del Partido Comunista. Y tengo también el recuerdo de tu hermana, una muchacha atractiva, decidida.

"...Si me quieres escribir..."

¿Pero cuál es tu dirección? supongo la calle: Los Desaparecidos. N° 30000. Toda carta que llegue allí le llegará a todos y a cada uno, y por lo tanto a vos. Los desaparecidos como vos, querido Ricardito Gómez, nunca serán desaparecidos totales pues han dejado sus huellas, las cuales nada las borrará. *Huellas* son hijos nacidos en cautiverio, huellas que son la historia única de cada uno, huellas que se hacen más profundas cada vez que ustedes son nombrados, cada vez que buscamos nuevos surcos que nos lleven donde sus cuerpos han sido arrojados por la dictadura.

Vos y yo no pensábamos igual en el último tiempo. Pero descubrí a la par tuya que teníamos una comunión de ideas inseparables. Descubrí que tenía ¡30000 hermanos de sangre y de alma!

Ricardito Gómez... "si me quieres escribir..."

Luis María Terrile
su compañero
2002

Raúl Gorojovsky

Comenzar a contar esta historia es inevitablemente hablar de mí misma y de una adolescencia que, como todas o casi todas, ocupa un lugar dorado del pasado y que visitamos cuando tenemos la más hermosa de las nostalgias. Un viaje en primera de lujo hacia una zona luminosa.

Como toda historia, ésta sucedió en un lugar preciso: las calles y las plazas del barrio de Mataderos. Lo vi por primera vez desde la ventana de mi casa. Una tarde un poco aburrida, miraba a mis vecinos jugar un picadito en la esquina. De pronto el juego se interrumpió a los gritos para dar paso a un chico rubio, que en su bicicleta amarilla cruzaba a toda velocidad, saludando con los brazos en alto. Recuerdo perfectamente el sol relumbrando en su pelo y el pullover azulado que llevaba puesto... nunca he podido encontrar en palabras aquello que me produjo su visión, lo que demuestra a las claras lo difícil que es expresar sensaciones y la increíble habilidad que para eso tienen los grandes escritores. Sólo se me ocurre escribir que esa tarde vi pasar al sol en bicicleta por la puerta de mi casa. Me lo presentó poco tiempo después una amiga en común en la pileta del Club Vélez Sarsfield, teníamos catorce años y era el verano del 69.

Exactamente el mismo verano en que desde unos parlantes inmensos ubicados en el bufet de la pileta, Almendra estrenaba "Muchacha ojos de papel" y todo el grupo formaba un

círculo alrededor para escuchar cantar al flaco Spinetta, inmóviles y en silencio, como quien asiste a un rito iniciático.

Comenzó así un romance adolescente, a escondidas de mis viejos y ayudados por la típica barrita de barrio. Crecimos los dos al compás de un tiempo riquísimo y que no daba respiro al afluente de la imaginación. Los valores de la amistad y la solidaridad eran la moneda corriente y la posibilidad de cambiar la sociedad era sólo cuestión de decisión y voluntad.

Raúl transitó, como muchos otros chicos que luego fueron militantes populares, las aulas del Nacional 13 de Liniers, pero ya no recuerdo por qué causa o revuelta, terminó la secundaria en el mítico Urquiza de Flores, del que solía llevarse a su casa a comer a más de un compañero que no tenía plata para el almuerzo, antes de ir a la clase de gimnasia.

La Masacre de Trelew lo llenó de bronca, recibimos aquella noticia terrible de manos de la hermana de un amigo, ella estudiaba Arquitectura y por medio de un comunicado mimeografiado se empezaban a conocer los hechos tal cual habían sucedido. Creo que ese fue su punto de inflexión, ese momento en que se pierde la inocencia y una realidad hasta entonces desconocida irrumpe en nuestras vidas. Al calor de los acontecimientos se desencadenaron las discusiones, los líderes posibles... Evita, Perón o el Che...

El comienzo de la universidad marcó el fin del camino común. Raúl ingresó a la carrera de Derecho en la UBA y comenzó a militar intensamente en la Agrupación Martins-Delleroni, si mal no recuerdo. A partir de entonces las noticias llegaban esporádicas; supe que tenía una compañera y que pronto nacería un hijo. Quien efectivamente nació y se llama Diego.

Me enteré de su secuestro tres meses después del hecho, una vecina me avisó cuando fui a visitar a mis padres. Tampoco para el recuerdo de aquella noticia puedo elegir palabras adecuadas, me veo a mí misma mirando hacia afuera, hacia la calle, hacia la esquina vacía de Leguizamón y Zequeira, con un ardor insoportable en el pecho que se convierte en llanto y en un dolor tan profundo y oscuro que me acompañó durante muchos años...

Luego vino el contacto con su familia, la militancia de su madre, mi deseo de contenerla y de saber que ya nada alcanzaba. Coca estuvo presente en toda actividad que se iba construyendo, conoció la persecución, la cárcel y la enfermedad. Murió a finales de la dictadura y en mi última visita supe de su certeza, de que ya no volverían nunca. Nunca, creo yo, es una de las palabras más contundentes del diccionario, nunca es "sin retorno". Retorno imposible desde lo físico y tangible. Pero posibilidad que se vuelve cierta desde la evocación, el recuerdo o la denuncia. Para convertir la angustia en esperanza, debemos producir una alquimia muy sutil, donde no deberán faltar los ideales de aquellos años, su escenario propicio, las certezas elegidas y la evaluación inteligente sobre este presente que expresa sin medias tintas lo correcto de aquellos diagnósticos, y seguramente la equivocación de muchas decisiones tomadas. Pero por sobre los análisis y los porqués se levantan las claras miradas de nuestros compañeros, sus intensas y efímeras vidas, atravesadas todas ellas por la decisión sagrada de luchar por un mundo para todos.

Desde que supe de su secuestro, también supe que su silencio salvó mi vida, dejándome así un regalo que llega hasta hoy. Aún después de tantos años puedo acordarme del aroma de su piel, del color de sus ojos, del timbre de su voz... en cambio ya no quisiera más imaginar sus momentos finales, la oscuridad y su dolor.

El día que junto a su hermano plantamos un árbol en su memoria en la placita de la calle Larrzábal cerré los ojos para evocarlo, y en un banco allí mismo frente a la escuela logré verlo nuevamente, entre risas y besos, una tarde de llovizna de otoño, una tarde de "rateada", prendiendo los primeros cigarrillos de nuestras vidas.

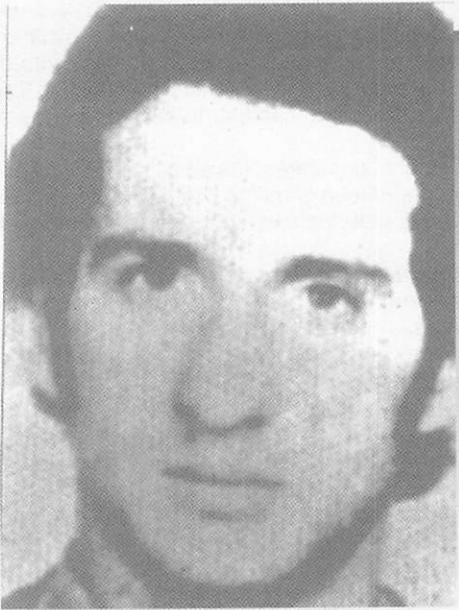
Datos finales:

Raúl nació el 7 de Mayo de 1955. Vivió hasta los veinte años en el primer piso del departamento G de la Avenida Juan B. Alberdi al 6.200, entre el Banco Provincia y la Galería Alberdi.

Fue secuestrado el 19 de Noviembre de 1976, junto a su esposa Alicia, en el barrio de Villa Devoto, en donde vivían con los padres de ella. Vecinos que vieron el operativo contaron que se los llevaron en un camión del ejército y dos autos Ford Falcon. Los sacaron de su casa atados y vendados con los pañales de su hijo, de cinco meses, a quien dejaron dormido en el moisés.

Hasta el momento no se ha tenido ninguna noticia posterior.

Isabel Delia Fernández
su amiga
2003



Jorge Rosario Infantino

Jorge nació en el barrio de Liniers, en una clínica que estaba en Tellier (ahora Lisandro de la Torre) y Patrón, frente a la plaza, en una tarde del 19 de junio de 1956. Segundo de tres hermanos varones.

Vivíamos ahí nomás, en Pilar 1033. Hizo el primario a la vuelta de casa en la escuela Alfonsina Storni (Lisandro de la Torre 1171) y el secundario a unas cuadras, en el Nacional 13. Siempre fue un excelente alumno.

Nuestro hogar era una de esas casas de puertas abiertas y Jorge, poseedor de un carácter sociable, llenaba la casa de chicos que para algunas broncas de su mamá María Rosa, vaciaban metódica e inexorablemente la heladera. Me acuerdo como si fuera hoy, cuando un viernes le compramos un pantalón nuevo, al otro día sábado lo vimos con un pantalón todo roto. Por toda explicación nos dijo que se lo había dado a un chico que lo necesitaba más que él.

Yo a pesar de ser un militante peronista desde el 45, no hablaba en mi casa de política un poco porque a mi esposa no le gustaba y otro poco para no influenciar con mis ideas a mis hijos. Jorge iba formando sus propias ideas, ya en esa temprana edad me criticaba, con razón y justeza, a los dirigentes del partido justicialista.

Lector empedernido se devoró en días cinco o seis tomos que relataban las luchas en nuestro barrio, de los obreros del frigorífico Lisandro de la Torre, libros de su abuelo anarquista al que no conoció y del que heredó esos libros y su segundo nombre. Más tarde, ya trabajando en ENTEL y siendo Delegado en las oficinas de Acoyte, se reencontraría con su abuelo, mi padre, en el relato de sus compañeros más viejos que le contarían anécdotas de vida y de lucha de Rosario Infantino, uno de los siete históricos fundadores del gremio telefónico. Pero fue en el colegio secundario donde Jorge empezó a militar en la U.E.S., portador de un carácter especial, jamás se enojaba en las discusiones ni llevaba los pleitos a un callejón sin salida. Sus compañeros decían de él: "con este jamás te puedes pelear", por esa virtud era el moderador perfecto de largas discusiones políticas que se extendían desde el sábado hasta el domingo en la madrugada matizadas por folclore y tangos, sus dos grandes gustos musicales.

En la noche del 22 de noviembre de 1977 a las cuatro de la mañana rodearon la manzana, irrumpieron en nuestra casa, encerraron a la madre en la cocina, a mí en el baño, a José Luis -su hermano de trece años- le metieron un arma en la boca, y Jorge fue brutalmente golpeado, así se lo llevaron. Nunca más lo vi.

Se lo vio en la Mansión Seré.

Norberto Urso le dedica su libro "Mansión Seré, un vuelo hacia el horror". Los compañeros de F.O.E.T.R.A. lo recuerdan todos los años junto con otros, casi ciento veinte desaparecidos telefónicos. Sus compañeros de la oficina de Acoyte -hoy trasladada al edificio de Telefónica de Ciudadela- le colocaron una placa de homenaje para tenerlo presente en cada jornada de trabajo. Su nombre también está grabado en la placa que se alza en la Plaza Martín de Irigoyen en el barrio donde nació, estudió, vivió, donde sus manos tomaron por primera vez una mano ansiada, y donde sus vecinos, amigos y compañeros lo recuerdan también todos los años. A mí la vida me dio pequeñas revanchas. Como profesor de telefonía del gremio siempre me acerqué a los compañeros más jóvenes para recibir de ellos su alegría y rebeldía, para hablarles de nuestros valores, de nuestra cultura, de la defensa de las empresas nacionales, para darles fe en la unidad y en la lucha, para darles confianza en nuestro pueblo y para hablar con ellos de cosas que hablé con Jorge y de otras que no me dio el tiempo para hablarlas. Hoy, en la comisión de derechos humanos del gremio, peleo todos los días y tengo la certeza de que voy a ver a los que se llevaron a Jorge y a muchos genocidas más pagando con la cárcel sus culpas.

Vicente Infantino
su papá
2003



Abel Mateu

Reconstruir la historia de Bili, mi hermano del alma, no va a ser una tarea fácil, me llevará su tiempo y muchas páginas, ya que fue rica en hechos, actos, anécdotas, y además cada vez que lo intenté, las sensaciones internas me impiden avanzar. Así que en este nuevo intento, veré si voy de a poquito, y no falta su presencia en esta edición, y ya para próximas apariciones la iré ampliando.

Esta historia vamos a empezarla al revés, sino no se justifica. Bili fue secuestrado-desaparecido el 1 de julio de 1978, poco después que terminara el Mundial de Fútbol. Él era Delegado Sindical de una fábrica del gremio textil y militante político desde muy joven, digamos desde los quince años, allá por el 69. Hoy sabemos que estuvo en el Campo de Concentración conocido como El Olimpo, en Olivera y Ramón Falcón... Siento asco y bronca al escribir el nombre de esa calle, que recuerda a un asesino de otro tiempo. Paradojas de la historia. Sabemos que el Campo está a cargo del Capitán Minicucci, y el jefe de torturadores era el Turco Julián, tenemos testigos que en el lugar estuvieron horribles personajes como Colores, y estamos investigando como familia los nombres de otros miembros de los grupos represivos que estuvieron allí, en esos años. Hoy reiniciamos una causa que se había parado con

las Leyes de la Obediencia Debida y El Punto Final, que al derogarse podemos volver a darle curso.

Bili nació el 26 de julio de 1954, en la Ciudad de Buenos Aires, era chiquito de cuerpo, y si tenemos en cuenta que me llevaba sólo once meses de diferencia, yo sin tener un cuerpo muy grande le sacaba una cabeza. Mis padres se trasladaron a vivir a un chalet de Ciudad Evita, un hermoso lugar, donde en aquella época había muchos terrenos baldíos y empezaba el descampado en la esquina de la casa. Me cuesta hablar sólo de él, porque por la poca diferencia de edad andábamos juntos todo el tiempo. Cursó la primaria en la Escuela Nacional N° 230 Alejandro Pepi6n en la misma ciudad. Siempre fue de ir al frente donde sea, pero como era más chico, cuando la cosa se ponía fea, paraba la bola y me llamaba... entonces yo me tenía que pelear por él, con los compañeros de su grado, eso me permitió con el tiempo hacerme amigo de sus compañeros. Lo más importante de su historia infantil era "la canchita y el equipo del fútbol". Frente a la casa de mis viejos había una manzana vacía en donde solíamos jugar a la pelota, manteniendo limpio sólo un sector, pero fue él quien se propuso limpiar todo el terreno, hacer una cancha profesional, para jugar de once contra once. Fuimos a los bosques del lugar, cortamos varios árboles, un vecino los trajo en camión e hicimos los arcos y con travesaño, marcamos las áreas y el medio campo, con sus límites, y rifamos una pelota de cuero para comprar las camisetas. Pero, debo decir, hicimos trampa, y nadie se la sacó, pero nos alcanzó para nueve camisetas: eran celestes con el número blanco. Le pusimos de nombre al equipo "Nacional", pero todo el mundo lo llamaba "el equipo de Bili" o "la cancha de Bili", y venían de otros barrios de la ciudad a hacernos partido o a pedirnos prestada la cancha ¿para ver a quién? a Bili. En esos momentos tenía sólo diez años.

El primer año de la secundaria lo empezó en un colegio técnico en 1968. Aprobó el primer año pero no quiso seguir esa orientación, por eso en 1969 se pasó al bachillerato común, en la nocturna de Ciudad Evita, el nombre era algo de Goubat. Ese año mi hermana mayor iba a cuarto año, Bili estaba en segundo y yo en primero. Así como jugábamos juntos, así empezamos a militar juntos. En los primeros meses de ese año había una agitación del movimiento estudiantil, en abril fueron las movilizaciones de Córdoba, Rosario y Corrientes. Y en la Escuela había unos compañeros de grados superiores que se pusieron a organizar el Cuerpo de Delegados por División, Bili salió delegado de su aula, pero en primer año, y recién empezadas las clases, éramos verdes, así que no teníamos delegados. Estos decidieron hacer un paro en solidaridad con los estudiantes que luchaban, fue para los primeros días de mayo. Llegado el día lo único que no estaba garantizado eran los primeros años, así que Bili me llevó a la puerta de la escuela, para que los juntara y él les hablara de porqué había que adherir al paro. Fue un éxito.

Los que siguieron fueron años de lucha, de sueños y de utopías, de un país distinto, un país donde la clase

Abel Mateu

trabajadora tome el poder y distribuya equitativamente sus riquezas. Peleábamos por el socialismo y por una democracia de clases, primero fue una lucha de vanguardia, luego en los años de plomo, de resistencia, pero siempre, sin pausa. Y a pesar de que en esos años éramos concientes de los que nos podía pasar -ya que lo hablamos en más de una oportunidad- él siguió militando hasta último momento.

Gabriel Mateu
su hermano
2003

Luís Mercadal

Porteño a rajatabla, le gustaba la historia del tango, la calle Corrientes y sus librerías, entre la lectura lo fascinaba Leopoldo Marechal, leyó una y otra vez AdanBuenosAyres y disfrutaba como propias las aventuras en busca de la mujer celeste, que tenía más que ver con el cielo que con la vida terrenal. Lector también del poeta Oliverio Girondo y Alejandro Dolina le gustaba pensar que había bellezas y misterios a la vuelta de cada esquina, siempre listos a ser descubiertos.

Entre la música, uno solo fue quien lo marcó por siempre y fue Don Astor Piazzola, en un Wincofon bien conservado escuchaba y nos hacía escuchar al maestro, por él fuimos muchas veces a ver al músico y disfrutaba viéndonos vivir a rabiar al terminar cada tema.

Originario del barrio de Monte Castro traía una historia nunca comprobada de amoríos y decepciones, y caminaba embelesado por los pasajes de Liniers al cual le atribuía misterios y trágicas historias.

Era un tipo responsable para el trabajo y para la discusión política, con un sentido de la realidad muy oportuno y que se granjeó la amistad y el respeto de todos los que lo conocieron.

Flaco, no muy alto, con bigotes y anteojos ahumados de ver parecía un intelectual, y tal vez lo fuera en alguna proporción, pero era un tipo de poner las cosas sobre el terreno, por eso, cuando lo detuvieron él sabía que venía mal, trató de escapar y lo hirieron.

A lo mejor deambula todavía por los pasajes y tiene amores contrariados con mujeres celestes, nunca se sabe, porque era muy porfiado en sus convicciones y se tomaba las cosas como quien para la pelota con el pecho.

¿Saben? parecía mayor que el resto y hoy mi hijo tiene su edad, qué loco ¿no?

Juan Carlos Mileti
su compañero
2002

Salvador Alfredo Molé

"Toto", así es como todos lo conocían, era mi hermano. Nació el 16 de abril de 1954 en el barrio de Liniers, tres años antes que yo. En su paso por la escuela primaria, la N° 4 de Ramón Falcón y Lisandro De La Torre, se destacó tanto por su conducta inquieta, revoltosa en los primeros años, como por su inteligencia y dedicación al estudio en los últimos.

Como actividad de esparcimiento concurría a la agrupación de *boy scouts* "Sargento Cabral" en el barrio de Mataderos, en la Avenida de los Corrales. La Agrupación estaba dividida en patrullas y cada patrulla tenía el nombre de un animal, en la cual estaba Toto se llamaba "Chajá" y él era el guía de la patrulla. Cuando se hacían reuniones donde concurría la familia, cada guía de patrulla pronunciaba el "Grito de la Patrulla" antes de comenzar las actividades. Recuerdo con qué admiración veía yo a mi hermano, y no estaba equivocada porque él no sólo sabía conducir a la patrulla sino que también era un buen compañero y amigo.

Como todo *boy scout* fue a muchos campamentos. Uno de ellos fue un encuentro interamericano realizado en Paraguay, en el cual no solo pudo disfrutar del campamento sino que también pudo ver de cerca la marcada diferencia que existía entre ricos y pobres.

Pienso que esto pudo haber dejado en él una huella que más adelante alimentaría su ideal de un país basado en la justicia social. Excelente alumno (ingresó al ENET Ing. Luis. A. Huergo del barrio de Caballito luego de un examen en el cual obtuvo 97 puntos sobre 100).el secundario con algunas concurrencias a reuniones del Partido

Socialista con otros compañeros del colegio, porque Toto tenía ideas, cosa que más adelante, en nuestro país, sería un pecado imperdonable.

Consciente del orgullo que sentía y siento por mi hermano, debo reconocer que tenía algún defecto... ¡por ejemplo el de llegar tarde! al colegio, al trabajo... Tanto era así que el día en que lo sortearon para hacer la conscripción sacó número bajo y, cuando llamamos con mi mamá al trabajo para avisarle que se había salvado, como era su costumbre, todavía no había llegado.

En esa época, recién recibido de técnico mecánico trabajaba en Techint como dibujante técnico. A pesar de ser un excelente trabajo al tiempo renunció porque quería trabajar como técnico mecánico en la fábrica, no en la oficina, y la empresa lo más cercano que tenía era en la localidad de Campana.

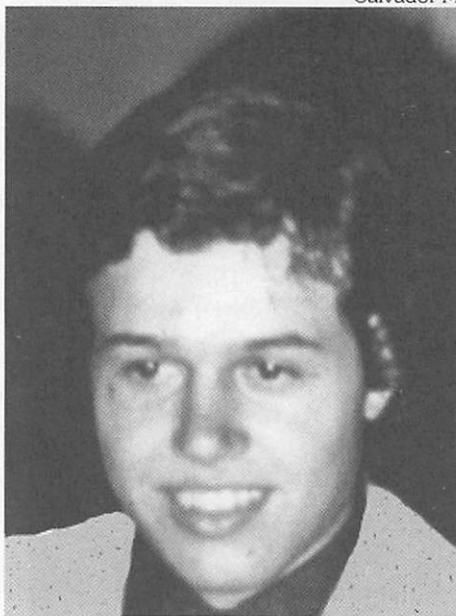
Luego de varios años y varios empleos (alguno lo perdió por ser delegado, por tratar de defender a sus compañeros) logró encontrar el puesto que buscaba y en el cual trabajó hasta el día en que fue secuestrado. Un día Toto nos contó a mi mamá y a mí que lo habían ascendido, pero que él lo había rechazado porque no quería estar por encima de los demás, no quería pisar a nadie.

Toto, fue secuestrado de mi casa el 26 de julio de 1978, a la edad de 24 jóvenes años, un mes después de que terminara el mundial de fútbol.

Mi mamá se reunía con otras madres todos los jueves por la tarde a dar la vuelta a la Plaza de Mayo con la esperanza de poder recuperarlo con vida hasta que después de la asunción de Alfonsín, esa esperanza se desvaneció.

Quienes lo conocieron, sus amigos, su familia, lo recuerdan y lo recordarán por lo que fue: un muchacho bueno, reservado, con ideales de libertad y justicia social, incapaz de traicionar o hacerle daño a alguien, y también por los momentos vividos con él hasta el día de su desaparición.

Elsa Cristina Molé
su hermana
2003



Gladís Beatriz Morales

Somos un matrimonio de exiliados paraguayos que vinimos a esta tierra a buscar seguridad para nuestras vidas, esa seguridad que en nuestro país nos negaban. Aquí, en Argentina, encontramos paz y trabajo. Tuvimos dos hijos: Gladis y Gustavo. Les dimos estudios y educación para que pudieran ser útiles a ellos mismos y a su patria.

Gladis nació el 13 de diciembre de 1957 en la maternidad Pardo. Era una niña muy sensible y delicada, tuvo una infancia normal y completó con buenas calificaciones sus estudios primarios. Hizo el secundario en el colegio Esteban Echeverría, en el turno vespertino. Cuando fue desaparecida cursaba el cuarto año y trabajaba como obrera en la fábrica Philco Argentina S.A.... aún guardo el telegrama colacionado que el lunes posterior al secuestro la empresa envió a casa consignando la "ausencia sin aviso" e intimándola a reintegrarse el 20. De nada valió su desaparición, fue despedida. Tenía diecinueve años y era muy delgadita, apenas cuarenta kilos. Con frecuencia enfrentaba problemas de salud pero eso no le impedía desarrollar una intensa actividad: enseñaba teatro infantil a los niños de las villas, ella misma iba a buscarlos a sus casas para interesarlos en ese arte. Siempre estaba preocupada por los demás y ayudaba en todo lo que podía a la gente más humilde. Gladis fue secuestrada la madrugada del 17 de septiembre de 1977; era viernes, lo recuerdo bien... ese era el día predilecto de los verdugos porque el fin de semana obstaculizaba toda clase de reclamos hasta el lunes siguiente.



Diez hombres armados y vestidos de civil irrumpieron en forma muy violenta en nuestra casa amenazándonos de muerte; dijeron pertenecer a la "guardia de seguridad" y preguntaron por mi hija que en ese momento -era la 1.30 de la madrugada- se hallaba durmiendo en el dormitorio que compartía con su hermano. Una vez allí obligaron a ambos, a punta de ametralladoras, a tirarse al suelo; exigieron a Gladis que se vistiera y se la llevaron sin explicaciones, sin siquiera hacer caso de nuestros reiterados reclamos sobre los motivos de semejante allanamiento. A pesar de las amenazas, los golpes, los gritos y las armas insistimos en acompañarla, finalmente permitieron que yo fuera con ellos pero sólo hasta la puerta de casa, desde allí vi a mi hija cómo era violentamente introducida en una camioneta de doble cabina que partió a toda velocidad, sin que pudiera hacer nada. De inmediato fui con Gustavo a hacer la denuncia a la comisaría 42, cercana a nuestro domicilio, en Mataderos. Allí se mostraron muy sorprendidos de lo ocurrido, nos atendieron muy bien, anotaron todo lo que dijimos y nos tranquilizaron diciéndonos que investigarían y que nos informarían de cualquier novedad. Cuando salimos, un agente que no quiso identificarse contradujo al oficial que nos había atendido tan gentilmente asegurándonos que en esa comisaría estaban al tanto de que en la zona iba a tener lugar un operativo. Después me enteré de que ese conocimiento que la policía tenía sobre lo que iba a acontecer

en su jurisdicción era habitual: mediante una llamada telefónica las autoridades militares alertaban a la seccional para que no entorpeciera el operativo ni mucho menos atendiera las denuncias de algún vecino o familiar alarmado. De este modo se garantizaban el éxito del secuestro, se reforzaba el temor en el vecindario y se dejaba a la familia en la indefensión y en la impotencia absolutas, la primera de una serie de impotencias que iban a desencadenarse a lo largo de días, meses, años de inútil búsqueda.

Desde esa tristísima madrugada sólo tuvimos un objetivo en la vida: encontrarla sana y salva, por lo cual comenzamos un peregrinar que aún no se ha agotado. Presentamos ante la justicia cinco hábeas corpus (en diciembre de 1977; en marzo, abril y septiembre de 1978; y en junio de 1979) todos sistemáticamente rechazados por los jueces federales Rafael Sarmiento y Ramón A. Montoya, porque mi hija no se encontraba detenida "ante ninguna autoridad competente". Dos días después del secuestro envié telegramas a Videla y al Ministro del Interior, general Albano Harguindeguy denunciando el hecho y solicitándoles que "intercedan por ubicación y situación física y jurídica" de Gladis, pero ni siquiera se dieron por enterados. Recién nueve meses después del secuestro, en junio de 1978, el Jefe del Departamento de Seguridad del Ministerio del Interior, comandante mayor Rogelio Ramón Poggio, contestó nuestros innumerables reclamos en una breve esquela que decía: "...las autoridades jurisdiccionales competentes comunican que no existen constancias sobre su ubicación, como así también que no se encuentra detenida", y prometía: "No obstante se prosiguen las diligencias tendientes a establecer su paradero, cuyo resultado se le hará conocer oportunamente".

En noviembre de 1981 el mismo militar nos repetía idénticas palabras pero esta vez me invitaba a concurrir personalmente cuando deseara informarme "sobre el curso de las tramitaciones". Así lo hice y entonces me di cuenta, por la desconsideración con que fui tratada y por el interrogatorio al que se me sometió, que ese tipo de diligencias sólo servía para seguir noticias de mi hija y para que las autoridades de facto supieran más acerca de Gladis y de nuestra familia.

Elevé también una denuncia a la Conferencia Episcopal Argentina. El 9 de diciembre de 1977 su secretario general, monseñor Carlos Galán, me respondió: "Tanto en éste como en similares dolorosos casos se trata de hacer lo posible por acudir en ayuda de quien lo solicita, pero con muy escasos resultados. Con todo, tanto la Asamblea última como todo el organismo eclesiástico no cejan en su empeño por la justicia y la paz. Le desea todo bien y consuelo"... Nada más.

En marzo de 1980 y en abril de 1982 entregué la documentación reunida a la Comisión Interamericana de Derechos Humanos de la OEA y a las Naciones Unidas respectivamente. Tanto Edmundo Vargas Carreño,

secretario ejecutivo de la CIDH, como Theo Van Boven, director de la División de Derechos Humanos de la ONU, recibieron la denuncia y me informaron que habían reclamado al gobierno argentino la investigación del caso, y que la respuesta de éste me sería comunicada inmediatamente después de producida. Nada se logró.

Han transcurrido 26 años desde esa madrugada de 1977, gran parte de esos años se me fue en una febril e infructuosa sucesión de trámites burocráticos que nunca me dieron la más mínima satisfacción. Aún sigo preguntándome y preguntando ¿dónde está mi hija? ¿qué ha sido de ella? ¿quién y con qué derecho decidió su destino?

Ramona Cattoni de Morales
su mamá
2002



Carlos Mugica

Carlos Francisco Sergio Mugica nació en Buenos Aires el 7 de octubre de 1930. Hijo de un conocido político y funcionario conservador, don Adolfo Mugica, y de Carmen Echagüe, quienes lo educaron desde pequeño en el catolicismo.

Estudió Derecho, pero a los veintiún años abandonó la carrera para ingresar al Seminario. Y en el ejercicio de su vocación descubrió que había quienes tenían hambre (y no sólo de justicia), quienes vivían en condiciones casi infrahumanas "aquí nomás, cruzando la vía", decía mientras señalaba desde la ventana del cuarto en donde vivía. En la calle Gelly y Obes sus padres ocupaban el segundo piso de una buena casa de departamentos. Allí, en la terraza junto a la vivienda de los encargados, estaba el Padre

Carlos Mugica: un cuarto y un baño, y un teléfono que no cesaba de sonar en las pocas horas en que él se encontraba en casa. Todo tipo de ayuda se podía pedir por ese teléfono: ropa, consuelo, alimentos, atención médica, trabajo, fe y esperanza.

Carlos, a su vez, no dudaba en pedir, en exigir, en aparecer en televisión para conceder reportajes y notas, en discutir, en aconsejar. "No me importa que digan que soy un 'jetón'" decía, "mientras lo que yo haga sirva para ayudar a los demás".

Dios lo había dotado de un notable poder de comunicación, de simpatía, humor y carisma, además de una gran inteligencia. Todo eso, también, era para los demás. Para sí mismo reservaba lo elemental para la supervivencia y algún momento de soledad, porque también eran necesidades en él el hecho de retirarse a rezar, el quedarse a solas con Dios. En esa urgencia de vida, en ese torbellino de darse a sí mismo Carlos sentía profundamente la presencia de Cristo y de su iglesia.

Era, ante todo, un sacerdote muy respetuoso de las jerarquías. Como miembro del Movimiento de Sacerdotes para el Tercer Mundo, basándose siempre en las enseñanzas de la iglesia a través de los distintos Documentos y Encíclicas Papales, optó por el Justicialismo como doctrina, como corriente nacional y popular que ayudara a la justicia social y a la liberación del pueblo. Su elección fue clara y de frente, como lo fueron todas las decisiones en su vida. Nunca quiso la violencia de las armas sino la de Cristo, la de la verdad y la vida. Esa violencia de amor es tal vez la más difícil de soportar para un mundo injusto y egoísta, que la desatada por una bomba o un balazo.

Carlos reservó para sí mismo, como Miguel de Unamuno, "el derecho a contradecirse". Nunca dudó en pedir perdón o corregirse si se había hallado en un error, y también eso lo hizo público. Nunca hubo en él doblez o mentira, por el contrario, se caracterizaba por llevar como estandarte la verdad, la buena fe y el compromiso total y

Carlos Mugica

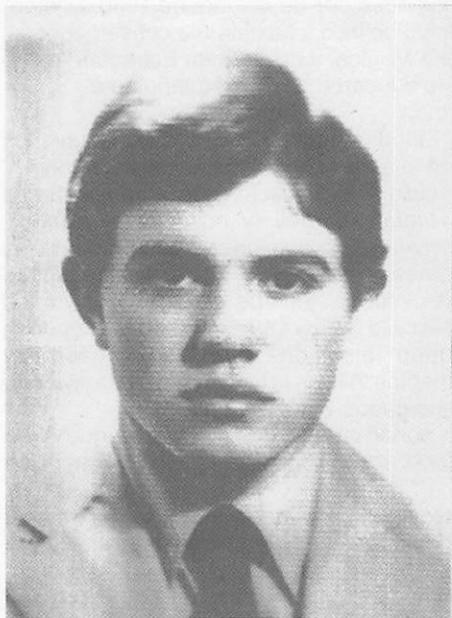
definitivo por la causa que consideraba justa, con amor. Eso era lo que lo hacía "sumamente peligroso" para el sistema político de los años setenta. Se equivocan quienes tratan de buscar el móvil de su asesinato. Sería, salvando todas las distancias, casi como reducir a Jesús a la categoría de revolucionario político de la época, como hicieron algunos historiadores y filósofos. No. El Padre Carlos era absolutamente insobornable, puesto que no tenía otro precio que el del compromiso con el Señor y con el prójimo.

Su voz sólo podía ser acallada por la muerte. Pero también se equivocaron aquellos que dispararon -y los que hicieron disparar- esa ametralladora una noche de lluvia y de frío contra el sacerdote desarmado que acababa de oficiar el Santo Sacrificio: el suyo tampoco iba a ser en vano, puesto que iba a dar testimonio de su vida, con su propia vida.

Fue asesinado después de celebrar su última misa en la parroquia San Francisco Solano el 11 de mayo de 1974. Quedaban en el medio trece años de sacerdocio, de absoluto compromiso con el pueblo, con Jesucristo y su Evangelio. De entrega total a aquellos a quienes llamaba "los elegidos del Señor, los pobres", de lucha fecunda e incansable por la justicia y la liberación nacional.

su familia
2003

Héctor Ricardo Paladino



Mi viejo nació el 20 de abril de 1953 en el Hospital Álvarez. Su infancia y adolescencia transcurrieron en Manuel Artigas 6780 entre Tellier y Timoteo Gordillo, en donde vivía junto con mis abuelos y mi tío Jorge.

Los estudios primarios los hizo en la escuela N° 4 del distrito escolar 13, "República del Brasil". En el año 1966 comenzó los estudios secundarios en el ENET N° 27 "Hipólito Yrigoyen", pero más adelante se cambió al "Cornelio Saavedra" de donde egresó con el título de Maestro Mayor de Obras.

Practicaba natación en el Club Vélez Sarfield. Le gustaba ir a recitales de rock, que en ese momento se llamaba "música progresiva" (rock en castellano). Iba a bailar al Club José Hernández y a Bamboche. Hacía algunas changas en los puestos de floristas del Cementerio de Flores, pero tenía problemas con el dueño porque muchas veces regalaba la mercadería.

En el año 1972 comenzó a militar en la Juventud Peronista de Flores en la campaña electoral del "Luche y vuelve". Ingresó en la Municipalidad de Buenos Aires, y se desempeñó en el Hospital Salaberry.

En 1973, ya instalado el gobierno popular, amplía su actividad política realizando trabajos comunitarios: visitaba y

llevaba juguetes a los chicos que estaban en hogares y Correccionales. También participaba en la organización de peñas a fin de recaudar fondos para esos mismos fines. Ese mismo año ingresó en la UBA, en la facultad de Arquitectura. Le interesaban los nuevos conceptos de la carrera para que no sea tan "elitista" y mejore las condiciones de vida de los más humildes, por ejemplo en las villas de emergencia. Sus compañeros lo apodaban "Manzana".

En el año 1974 hizo el servicio militar obligatorio en el sur de nuestro país, en Zapala. Lo culminó con el grado de Dragoneante. En 1975 dejó la facultad y retomó la militancia barrial en el Movimiento de Inquilinos Peronistas, a pesar de la ofensiva de la derecha encarnada en la Alianza Anticomunista Argentina, con sus amenazas y asesinatos de los militantes populares. Ese mismo año conoció a mi vieja y se casaron en la Iglesia "Nuestra Señora de los Desamparados" que está frente al Parque Olivera. Fruto de esa unión nací yo el 23 de enero de 1976.

Héctor Ricardo Paladino

Ya en plena dictadura militar ingresó, con un grado más alto de compromiso, como aspirante en Montoneros. El 23 de marzo de 1977 fue secuestrado por las fuerzas represivas, desconociendo hasta el día de hoy en cuál de los tantos campos de concentración pudo haber estado. A partir de ese momento integra la larga lista de treinta mil argentinos en la misma situación.

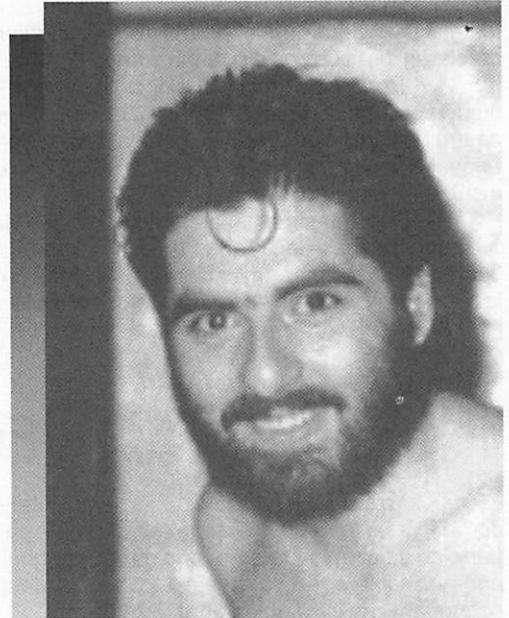
Para mí está desaparecido sólo físicamente porque yo a mi viejo lo llevo en el corazón, y me lleva a ser cada día mejor.

Tampoco quiero hacer un libro de mi viejo, sino que lo puedan conocer un poco más. Hay una anécdota muy linda, de la Navidad del año 1973: a él no le gustaba un carajo que los pibes sin familia pasaran la Nochebuena solos, por eso se llevó a unos cuantos chicos a compartir las Fiestas con su familia, en la casa de Manuel Artigas. Esto define el tipo de persona que era, y es justamente ahí adonde apuntaban los genocidas: a los más fraternos y solidarios, a los que se acercaban a los más humildes y necesitados, a los hijos del pueblo.

Esta es una lucha que aún no termina, porque los sueños de justicia social de papá siguen vigentes. Su ejemplo de vida ilumina mi camino, para poder cristalizar con otros más, sus sueños y los míos.

Juan Fernando Paladino
su hijo
2002

Ricardo Luís Salinas



Silvana Parrile de Salinas

Silvana y Ricardo se conocieron una mañana de julio de 1975 en una parada de colectivos del barrio de Palermo, cuando un paro de transporte les complicaba la llegada a sus respectivos trabajos.

Él tenía veintiún enérgicos años, era oriundo de Tucumán, había llegado a Buenos Aires intentando refugiarse en el anonimato de la gran ciudad, ya que en sus pagos era objeto de persecución política. Era carpintero y ebanista, un estudioso de los estilos y las épocas, de las formas y los colores, de los tipos de lustre y de las maderas. Sus manos construían y tallaban cosas maravillosas. Aunque sobrevivía haciendo mesadas y alacenas en la carpintería

Parrile Silvana y Ricardo Salinas

del barrio de Once en la cual trabajaba, su pasión era el tallado de la madera.

Ella tenía veinte años, estudiaba en el Normal N° 4 de Rivadavia y José María Moreno, el "Profesorado Elemental" (como se denominaban en esa época los estudios para ser maestra), y trabajaba en las oficinas que la administración de las zapaterías Grimoldi tenía en Once. Soñaba con ser maestra rural, vivir en uno de esos lugares a donde nadie va, y desplegar todo el poder transformador que aseguraba tener la educación, siguiendo las enseñanzas de Paulo Freire, ese pedagogo brasilero a quién admiraba profundísimamente

Esa mañana de invierno, decidieron compartir un taxi desde Palermo a Once para llegar a sus lugares de trabajo. Así comenzó esa historia común que, aunque breve como sus propias vidas, fue plena de amor y llena de la pasión y la entrega que caracterizó la vida de muchos jóvenes de la época.

Seis meses después de aquel primer encuentro, el 2 de enero de 1976, se casaron solamente por civil y se instalaron en una casita antigua que alquilaron en Juan Bautista Alberdi 4839. Silvana dejó de trabajar y se dedicó a los estudios. Ricardo renunció al empleo que tenía para independizarse con su propia carpintería, que funcionaba en la misma casa. El dibujo de un martillo y un banco de carpintero se recibían desde la pared del pasillo indicando que en el departamento 4, el del fondo, era donde ellos vivían.

Silvana y Ricardo eran simpatizantes del P.R.T. (Partido Revolucionario de los Trabajadores). Silvana era miembro del cuerpo de delegados de su escuela. Abrazaron juntos el sueño de ir a trabajar al interior del país con los más humildes, con los olvidados, tal vez con alguna comunidad aborigen o con algún grupo de campesinos. Objetivos terriblemente subversivos para la Argentina de Videla, Masera y Agosti.

El 26 de diciembre de 1976 viajaron a Tucumán para asistir a una fiesta familiar, ya que los hermanos de Ricardo vivían en esa provincia, pensando en aprovechar el viaje también para visitar lugares donde radicarse a la brevedad para desarrollar su proyecto cada vez más elaborado. A esta altura ya pensaban en una escuela en donde los chicos vivieran de lunes a viernes, estudiaran con Silvana, y Ricardo les enseñara el oficio, donde también crecerían los hijos que planeaban tener... y tantas utopías más.

Pero nada de esto fue posible. Ambos fueron secuestrados de una plaza de la ciudad de San Salvador de Jujuy por fuerzas del Ejército, el 7 de enero de 1977. Silvana logró sacar una carta clandestinamente desde el centro de detención en el que estaba, dando cuenta a su familia de estos sucesos, y también relató su incontenible angustia por haber sido separada de su esposo en el momento mismo de la detención, sin tener nunca más noticias de él.

Todas las gestiones realizadas para dar con sus paraderos fracasaron. Sin embargo, desde entonces y hasta hoy, a más de 26 años de sus desapariciones, están volviendo, y lo hacen en cada uno de los que leen o cuentan sus historias, en cada uno de los que reclaman verdad y justicia, en todos los que luchan por mantener viva la memoria, y también en los que como ellos piensan que un mundo diferente es posible.

Cecilia Parrile
su hermana y cuñada
2003

Félix Pérez

Yo soy Mariana Pérez, hija de un detenido desaparecido de la dictadura de 1976, mi viejo se llamaba Félix Jorge Pérez, le decían Quique, sangre gallega por donde se lo mirase, más específicamente, sangre vasca por parte de su abuelo materno, que es coprotagonista de la historia que quiero compartir. El viejo vivió hasta los siete años en Liniers, en el pasaje El Chacho, después se mudó a Ciudadela, donde terminó la primaria e hizo la secundaria, en el colegio Padre Elizalde.

Resulta que Quique, como le decían, cursaba su primer grado en la escuela República de Pakistán, esa que está en Tellier, ¡no, perdón! Lisandro de la Torre en la actualidad, bueno Quique era, como decirlo, eh... eh... un poco vago, y no quería ir a la escuela, evidentemente lo suyo era otra cosa, cosas más importantes, más altruistas, más significativas para la humanidad como ser: el campeonato interbarrial de bolitas y bolones, o el típico "picadito" en la placita Sarmiento, (hasta que los agarraba el cuidador y se acababa el picadito, y todo terminaba en corridas rapidísimo a sacarse el barro antes de que los vea la vieja). Este muchachito era tan vago que le pedía a su abuelo Andrés -que tenía absoluta predilección por él- que se parara en la ventana de la escuela, la de su grado, en la vereda y le copiara la tarea por él, porque la criaturita del señor, obviamente tenía la cabeza en otras cosas.

Hasta acá, digamos, todo tolerable, pero lo peor era que no sólo le copiaba la tarea sino que además se la hacía, o sea, un señor de unos... Cincuenta y pico de años, tratando de empeorar su letra hasta límites



Félix Pérez insospechados con tal de que la maestra, no se avivara de la trastada que hacían abuelo y nieto, en sencilla asociación ilícita, y a escondidas de toda la familia. Y así fue como Quique pasó de grado, con tanta suerte que ya para el año siguiente, lo cambiaron de escuela porque se mudó a Ciudadela y adivine el lector: el aula de segundo, ¡también tenía ventana a la calle!

El viejo tenía dos hermanos, Coco, también desaparecido, y Andy que era el más chico. Por esas cosas de la vida y de la adolescencia, Coco pasó por varias escuelas hasta terminar en el glorioso Nacional 13 (del cual fue rajado para culminar sus días estudiantiles en un privado de Castelar) y Andy gozó del privilegio de ir a Nuestra Señora de las Nieves, cuando el cole era de chapa, no el edificio modernoso que es ahora.

Un datito extra que viene a mi memoria: el viejo jugaba al rugby en un club de Liniers, que tiene un nombre muy gracioso... algo así como Beromama, seguro que alguno lo conoce, me parece que era medio malo porque mucho no le duró el amor al rugby, después pasó a deportes de alto riesgo, se hizo paracaidista en la colimba, pero tampoco sería bueno ¡porque en el vuelo de bautismo se quebró una gamba! Eran los días del Cordobazo, él estaba en Córdoba haciendo la colimba, una noche la llamó a mi abuela y le dijo: "Vieja, si me obligan a disparar a los obreros, yo me rajo ¡me hago desertor!". ESE era mi viejo.

Mariana Pérez
su hija
2002

Norberto Rollán

A pesar de los muchos años que transcurrieron, tengo un fresco recuerdo de Norberto Rollán, mi primer amigo y con quien inicié el jardín de infantes en la escuela San Vicente de Paul en Manuel Artigas entre Oliden y Pieres.

Entre los cinco y los doce años compartí los juegos propios de la edad, tales como el fútbol y las figuritas. Norberto era un pibe menudo, simpático y muy prolijo en su aspecto. Le conocí una sola pasión: Racing Club. Pasión que compartía con sus padres, dos personas respetuosas hasta el hartazgo. Él era joyero, propietario de un negocio ubicado en la calle Álvarez Jonte, en el barrio de Floresta. Ella, una ama de casa típica de los años sesenta. Una muy linda mujer.

Allá por 1965, cuando cursábamos sexto grado -por ese entonces el último año de la primaria- se me acercó y como si fuera un secreto me dijo que su madre estaba embarazada. No sé si los padres de Norberto viven pero su hermano ronda hoy los 38 años.

Cuando finalizamos la primaria decidimos empezar el nuevo ciclo en el mismo colegio. Preparamos el ingreso y entramos en el Comercial 9 de Flores, ubicado en Ramón Falcón y Membrillar. Sin embargo en la prueba decisiva él sacó más puntos que yo y logró ingresar en el turno mañana. Yo quedé a la tarde.



Norberto Rollán

Por cuestiones propias de la vida, a partir de 1966 empezamos a recorrer distintos caminos. De todos modos, la escasa distancia entre nuestros hogares hizo que nos viésemos seguido. Norberto vivía en Pilar y Zequeira, el mismo lugar de donde se lo llevaron. Yo, en Alberdi y Cafayate.

De las figuritas y el fútbol pasamos a tener otros encuentros en común. Más de una vez nos chocamos en San Jorge (una confitería de Villa Puyerrredón) donde por lados diferentes íbamos a bailar.

No hay 29 de agosto- había nacido ese día de 1952- en que no lo recuerde. Olvidarse de Norberto es imposible pues además de ser un tipo inteligente y buenazo fue mi primer amigo. Y eso no es poca cosa.

Jorge "Chicago" Rodríguez
su vecino
2003



Ricardo Sáenz

Mi hermano Ricardo Pedro Sáenz, "Topo" para sus amigos y compañeros de militancia, nació en General Villegas el 11 de mayo de 1950, siendo el segundo de tres hermanos, hijos de Rosa y Enrique. Cursó sus estudios primarios hasta 4º en la Escuela N° 1 "Domingo Faustino Sarmiento" de dicha localidad. En 1961, con motivo del traslado de su padre como Contador a la sucursal Tres Lomas del Banco de la Nación, cursó 5º y 6º en la Escuela N° 7 de esa localidad.

En 1963 inició el 1º año del secundario en Los Toldos, provincia de Buenos Aires, integrando el equipo de fútbol del colegio que se adjudicó el torneo disputado ese año con sus similares de Nueve de Julio, Bragado, Lincoln y General Villegas. Es en esta ciudad en la que Ricardo da sus primeras señales de joven al que le gustaba disfrutar de la vida a pleno, como cuando en los veranos se escapaba de casa mientras todos dormíamos plácidamente, para concurrir con sus amigos a los bailes de carnaval.

Tercero y cuarto año los cursó en la Escuela Normal y Comercial Anexa de Rafaela. En 1968, ya viviendo en San Juan, egresó como Perito Mercantil. Al año siguiente ingresó a la Facultad de Ciencias Económicas de la Universidad de Buenos Aires para dar comienzo a la carrera de Contador Público.

Para pintar la personalidad del Topo contaré dos

anécdotas que me llenan de orgullo: la primera fue en oportunidad de mi regreso a Rafaela después de treinta y cuatro años.

Me reencontré con amigos comunes que recordaban a Ricardo cuando en sus épocas de secundario volvía del colegio con su traje príncipe de Gales y al pasar por la "canchita de los curas", se arremangaba los pantalones y las mangas y se sumaba al picado; o cuando en un baile seducía a alguna bella jovencita y retornaba a la barra con los puños apretados y diciendo "Topo viejo nomás". La otra anécdota fue cuando me reencontré en el año 2001 con su viejo amigo el "Sanjua", hoy recibido de abogado, quien con lágrimas en sus ojos me expresó que el Topo fue quien le enseñó la metodología de estudio que debía aplicar para poder aprobar sus materias.

Eduardo Sáenz
su hermano
2003

Cuando conocí a Ricardo él estudiaba Ciencias Económicas y vivía en Sarandí 41, en un pensionado universitario. Fue una de tantas noches de sábado cuando salió con un grupo de compañeros de pensión a

divertirse un poco, y así lo conocí, un 5 de abril de 1969, en el baile de egresados de un amigo de mi hermano, en "La Academia" de Callao y Corrientes. Cuando me sacó a bailar me enamoré. Era tan especial, tan distinto, tan particular... no bailaba bien y mi hermano me hacía señas, riéndose, pero a mí me atrapó. Tampoco vestía moderno, más bien muy tradicional y a esa edad, a los diecinueve, todos iban a la moda. Pero a él no le importaba, tenía mucha personalidad.

Era cariñoso, dulce, confiado, crédulo, sano, tierno, aunque un tanto pícaro... ¿a qué me refiero? y... ¡a las chicas! Miren si no: un día yo lo esperaba sentada junto a la ventana de un bar en Ayacucho y Bartolomé Mitre, cuando entró y se sentó frente a mí se asomó por la ventana una chica que le dijo: "¿por qué no me decís ahora lo que me venías diciendo?". Yo lo miré como interrogándolo ¿y saben lo que el caradura me contestó? "¡esta mina está loca!". Ahí nomás lo perdoné, como siempre. Es que yo lo amaba y él era así de pasional. Por ejemplo, su pasión por Boca Juniors lo hacía invitarme a la cancha los domingos, y yo tenía que ir con él desde las diez de la mañana con el sobrecito de facturas para ver los partidos de todas las divisiones.

Nuestro noviazgo estuvo lleno de amor y adrenalina. A él le sugerían dejarme, cambiarme por otras chicas, y a mí me controlaban para que no lo viera, pero como dice la canción "el amor es más fuerte". Así es como después de siete años decidimos casarnos el 6 diciembre de 1975. Por supuesto que Ricardo no quería casarse por iglesia, pero ante la insistencia familiar, así lo hicimos. No me dejó comprarme un traje de novia, tampoco alquilarlo, ni que fuera blanco, y mucho menos largo, tenía que ser "como de calle"; él tenía un traje que le quedaba bastante justo y tampoco quería comprarse uno. Mi vestido terminó siendo corto, talle princesa, manga farol con una cinta violeta al tono de las sandalias que hizo mi hermano Carlos. Y Ricardo se vio obligado por su madre a ponerse un traje a gusto de ella porque él se negó a elegirlo y ella lo compró igual, cosa que hizo muy bien. ¡Fue tan trasgresor durante la ceremonia! bufaba mientras el cura nos hablaba, y en cuanto todo terminó me sacó a las corridas que ni tiempo le dio a Noemí, mi cuñada, a sacarnos la foto correspondiente. Y como si todo hubiera sido poco, se paró en la escalinata de la iglesia e invitó a todos los presentes para que participaran de la fiesta en casa de mis viejos. Se imaginan qué lío, ¡no alcanzaba la comida! porque estaba calculada sólo para los familiares. Y aquí no crean que terminó la historia, cuando todos se habían ido -a eso de las cuatro de la tarde- se me acercó y me dijo "gorda, ¿me dejás ir a la cancha de Ferro que juega Sarmiento de Junín? voy con el Flaco (su hermano) ¡dale!", y por supuesto lo dejé. Total viajábamos a la noche a Mar del Plata para pasar dos semanitas de luna de miel, en el departamento de mi tía Piru. Finalmente fue una semana nomás ¡porque Ricardo extrañaba! Extrañaba a su hermano, a mi familia, en definitiva... a la militancia.

A los dos años de ese gran día nació nuestro hijo Martín, al que buscamos muchísimo, de quien Ricardo se sentía tan orgulloso y a quien amaba profundamente, Martín era su esperanza. Elegimos como sus padrinos a Amalia y a Albertito, mis dos primos, que se criaron en casa desde muy chicos. Beto, como lo llamábamos a él, también permanece desaparecido, nunca supimos nada de su destino. Hoy tendría cuarenta y siete años, una familia, hijos y, sin duda, sería músico y un ser maravillosamente sensible. En este punto cabe agregar que mi madre, doña Ana, quien también fue secuestrada por los asesinos en el mismo momento que los chicos -con la excusa de hacerla declarar lo que seguramente el Topo no decía- fue torturada y golpeada hasta provocarle un infarto. Su cuerpo fue abandonado en la calle, a la vuelta de casa... Pero tratando de buscar recuerdos lindos que me lleven a ellos dos, a mamá y al Topo, transporto mi memoria a aquel tiempo en el cual la vieja me recomendaba que no le dejara a Martín al cuidado de Ricardo porque "seguro se lo va a olvidar en cualquier lado", me decía. El tema es que Ricardo leía mucho y se concentraba demasiado en la lectura perdiendo noción de las horas, del tiempo. Por suerte nuestro hijo se le parece mucho en su dulzura, su bondad y... también en su fanatismo bostero. Cuánto nos gustaría a Martín y a mí poder contarle al Topo que después de tres años de su desaparición somos acompañados, cuidados y amados por un buen hombre que llegó a nuestras vidas para brindarnos todo: Juan Carlos, con quien tuve otro hijo, Andrés, que es el mejor hermano que podía tener Martín. Seguramente Ricardo estaría tranquilo porque hemos conformado una familia con los mismos principios, los mismos sueños, los mismos objetivos y sobre todo, con un profundo respeto y la más auténtica memoria de que somos capaces.

Vuelvo a llevar mi memoria a los años setenta. Allí el Topo, a través del grupo del barrio de Parque Chacabuco, se conectó con los compañeros de Mataderos y comenzó su militancia por Avda. del Trabajo, Guardia Nacional, Larrazábal, Pola, Lacarra, Araujo, y tantas y tantas calles en las que timbreaba para ver qué necesitaban los vecinos. Sus reuniones transcurrían en El Cedrón y en un bar que quedaba en Olivera y Avda. del Trabajo (actualmente es una heladería), también se juntaban en la unidad básica del barrio.

Son tantos los recuerdos de los años compartidos que no me alcanzaría mi vida para relatarlos todos. Sus propuestas de vida fueron generosas, él no sabía lo que significaba el individualismo, todo era con todos y para

Ricardo Pedro Sáenz

todos. Una vez sentados en el bar de Anchorena y Santa Fe, y ante mi pedido de abandonar la militancia por lo que estaba sucediendo, tantos compañeros que desaparecían, tanta persecución e incertidumbre, le dije "si no dejás, no nos querés ni a mí ni a tu hijo", a lo que él me contestó mirando a una señora que pasaba por la calle con un bebé en un cochecito: "sí, los quiero, son mi familia pero también quiero a esa señora y a ese chico, y no sé si ellos no me necesitan de esa forma". Se refería a la militancia. En ese momento no lo entendí, pero hoy le doy toda la razón. Reivindico su lucha y le enseño a mis hijos y a quien quiera escucharme que tenía razón. Que todos tenían razón. Si sus sentimientos hubiesen sido respetados, hoy la historia sería diferente.

Todo en su vida fue vivido con verdadera pasión. Descubrió la injusticia, la inequidad y entonces se apasionó por los pobres, los que no comían, los que no tenían salud, los explotados, los abandonados. Así fue como decidió que podía cambiar esa realidad porque era joven, porque era fuerte, porque tenía recursos para ayudar a los demás, y de esa forma vivió su militancia.

¡Jamás hubiera podido hacer daño a nadie! ¡él luchaba por hacer el bien a todos! ¡su arma era la palabra, ponía el cuerpo, se jugaba! Por eso cayó en la trampa, enfrentó su honestidad a la barbarie, a lo sucio, a lo oculto, a lo desigual. Entregó lo mejor de él... pero nos duró poco, muy poco. Lamentaré toda mi vida, hasta mi último suspiro, que no haya tenido la oportunidad de llevar a cabo su utopía.

Hoy, en esta plaza en la cual les rendimos homenaje a todos los compañeros desaparecidos, y pensando en Ricardo, en su lucha, sus ideales, su mundo interior, su sensibilidad y su proyecto plantamos un Paraíso para no perder de vista lo que él nos propuso durante su corta vida: "el paraíso".

María Elena Monti
su esposa
2003

Rodolfo Alberto Sanchez



Mi hermano tenía 42 años cuando lo secuestraron el 23 de mayo de 1977 al medio día. Se lo llevaron de un negocio de decoraciones que él tenía en Campichuelo y Antonio Machado, por Parque Centenario. Le pusieron patas para arriba su domicilio de Campichuelo 1010, piso 5.

Nació en el Hospital Salaberry el 4 de junio de 1935. Creció en Tellier 989 esquina Patrón, allí pasó su niñez y su juventud. Recuerdo que era amante de todos los juegos habidos y por haber, le encantaba jugar al ajedrez. También disfrutaba mucho de la literatura, el teatro y la pintura. Fue titular del Club de Amigos de la Unesco, lo llamaban "Gereño".

Rodolfo era el cuarto hijo de seis que éramos. Huérfano de padre desde los siete años, crecimos todos contenidos por el amor de mi madre, hoy de 97 años, quien lo reclama a cada instante.

El que relata, su hermano Ricardo, también fue secuestrado en otra oportunidad con distinta suerte. Realicé todo tipo de *hábeas corpus* sin obtener respuesta alguna.

Marcela y Javier son los dos hijos que Rodolfo tenía... mejor dicho, tiene. Para nosotros sigue vivo eternamente.

Ricardo Tomás Sánchez
su hermano
2003



Jorge Oscar Scarímbolo

Jorge era mi hermano menor. Nació en el Hospital Álvarez el 27 de diciembre de 1947, cuando me llevaron a conocerlo yo tenía diez años. Eran muchos años de diferencia y sentí por él inmensa ternura, una sensación maternal tal vez ¿por qué no? Lo vi hermoso, chiquito, indefenso, supe enseguida cuánto iba a quererlo y tuve deseos de cuidarlo y de protegerlo. Así fue casi siempre, crecimos muy unidos, yo era la hermana grande y él el menor de una familia que estaba formada por Jacinto Scarímbolo (padre), Rosa Ángela Brunet (madre) y sus hijos Eduardo Ricardo (Chiche), Marta Leonor (yo), Osvaldo Norberto y Jorge Oscar (Cacho). Cacho era el sobrenombre que llevó desde que tuvo dos años, resulta que hasta ese entonces lo llamaban Toti pero a mí no me gustaba ese apodo para él. Un día llegó a la escuela un nuevo compañero que me gustaba mucho y a quien llamaban Cacho, así que ese fue el sobrenombre que elegí para mi hermano, y voló Toti.

Era un nene tranquilo, pasábamos mucho tiempo juntos, me hacía cargo de él, aprendí a cambiar pañales (los antiguos pañales ¡tan incómodos!), lo dormía, le daba de comer. De este modo se cimentó un gran amor fraternal.

Cursó la primaria en la escuela N° 19 del Barrio Los Perales, en Mataderos. Tomó la comunión en San Felipe Neri, iba a misa con Alberto, amigo del barrio y de la escuela. Recuerdo que un domingo volvió a casa muy asombrado contando que el sacerdote había golpeado a un chico, desde ese entonces no quiso ir más... La secundaria la hizo en el Instituto Municipal Manuel Belgrano (donde la municipalidad formaba a sus futuros técnicos).

En 1962 Carlos y yo nos casamos. Nuestra casa estaba en Castelar, Cacho tenía trece años y era habitual que pasara varios días con nosotros, en esa época hurgaba en la biblioteca de Carlos y se enganchaba con los libros de política (que en nuestra casa paterna no había). Así fue conociendo temas que le interesaron y quiso saber más, preguntaba todo y también cuestionaba, lo impactaba la injusticia social y el uso del poder contra los pueblos. Entonces cambió sus intereses: ya no alcanzaba con ir a ver a Chicago y a River (¡como le gustaba!), ya no se desesperaba por el partido que él jugaría los fines de semana, no, ahora el diario no le interesaba sólo por la sección deportiva.

Y así es cómo comenzó a perfilarse lo que luego sería: un militante firmemente convencido de la lucha por

Jorge Oscar Scarímbolo

la dignidad humana y la justicia social. Se afilió al P.C.R. (Partido Comunista Revolucionario) donde militó hasta 1975, cuando renunció por discrepar con alianzas que hizo el partido. En 1966 ingresó a Fiat como ayudante en el comedor y pasó a formar parte del equipo de fútbol, obviamente. Tengo ante mí una pequeña copa con leyenda "Al Lobo J. Scarímbolo, año 1966" (esta copita es una de las pocas cosas que tengo de él), jugaba de número 5 y dicen que lo hacía "fuerte"... parece que jugando perdía su dulzura habitual. Años más tarde pasó a la planta fabril y en época de elecciones gremiales, sin haberse postulado, sus compañeros lo eligieron delegado, cargo que aceptó y cumplió, a pesar de las amenazas de la U.O.M. para impedir que asumiera. En el año 1972 se casó y un año más tarde nació su hijo Maximiliano, de quien nada sé ya que su madre se alejó, y lo alejó de nosotros.

Cacho vivía sana y austeramente, amaba el deporte pero su tiempo era para la militancia y la lectura, que era parte de la misma. Por eso se lo veía tan feliz cuando podía jugar al fútbol, era su cable a tierra.

Mis hijas Pili, Fer, Gabi y Vale encontraban en el tío un compañero que las entusiasmaba con el deporte, y también para cantar y tocar la guitarra. Insistía para que fueran austeras, no consumistas: "hay que arreglarse con lo que hay" repetía; aún conservo una sartencita que ellas decoraron para mí, ayudadas por él. Fue padrino de bautismo de Fer y de Vale también, y a pesar de no ser practicante tomaba su padrinzago seriamente.

En una marcha que llevaba la pancarta con su foto se acercó un marchante y muy conmovido me preguntó por qué tenía esa foto y al decirle que era mi hermano me dijo: "militábamos juntos, y hoy estoy aquí porque tu hermano no habló"... lloramos juntos abrazando la pancarta y el querido recuerdo.

Le gustaba mucho la música, la brasileña y la folclórica, también la instrumental, cuando tuve mi "AUDINAC" lo estrenamos con "El concierto de Aranjuez" por Narciso Yépez, me lo regaló Cacho. Escucharlo hoy me retrotrae en el tiempo y se ahonda la añoranza por ese hermano inolvidable, a quien cuando nació pensé cuidar, querer y proteger, y sí, lo cuidé mucho, lo quise entrañablemente, pero no pude protegerlo... En la madrugada del 18 de junio de 1976 personas armadas y encapuchadas lo secuestraron en Mataderos, de su domicilio en el barrio Manuel Dorrego, Monoblock 17 Dto. 3. Tenía veintiocho años. Reclamamos a autoridades e instituciones nacionales y extranjeras, pero no, nunca más supimos de él.

Marta Scarímbolo
su hermana
2003



Luís Pablo Steimberg

¿Qué se puede contar de Luis?

¿Cómo fue secuestrado?

¿Cómo fue desaparecido?

¿Cómo nos enteramos de que fue tirado al mar?

¿Cuáles fueron sus últimas palabras?

Por supuesto podríamos contestar estas y muchas preguntas más.

Luis nació el 31 de enero de 1954, pero lo anotamos el 2 de febrero del mismo año. Nació en Mataderos, vivíamos en la calle Pizarro entre Montiel y Fragata La Argentina. Luego nos mudamos a Morón a la calle Brown, allí transcurrió su vida hasta que se lo llevaron.

Desde muy chiquito demostró cómo sería de adolescente. Era muy simpático, sumamente querible por todos, rebelde, muy revoltoso pero muy tierno a la vez. Ya a los cinco o seis años me dijo: "mamá yo quiero trabajar". Habló con los vecinos y les ofreció sacar a pasear los perros por veinte centavos ¡era tan vivo que también les pidió que le pagaran aguinaldo! Era buenísimo, todos los vecinos lo conocían y querían mucho.

Por esa época un amigo de la familia, el pintor Bruzzone, le dijo que si dos sábados se quedaba quieto por un rato lo iba pintar. Así lo hizo y cuando terminó el cuadro Luisito le pidió que le pagara, pues los modelos cobraban por posar. Nos morimos de vergüenza y por supuesto lo único que cobró fue un buen reto. Es el día de hoy que el cuadro cuelga de la principal pared de nuestra casa, y refleja la profundidad y belleza de su mirada.

Hizo la primaria en la Escuela N° 12 de Morón. Un día los maestros hicieron una huelga muy justa y yo, que estaba en la cooperadora, los apoyaba. Luisito estaba en casa mirando por la ventana cuando vio pasar a unos compañeros camino a la escuela, entonces ellos le preguntaron por qué él no iba, a lo cual muy serio mi hijo les respondió: "porque yo no soy cornudo", queriendo decirles "carnero". Así era él.

La escuela secundaria la hizo en el colegio Rivadavia de Castelar. De ahí también hay muchas anécdotas. Un año quedó libre y como nosotros estábamos afuera su hermana fue a la escuela y contó una mentira, les dijo a las autoridades del colegio que nos estábamos por separar y que por eso Luis estaba tan rebelde y liero. Logró que lo reincorporaran. Terminó la secundaria y empezó a estudiar Derecho en la Universidad de Buenos Aires.

Luis se distinguió por su espíritu solidario, muy abierto de pensamiento. Era militante de la FEDE (Federación Juvenil Comunista). Su nombre de combatiente luchador era "Kichi". Era amigo de todos aunque pensarán distinto a él. Tanto es así que la primera columna montonera de la Facultad de Derecho llevó su nombre, y eso que nosotros no éramos peronistas pero nuestra familia jamás fue gorila. Toda esa educación y su propia forma de ser determinaron su militancia de luchador popular por el ser humano y su derecho a vivir de la única manera que se puede vivir: con amor y libertad! Recuerdo que un compañero de la facultad de mi hijo había perdido a sus padres en un accidente automovilístico. ¿Qué necesitaba? apoyo solidario. Ahí estaba Luis "Kichi", quien se fue a vivir con "Pancuca" a su casa. Porque para Luis la solidaridad no era sólo apoyo espiritual, para Luis la solidaridad era cocinar, lavar, limpiar. Así era su forma de vivir la vida.

Luis desapareció cuando estaba haciendo la conscripción en el Colegio Militar. En el mes de agosto su grupo de soldados conscriptos salía de vacaciones. Llegó a casa más o menos a las ocho de la noche y nos dijo que se iba al cine con un amigo, Molfino (quien también desapareció seis meses después). A las diez llamó este amigo y nos dijo que Luis nunca había llegado. Ya habían pasado cosas en el barrio... comencé a asustarme muchísimo. A las once llamó otra vez y nos dijo lo mismo, no había llegado. Los dos, mi marido y yo, estábamos seguros de que se lo habían llevado porque ya sabíamos de experiencias de otros chicos.

Al día siguiente, a eso de las siete de la mañana un feriante nos trajo la carterita de Luis con todos sus documentos, suponemos que Luisito la tiró a propósito. Luego un vecino nos contó que vio cuando desde una pick-up blanca y un Peugeot lo encañonaron y lo levantaron. Ahí empezó nuestro martirio, nuestro calvario.

Al otro día fuimos al Colegio Militar y un conscripto nos dijo que Luis estaba en el calabozo, que no lo podíamos ver. Nos identificamos como los papás, entonces volvió a entrar y salió blanco como un papel, con los ojos desorbitados y nos dijo que ahí no estaba. Pedimos una entrevista con Bignone, la cual nos fue brindada. Todos los meses íbamos a verlo. Una vez el muy sinvergüenza nos llegó a decir "¿su hijo no estará con una negrita en Europa?", y mi marido le contestó "no me joda general".

Un día, con un gran despliegue, llegaron los milicos a casa buscando a Luis como desertor. Llamamos indignados y enfurecidos a Bignone y se puso al habla con el encargado del operativo. Así de rápido como llegaron se fueron.

A Luis lo llevaron del colegio militar al "Campito" (campo de concentración de Campo de Mayo). En esa época largaron a tres compañeros que estuvieron con Luis atados y nos contaron todo esto.

Después de mucho llorar y sufrir, pero sin dejar jamás de luchar, logramos en 1984 hacerle juicio a Bignone por la desaparición de nuestro hijo y la de Luis Daniel García. El juicio lo llevó adelante el juez Oliveri (excelente juez, hoy desgraciadamente fallecido). Citó a toda la compañía, hasta el cura y los tres compañeros que largaron también declararon. El juicio terminó condenando a Bignone a prisión, pero al llegar a la Corte Suprema esta resolvió que eso pertenecía a la Justicia Militar y lo liberaron en dos horas.

Pasaron los años y jamás bajamos los brazos, seguimos luchando por nuestro hijo. Allá por el noventa y tantos estaba en mi cocina escuchando radio Mitre, Ibarra entrevistaba a un represor "arrepentido": el sargento Ibáñez.

En ese momento nombró a mi hijo Luis Pablo Steimberg y dijo que lo tiró al mar. En medio de mi desesperación y espanto llamé a la radio, logré comunicarme y hablé con Ibarra, el sargento llorando me pidió perdón, yo no quise hablar con él pero le dije que no lo perdono y que sólo merece juicio y castigo.

Desde ese momento sabemos que Luisito tiene una "tumba" pero seguimos luchando y aquí estamos.

Porque pensamos que los Derechos Humanos no son sólo la verdad y la justicia por el genocidio del

Luis Steimberg

terrorismo de Estado con su consiguiente juicio y castigo a los asesinos y a los responsables. Son Derechos Humanos el estudio, la salud, la vivienda, el comer todos los días. Porque por todo eso lucharon Luisito y los treinta mil desaparecidos que llevaron esas banderas, que no cayeron, por eso no las levantamos: las seguimos llevando. Sin duda alguna más temprano que tarde llegarán a regir nuestras vidas.

Luisito, hasta la victoria por siempre jamás.

Sara y Jaime
su mamá y su papá
2003



José Eduardo Vidal

Mi hermano nació el 1 de marzo de 1946, creció en la calle Manuel Artigas entre Timoteo Gordillo y Cañada de Gómez.

De una rebeldía innata fue perseguido, en la primaria, por todos los curas y maestros del colegio San Vicente de Paul de Mataderos que no pudieron doblegar su carácter. Como contrapartida era solidario como ninguno, fue el único que aprendió a planchar y cocinar para ayudar a su madre cuando una vieja enfermedad en los riñones no le permitía moverse.

La familia estaba conformada por Guillermo Vidal (papá), Elvira (mamá) y sus tres hermanos: María del Carmen, Norma y quien escribe, Juan Carlos. En nuestro hogar siempre se habló de política, nuestros abuelos fueron exiliados políticos, nuestro padre republicano. Nos acunaron contando las historias de "La Pasionaria", "El campesino" y el "Toro negro y el toro rojo". Las luchas de los desposeídos contra los poderosos.

De mi mano tuvo su primer acercamiento a la Federación Juvenil Comunista, en el local de Martiniano Leguizamón 180, en el año 1962.

Alegre, divertido, ganador, tanguero, hincha de Baso y Rufino, buen bailarín en las pistas del Leopardi y Vélez. Jugaba al voley en "El Porteño" (hoy José Hernández), excelente nadador de fondo.

José se casó con Ana María Vilas y con ella tienen dos hijos: Alejandro y Gabriel.

Fue secuestrado el 26 de junio de 1978, arrancado de su casa junto a su compañera. Dejaron a sus pequeños hijos en la calle, alguna mano solidaria los recogió y llamó a sus abuelos.

A Ana María la soltaron a los quince días. A José se lo vio en el campo de concentración "El Olimpo".

Mi último recuerdo fue en la casa de mis viejos, durante el partido final del 78 entre Argentina y Holanda, compartiendo la mesa y las emociones.

Hasta el día de hoy no sabemos nada de él, y a veinticinco años de su desaparición continuamos en la lucha, por su eterna memoria.

Juan Carlos Vidal
su hermano
2003

Índice

AKSELMAN, Leticia	7
ALTAMIRANO, Estela	8
ARIAS, Carlos	8
ARRILLAGA, Cristina	12
BIANCO, Alicia	16
BUSTOS, Carlos	14
CAMPARI, Ricardo	18
CARRICA, Irma	19
CASTELLO, Marcelo	23
CRESPO, Carlos	25
DENIS, Carlos	25
FESSIA, Carlos	28
FONTANELLAS, Cristina	28
GAGO, Ana María	33
GAZZARRI, Pablo	34
GÓMEZ, Ricardo	35
GOROJOVSKY, Raúl	36
INFANTINO, Jorge	38
MATEU, Abel	39
MERCADAL, Luis	40
MOLÉ, Salvador	40
MORALES, Gladis	41
MUGICA, Carlos	43
PALADINO, Héctor Ricardo	44
PARRILE, Silvana	45
PÉREZ, Félix	46
PONCE DE BIANCO, María	16
ROLLÁN, Norberto	47
SÁENZ, Ricardo Pedro.....	48
SALINAS, Ricardo	45
SÁNCHEZ, Rodolfo	50
SCARÍBOLO, Jorge Oscar	51
STEIMBERG, Luis	52
VIDAL, José Eduardo	54



*“Porque amaban la vida lucharon por un mundo mejor.
Porque hoy no están con nosotros,
los recordamos asumiendo el compromiso
de concretar sus sueños”*

